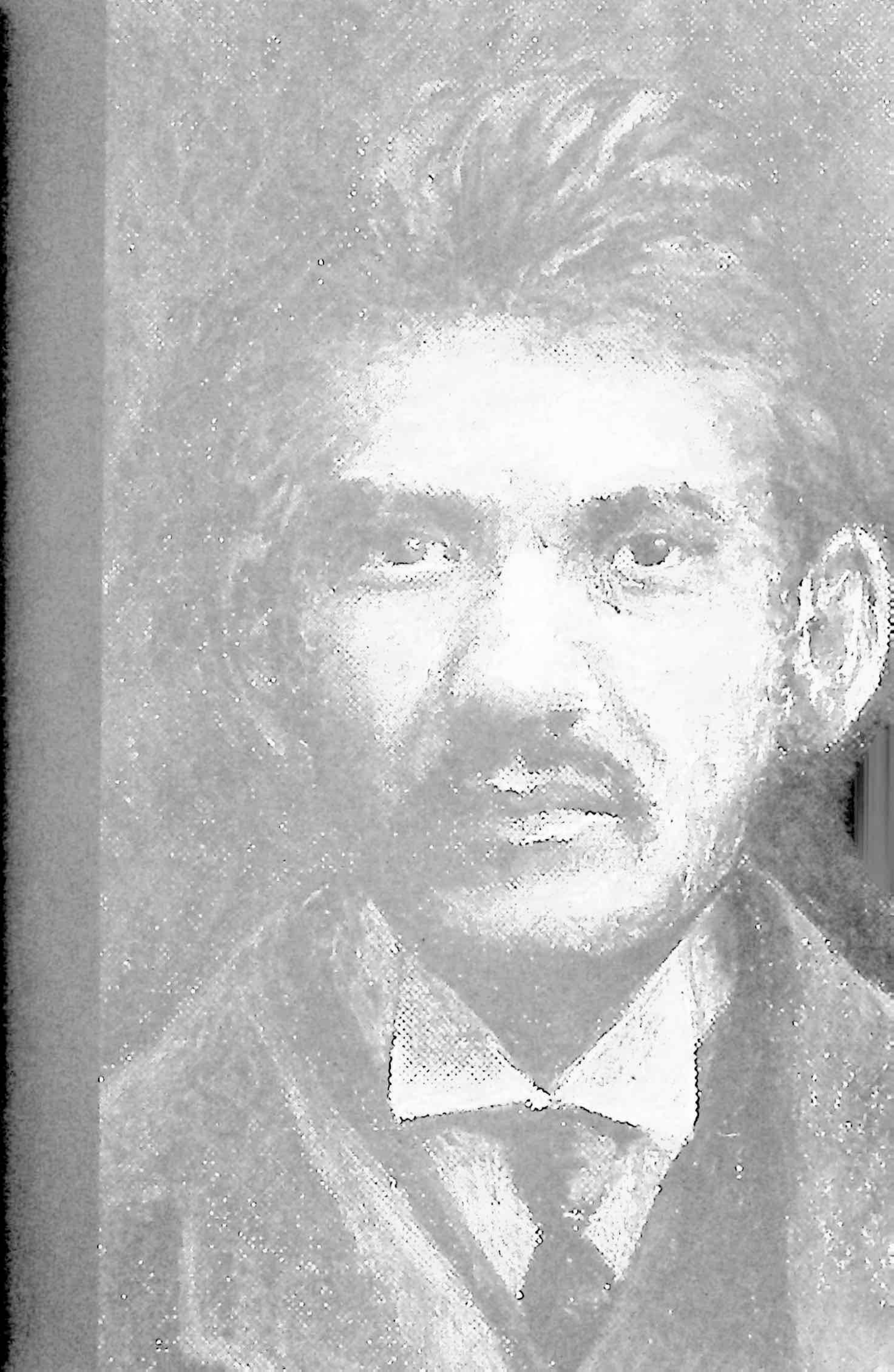
Alexandre M. Jacob

Por qué he robado

y otros escritos

[pepitas ed.]



Por qué he robado

y otros escritos

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.° 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

Traducción: Javier Rodríguez Hidalgo
Grafismo: Julián Lacalle
Retratos pintados de Jacob: Fabienne Tribou

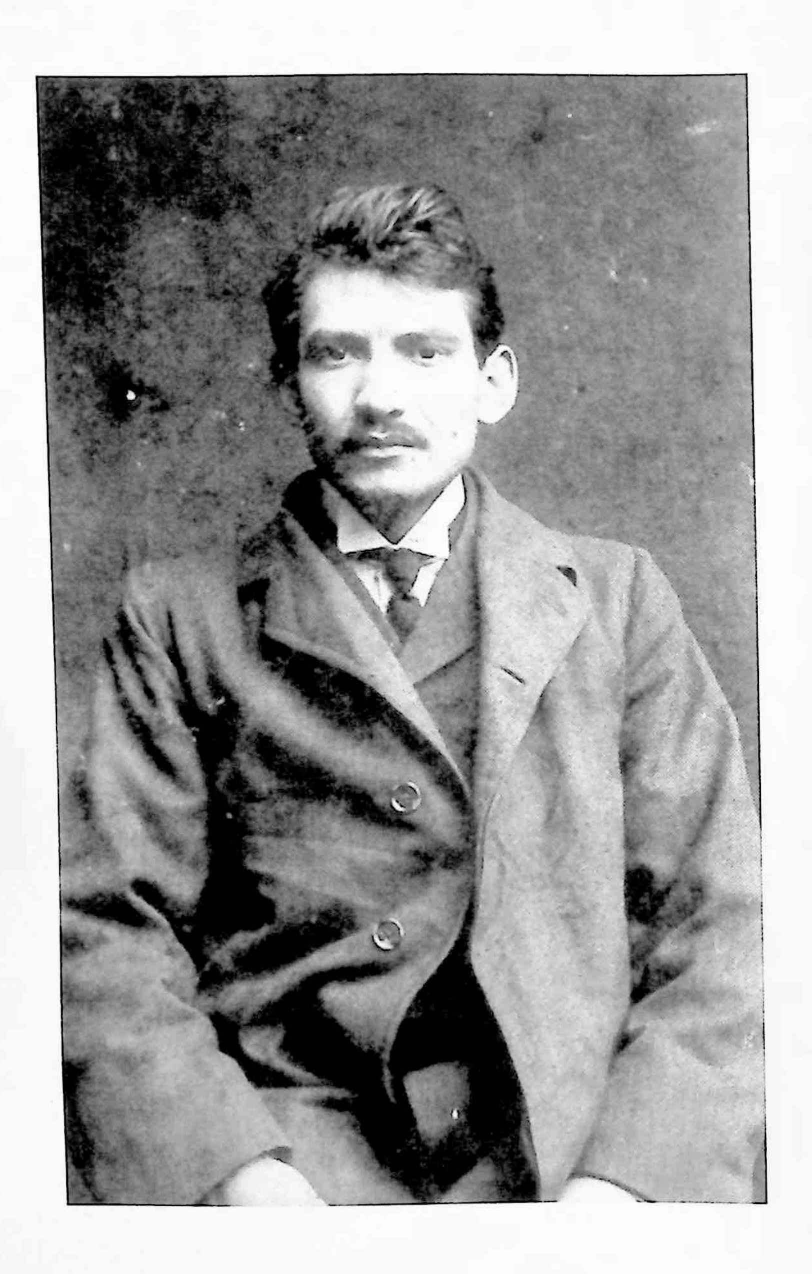
ISBN: 978-84-15862-75-8
Dep. legal: NA-2497-2007

Primera edición, septiembre de 2007
Segunda edición, marzo de 2018

ALEXANDRE M. JACOB

Por qué he robado

y otros escritos



Sentir vergüenza de sentir vergüenza

Lo que queda hoy de la aventura de Alexandre M. Jacob, ladrón virtuoso de una época pretérita, escapa a toda eventual repetición de sus actos. Su larga y dolorosa experiencia de presidiario parece pertenecer a la obsolescencia o al exotismo. La vida de Jacob, que a sus enemigos les costó tanto destruir —hasta el punto que al final tuvo que encargarse de ello él mismo—, no carece de valiosas enseñanzas, tanto sobre la historia de la derrota de los pobres como sobre su capacidad de resistencia.

Lo sabemos, la mercancía se ha apoderado del planeta, haciéndose con todo lo que intentaba escapar de ella: el robo, aun organizado con la aplicación que le dedicaban «los trabajadores de la noche», no podría aspirar a la implosión del sistema de la mercancía. Lo decía el propio Jacob: «las mayores empresas criminales están en el otro bando». Y nuestra época de mafias

y de opacidad lo prueba aún más que la del escándalo de Panamá.[1]

Por lo demás, la cuestión del consumo ha engullido a la de la adquisición, aunque sea ilegal. La sisa, el choriceo y la rapiña de lo cotidiano se inscriben sin demasiados remordimientos en el proceso trepidante de la circulación de las mercancías. A la amoralidad de la economía corresponde la inmoralidad clasista de los tribunales, que castigan sin escrúpulos a los pobres con más severidad que a los pudientes. Para el poder judicial no se trata tanto de castigar como de marginar de forma duradera a los que rechacen con insolencia la pobreza y el confinamiento, y que por eso mismo son portadores de conflagraciones.

Ya no se va a presidio por el robo de un mendrugo de pan o por ser un disidente: la barbarie se ha vuelto más mesurada y más fría. Por el contrario, se encarcela cada vez a más miserables y refractarios, y de forma cada vez más soterrada.

En fin, si hay un ejemplo que por desgracia no se sigue es el del suicidio estoico de Jacob: los ancianos impotentes pululan por Occidente, y la senilidad lo

---

1 Se refiere al famoso escándalo que a finales del siglo XIX cubrió de oprobio a buena parte de la burguesía financiera francesa. (N. del t.)

invade todo, volviendo este mundo aún más repugnante.

AL COMIENZO de este siglo, la *Belle Époque* de los especuladores vio agonizar en Francia los proyectos de abolición del capitalismo y del Estado. Los sueños de autoorganización de la clase obrera, «la Social» de los anarcosindicalistas, y la influencia de Bakunin y de sus discípulos: lo que se extinguió es toda una tonalidad del debate social, que pronto iba a expirar con las tripas al aire en el camino a Damasco. Como hombre de principios pragmático y generoso, Jacob percibía claramente, hasta en las actitudes de sus cómplices o de los militantes obreros, que la promesa de una explosión social se alejaba tristemente en una representación.

Este lector de Stirner, este idealista de gran corazón y mano de hierro, concibió *por sí mismo* una solución, basada en su propio ejemplo y consistente en su propia praxis. Si diez mil hombres de su temple hubieran desvalijado a su vez, imitando sus hazañas, a doscientos «parásitos» burgueses y hubieran dedicado por su parte hasta el último céntimo en dar combustible a la guerra social, mientras el enemigo se veía golpeado sin descanso en la cartera (su punto más sensible)... Ah, si...

Jacob, el científico, sin duda no ignoraba que el robo como tal, y como todas las industrias de la economía clandestina, contribuye en realidad al sometimiento de la sociedad a la Economía, sobre todo por el impulso que da a los distintos modos de control: leyes, fichado, militarización del territorio, cárceles, sin olvidar la racionalización de las modalidades de intercambio (desarrollo del sistema bancario y de las transacciones) o la exacerbación de la alienación (avaricia, separación, paranoia). «¿Habrá habido alguna vez cerrojos tan perfeccionados como los que existen actualmente si no hubiera habido ladrones? ¿La fabricación de billetes de banco habría alcanzado su actual grado de perfeccionamiento si no hubiese habido falsificadores? [...] El delito, por sus medios siempre nuevos de atacar a la propiedad, hace surgir continuamente nuevos medios de defensa, y actúa así de una forma tan productiva sobre la invención de máquinas como las huelgas», escribía ya el barbudo del British Museum en sus *Grundrisse*, en 1865.

Pero, incluso en el hecho de este aspecto del «proceso de valorización», el proletario Jacob no tenía otra elección que la transgresión, dado que su temperamento y su lucidez le impedían cualquier tipo de componenda. Para él se trataba de huir de la esclavitud, de denunciar esa infamia contra viento y marea,

de trabajar solo en la ruina de un mundo que le ofrecía tantos motivos de execración. Por un ardid de la Historia, el moralista intransigente conoció, gracias a un malentendido teórico, la belleza del delito al elegir las artes de lo negativo: la guerra o, mejor dicho, la guerrilla contra el derecho y la propiedad.

De forma muy dialéctica, el aplastamiento de la Comuna de París por parte de los desertores del arado bajo las órdenes de unos hidalgüelos había permitido en Francia el triunfo del industrialismo y la instauración de la democracia parlamentaria. Las condiciones de una dominación del Capital, infinitamente menos precaria que su simple preponderancia política y económica, por fin se vieron reunidas: el proletariado apaleado no tenía otra elección que sucumbir o adherirse a él, siempre que los amos del beneficio consintieran dejarle algunas migas, o incluso algunos mendrugos.

Jacob y algunos otros decidieron no contentarse con eso. La doctrina anarquista les dibujaba el perfil de un mundo que construir, más justo y más libre. Cuando la audiencia del partido anarquista[2] retrocedía

2 Partido en el sentido de «facción histórica», claro está. (N. del t.)

día tras día, el testarudo Jacob pretendía participar en la propagación de la «Causa». El medio libertario, dividido y aislado, puesto al margen de la sociedad *por definición*, carecía cruelmente de recursos y se sentía condenado a la persecución. De ahí el éxito en sus filas de las teorías de la «recuperación individual» y de la «reapropiación social», de las que podemos decir que Jacob erigió en sistema tanto en el ejercicio de su oficio de ladrón como en el empleo del botín. Algunos años más tarde, los «bandidos trágicos», beneficiándose de la invención del automóvil, aplicarán, provocando desórdenes, estas mismas teorías al arte del atraco.

Señalemos que a estos últimos no les faltaban puntos comunes con «los trabajadores de la noche», por lo menos por lo que se sabe de las costumbres de Jacob. Como él (y como vulgares cuáqueros), estos contemporáneos de Alfred Jarry y de los dadaístas reprobaban el derroche, no bebían, comían verdura o poca carne y rendían un culto casi exclusivo a la Ciencia y a las Artes. Se sabe que no faltaron, en el seno de su propio partido, los pensadores pusilánimes, aún más engañados por la cultura burguesa, para echar pestes y condenar en nombre de la ética los actos ilegales de los anarquistas expropiadores. Pero la anarquía ya chocheaba, y la gran carnicería de 1914-1918 y más tarde la vergonzosa capitulación de la cnt ante los estalinistas en mayo del 37 en

Barcelona acabaron de hacer de ella un ectoplasma que erraría entre sectas y bohemia de pacotilla.

NUESTRO TIEMPO conoce más o menos la misma ausencia de intensidad en el debate social que la época de Jacob. En los albores de la comunidad virtual del Capital, apatía y esclavitud se han vuelto sinónimos. La guerra devasta el planeta, la industria lo corroe y el hastío lo hipnotiza: el exceso de trabajo sigue exudando plusvalía. Por supuesto, el robo y todos los delitos, y todas las transgresiones, se han extendido mucho más allá de los ámbitos criminales profesionales y de los círculos iniciáticos, de manera simétrica a la universalización de la mercancía, ese robo que contiene todos los robos. Todo el mundo roba y trampea, y todo el mundo está dispuesto a matar. Los textos de leyes y regulaciones cada vez más numerosos y detallados son, por la simple virtud de lo negativo, cada vez más transgredidos, y cada vez con mayor ingenio, empezando por aquellos que se encargan de hacerlos respetar. La entropía capitalista se nutre de esta carrera por la apropiación entre las distintas familias y entre los individuos. Sin embargo, hay una forma de robo que expresa ahora y siempre una revuelta ante este mundo que se apodera de todo mientras finge dar: es el pi-

llaje. No el desenfrenado de los recursos naturales por parte de los capitalistas, que solo obedecen al inmediatismo del valor... sino el que practican desde siempre los pobres cuando se sublevan contra la propiedad y el orden de cosas reinante. La transgresión colectiva y conjunta de las relaciones de la mercancía que se realizó en los disturbios de Los Ángeles o de las *banlieues* británicas o francesas no se limita a una apropiación necesaria para la supervivencia. Esos templos del comercio entregados a las llamas, esos objetos que se toman y se comparten sin intercambiarlos por un poco de esclavitud o esos enfrentamientos con los sicarios de la propiedad denotan el caos inherente al orden de la mercancía, y resaltan la inevitable reivindicación de un mundo liberado de la economía.

La solución individual, por su parte, la que escogió Jacob, conlleva una riqueza evidente: atenerse a los propios medios y principios para entablar el combate, negarse a la rendición, sentir la necesidad de la asociación y causar perjuicio al enemigo... y dar testimonio de ello. Todo esto sigue siendo vital para todos aquellos a los que tienta el único destino concebible al margen de la esclavitud: la sedición, la que anima todas las transgresiones.

En un momento en que la noción de dignidad vuelve a estar a la orden del día gracias a un puñado de

indios en las montañas del sudeste de México, y a los rebeldes de todas las reservas de pobres del mundo, no nos ha parecido vano rastrear, siguiendo las migas que deja el tiempo, el recorrido de un hombre cuyo principio rector fue no agachar la cabeza ni ante el Dinero, ni ante la Autoridad... ni ante la Muerte. «Sentir vergüenza de sentir vergüenza», como le gustaba repetir a Jacob...

Podrá comprobarse así que, después de todo, quizá el ser humano no esté condenado a convertirse en un mono sabio o en un chucho complaciente. Y en la humanidad profusa, nacerán una y otra vez, entre los pobres, otros Jules Bonnot, Buenaventura Durruti, George Jackson, Jacques Mesrine, Alexandre M. Jacob y millones de anónimos que no sepan obedecer...

L'Insomniaque





Marius Baudy y Léon Pelissard (dos trabajadores de la noche) durante el proceso de Amiens.

A propósito de esta edición

EN EL AÑO 2004 ediciones L'Insomniaque publicaba la que todavía es la compilación de escritos más exhaustiva de Alexandre Marius Jacob: *Écrits. Nouvelle édition augmentée.* La obra iba acompañada de un disco compacto con diferentes dramatizaciones de la vida de Jacob y de un buen puñado de canciones de «las clases peligrosas».

La selección que ahora presentamos ha sido realizada de entre los textos recogidos en ese inmenso volumen y la idea que nos ha guiado no ha sido otra que la de acercar al lector en castellano la personalidad de Jacob a través de sus textos más emblemáticos, recogiendo los pasajes que más valor documental tienen para conocer su peripecia vital, pero sin encaramarlo a falsos altares.

Hemos dividido el libro en capítulos y los hemos ordenado siguiendo un criterio cronológico. Cada uno de ellos va precedido de una introducción tomada de

la edición de L'Insomniaque, salvo el epílogo («¿Jacob en España?»), que ha sido compuesto por los responsables de esta edición.

Para terminar (o para comenzar), queremos manifestar nuestro agradecimiento y simpatía a los amigos de la mencionada editorial francesa por sus publicaciones en general y por la ayuda prestada para esta edición en particular.

Pepitas ed.

Entre Logroño y Valencia en junio de 2007

1. Recuerdos de un rebelde. 1905

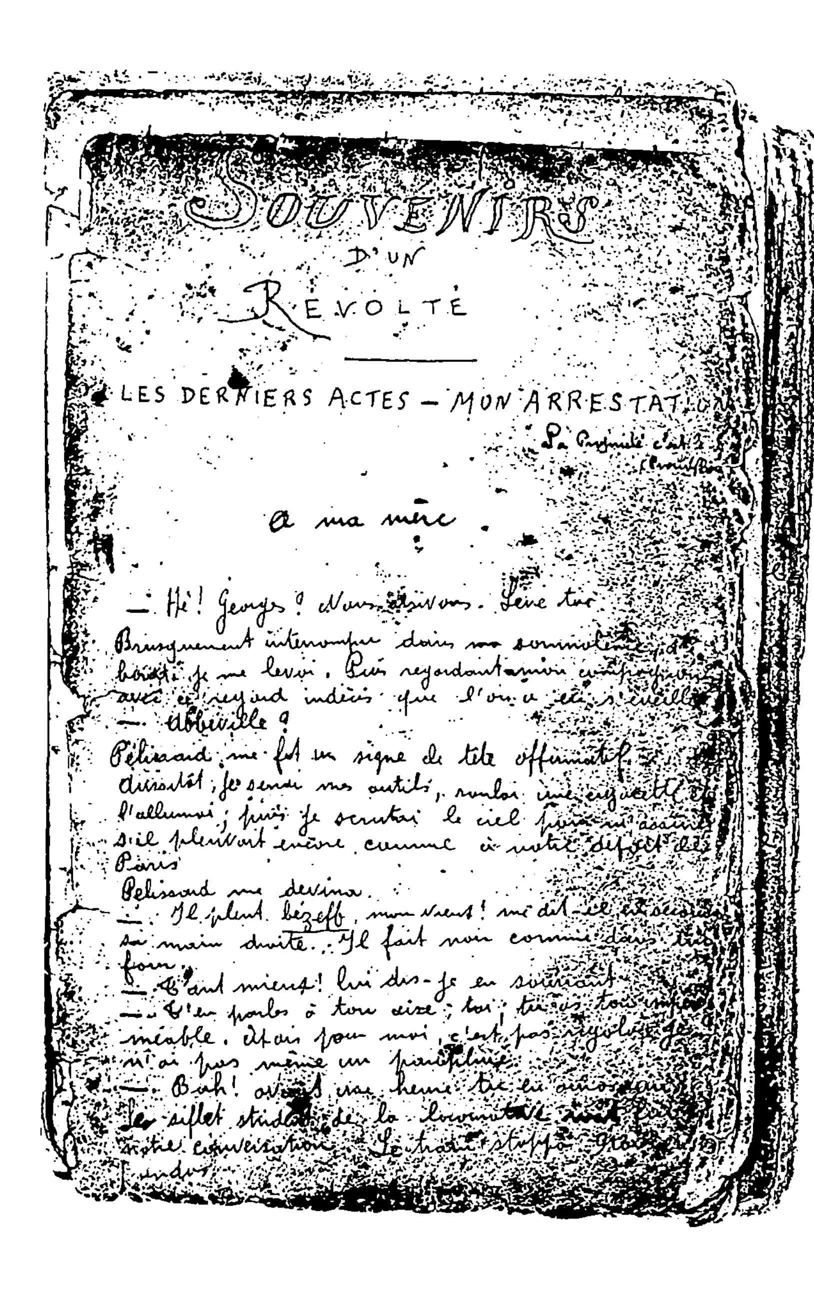
ESTOS *RECUERDOS* SE PUBLICARON como folletín, en veinticuatro entregas, en *Germinal*, el periódico libertario de Amiens. Jacob los redactó después del final del proceso de Amiens y su traslado a Orleans el 30 de marzo. A la espera de pasar por el banquillo del Loiret, decidió relatar su detención; se lo comunicó a su madre por primera vez en una carta del día 3 de julio. Tras el recurso de Laon, Marie Berthou salió absuelta el primero de octubre y liberada los días siguientes. A continuación se presentó en Amiens para preparar la publicación del manuscrito que le había hecho llegar su hijo por mediación del abogado. En un correo dirigido a su madre el 3 de diciembre, Jacob la felicitó por haber confiado estas páginas a los compañeros del periódico. Su publicación empezó sin dilación ya en el n.° 33, fechado el 31 de diciembre al 13 de enero de 1906, y prosiguió hasta el n.° 58, fechado del 14 al 20 de julio de 1906. Jacob, por su parte, peleaba ya desde

hacía largos meses con la administración penitenciaria del infierno guayanés.

Fundado en el año 1904, *Germinal* abrió de par en par sus columnas a los compañeros que respaldaban a Jacob y a sus amigos, publicando reseñas de sesiones de juicios y muestras públicas de apoyo a los acusados, canciones y declaraciones de los encausados. Después de que se pronunciaran los veredictos de Amiens, Laon y Orleans, la redacción siguió informando a los lectores de la suerte de los condenados.

Esta primera serie de *Germinal*, compuesta por 356 números, duró hasta noviembre de 1913. Fue uno de los escasos periódicos libertarios regionales no específicamente vinculados a una organización que conoció una duración real y prolongada. Su responsable, Georges Bastien, hizo reaparecer la cabecera en agosto de 1919. Muy pronto, a partir del 9 de octubre de este mismo año, el periódico abandonó su viejo subtítulo de preguerra, *Journal du peuple*, para escoger el de *Organe du communisme libertaire*. En aquella época, en efecto, a la manera de muchos militantes obreros anarquistas, Bastien, influido por la revolución rusa, aspiraba a crear estructuras más políticas que las heredadas de las organizaciones de preguerra. Así, la asociación de Amigos de *Germinal* se transformó, tras un congreso celebrado en Amiens en septiembre de 1920, en Fe-

deración Comunista Libertaria. Su periódico seguirá apareciendo con regularidad hasta 1933. Desapareció definitivamente tras un último y efímero intento de publicación que vio la luz en siete números en 1938.



SOUVENIRS D'UN RÉVOLTÉ

LES DERNIERS ACTES — MON ARRESTATION

La Propriété c'est [illegible] (Proudhon)

A ma mère.

— Hé! Georges! Nous arrivons. Lève toi

Brusquement interrompu dans ma somnolence, d'un bond je me levai. Puis regardant mon compagnon avec ce regard indécis que l'on a étant réveillé:

— Abbeville?

Pélissard me fit un signe de tête affirmatif.

Aussitôt, je serrai mes outils, roulai une cigarette et l'allumai; puis je scrutai le ciel pour m'assurer s'il pleuvait encore comme à notre départ de Paris

Pelissard me devina.

— Il pleut bézeff mon vieux! me dit-il en secouant sa main droite. Il fait noir comme dans un four.

— Tant mieux! lui dis-je en souriant

— T'en parles à ton aise; toi, tu as ton imperméable. Mais pour moi, c'est pas rigolo, je n'ai pas même un parapluie.

— Bah! avant une heure tu en auras un.

Le sifflet strident de la locomotive vint [illegible] notre conversation. Le train stoppa. [illegible] [illegible] descendus.

Recuerdos de un rebelde
Los últimos actos. Mi detención

A mi madre

La propiedad es el robo
Proudhon

—¡EH, GEORGES! ESTAMOS LLEGANDO. Levántate.

Bruscamente interrumpido en mi somnolencia, me puse en pie de un salto. Después, observando a mi compañero con esa mirada que tiene uno cuando se despierta, pregunté:

—¿Abbeville?

Pélissard[1] me hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

Al momento recogí las herramientas, lié un cigarrillo y lo encendí; a continuación, oteé el cielo para

1 Léon Pélissard será condenado a ocho años de trabajos forzados; en virtud del sistema de doblaje, el presidiario podía tener así la certeza de que nunca saldría —legalmente— de la Guayana.

asegurarme de que aún llovía como cuando salimos de París.

Pelissard se dio cuenta.

—¡Cómo llueve, hombre! —me dijo agitando la mano derecha—. Está negro como boca de lobo.

—¡Mejor! —le dije sonriendo.

—Para ti es fácil hablar; llevas impermeable. Pero a mí no me hace gracia. Ni siquiera tengo paraguas.

—¡Bah! En menos de una hora ya tendrás uno.

El silbido estridente de la locomotora puso fin a nuestra conversación. El tren se detuvo. Nos esperaban.

En el andén exterior de la estación, en la salida de los pasajeros, Bour,[2] con el zurrón en bandolera, nos aguardaba.

—¿Qué tal, Georges?

—Tirando.

—¿Y tú, Léon?

—Muy bien —le respondió Pélissard.

---

2 Félix Bour, tipógrafo, será condenado a trabajos forzados a perpetuidad en el proceso de Amiens. Como todos los demás compañeros de Jacob deportados al infierno guayanés, desaparecerá algunos años más tarde.

El zurrón que llevaba era muy pequeño y no podía ser de ninguna utilidad. Así que me sorprendió que no lo hubiera dejado en la consigna. Se lo hice ver.

—¡Bah! —me respondió con aire despreocupado—. No te preocupes por eso. Prefiero llevarlo conmigo; no va a molestarme.

Más tarde, con tono jocoso, añadió:

—Siempre tienes que quejarte de algo, si no, no te quedas a gusto.

—¿Así que no tengo razón?

—¡Qué va, so gruñón!

—No tiene gracia —repliqué—. Para variar, has vuelto a liarla. ¡Menudo bufón estás hecho! En el futuro te dejaré el monopolio exclusivo de la redacción de fórmulas telegráficas...

—¡Ah, sí! —interrumpió Pélissard—. Hablemos un poco de eso. ¡Pero que muy bien! Buena la has hecho.

Pasmado, sin entender nuestros reproches, Bour nos miraba alternativamente. Después de unos segundos de cháchara, impaciente, saltó:

—¿Qué me estáis contando, eh? Venga, explicaos.

—En dos palabras. ¿Te acuerdas de la fórmula que te había dicho que tenías que redactar en telegrama? —le dije.

—Perfectamente —me respondió con seguridad.

—Dime, a ver...

Enmudeció unos segundos y luego, tras sacar la libreta del bolsillo:

—No puedo equivocarme —nos dijo—. Aquí tenéis una copia.

Mientras Pélissard la iluminaba con la linterna eléctrica, leyó:

—Coincidencias dudosas. Salida próxima.

—¡Eres un melón! —gritó Pélissard—. Lo que te había dicho Georges era «referencias dudosas», sin mencionar nada de salidas ni llegadas. ¡Pero qué ceporro estás hecho!

—En fin, ya no tiene remedio; no pensemos más en ello —le dije, para atenuar los sarcasmos de Pélissard—. En el futuro trata de tener mejor memoria. —Luego, cambiando de terreno la conversación, añadí:

—Por cierto, ¿cuántos palacetes has calado?

—Once.

—¿Valen todos?

—Sí.

—¡Vamos! ¡Está bien...! ¿Y en qué calles...? ¡Toma, ilumínamelo un poco! —le dije a Pélissard, para que nos leyera la lista.

—Rue Notre-Dame, calzada des Bois, calzada Marcadet, plaza Saint-Pierre...

—¿Eso es todo?

—Sí. ¿No basta?

—Sí. Pero no has sabido ir a los sitios buenos: rue Saint-Gilles, rue Millevoye, rue de la Tannerie. Sobre todo rue de la Tannerie... Allí está lo que vale la pena.

—Creo que he pasado por todas esas calles —me dijo Bour—, pero no había nada muy rico.

Luego, tras una pausa:

—¡Ah! También he calado otras cosas, ¿sabes? —me dijo—, queridas, nobles, rentistas, propietarios...

—¡Bien, mucho mejor! Vamos. Ya veremos esto.

Y, aligerando el paso, fuimos a hacer nuestra ronda de inspección. La lluvia seguía cayendo, fina, penetrante, causándonos escalofríos.

—¡Qué mierda de trabajo! ¡Qué mierda de tiempo! —gimió Pélissard.

—¡Venga, no seas impaciente! —le dijo Bour—. Pronto vamos a llegar al primero: es un noble.

—Me importa un rábano que sea un noble o un burgués —replicó agriamente Pélissard—. Lo principal es que encuentre un paraguas y un gabán.

Los escasos pasajeros que habían bajado del tren ya habían desaparecido de nuestra vista. Las calles que recorríamos estaban completamente desiertas.

Al cabo de diez minutos de marcha, Bour me cogió del brazo y me dijo:

—¡Ahí va uno!

Me dirigí con él a la puerta y arrojé un haz de luz.

—¡Hecho! —exclamó Bour—. ¡Toma! Al suelo —añadió mientras mostraba el sello manchado de barro.

—Mala suerte. Vamos rápido a otra parte —le dije—. Beneficiémonos de la lluvia para hacer una abertura limpia.

—Otras diez como esta —suspiró Pélissard—, y darán igual gabán y paraguas. ¡Joder, qué mala pata!

La lluvia, el barro y el frío le volvían hosco.

Después de dar vueltas y más vueltas, debido a la inexperiencia de Bour, que apenas se orientaba en Abbeville, por la que pasaba por primera vez, hasta una hora después de nuestro desembarco no concluimos nuestra ronda de inspección. De once sellos, habían caído diez. Solo quedaba uno: el n.° 5 de la plaza Saint-Pierre.

—¿Qué es? —le pregunté a Bour.

—Una rentista —respondió después de leer en su libreta.

Conocía el palacete porque cada vez que pasamos por Abbeville había visto que vivía gente en él. Así que, para mayor seguridad, iba a examinar los sellos de nuevo. No había duda posible. Seguían resistiéndose. Así que nos decidimos a atacar.

Ilustrado por la experiencia, de un simple vistazo juzgué que la puerta no podía ser derribada. Semejante a esos viejos pórticos de iglesia provistos de pesados cerrojos, la puerta no ofrecía ni podía ofrecer ningún asidero. Se lo señalé a mis compañeros; pero Pélissard no compartía mi opinión. Trató de forzarla con la palanqueta. Sus esfuerzos fueron en vano.

—Mejor haríamos atacando por el tragaluz de la bodega —les dije.

La idea fue aceptada y, después de algunas acometidas, la reja quedó suelta: fui a llevarla de inmediato bajo un pórtico oblicuo que se encuentra a algunos metros de las Nuevas Galerías de Abbeville, ante la residencia y las oficinas del recaudador, a fin de apartarla de las miradas de los transeúntes. Durante esa breve ausencia, Bour intentó introducirse en la bodega, pero, obstaculizado por una barra de hierro dispuesta horizontalmente en el marco del tragaluz, no lo logró. No insistí ante aquella imposibilidad. Busqué otra vía para penetrar. Fui al centro de la calle para examinar mejor el edificio. Tras unos minutos de observación me percaté de la imprudente forma en que estaban dispuestas las contraventanas. De ordinario, los postigos exteriores encajaban en el marco de la ventana pero aquellos, por el contrario, se encontraban del todo fuera del marco, de tal modo que bastaba hacer

unas palancadas de abajo arriba para soltarlos de sus goznes, o de dentro afuera para fracturar la falleba o la barra de hierro que hacía la misma función.

Comuniqué mis observaciones a mis camaradas, preguntándoles si eran partidarios de atacar por la ventana. Ante su respuesta afirmativa, iniciamos el asalto inmediatamente.

Ya con la segunda palancada las contraventanas se entreabrieron lo suficiente para que pudiera pasar la mano y hacer bascular la barra de hierro. Las contraventanas se abrieron. Como la base de la ventana se hallaba a una altura de más o menos un metro sesenta, me senté en el borde de un brinco; luego, tras asegurarme de que la calle estaba desierta, rompí la ventana de un puñetazo; a continuación pasé la mano a través del cuadrado roto e hice girar la falleba para abrir los postigos interiores. En cuanto la apertura estuvo concluida, salté a la sala de la planta baja, dispuesto a ayudar a mis camaradas a subir, cuando Pélissard, con el pretexto de que el cristal había hecho mucho ruido, me invitó a bajar.

—Vamos a dar una vuelta —añadió— y, si no hay nada anormal, volveremos para continuar.

—Eso que dices no tiene sentido —le respondí—. Si el cristal ha hecho mucho ruido, razón de más para que no os quedéis ahí, a la vista. Imagínate que un veci-

no asoma la nariz por la ventana. Si no ve a nadie, volverá a acostarse, mientras que si se da cuenta de que estáis ahí los dos, es casi seguro que irá a avisar a la policía.

Se encogió de hombros y me dijo:

—Hazlo a tu manera. Quédate si quieres, pero yo no entro aún. Voy a dar una vuelta.

Ante esta obstinación, no quise insistir más. Salté al pasillo y cerré las contraventanas a fin de ocultar la fractura; luego fui a reunirme con los dos en la plaza del Pilori, donde se habían quedado.

Les confesé mi disgusto.

—Nunca había actuado así —les dije— y, desde luego, este nuevo método no nos beneficia.

—En efecto —dijo Bour—. No me explico todas estas vacilaciones.

Pélissard guardó silencio.

Como no era ni lugar ni momento para entablar una discusión, le dije a Pélissard que se quedara en la esquina de la plaza del Pilori para controlar, en tanto que Bour y yo íbamos a dar una vuelta por la rue del Hôtel-de-Ville.

Pélissard, que solo quería quedarse fuera, consintió de buen grado.

Salí con Bour. Por el camino me fumé un cigarrillo mientras mascullaba contra la actitud de Pélissard.

Por un instante me vino la idea de volver al tren. Se lo comuniqué a Bour.

—Ahora que está hecho el agujero, más vale llegar hasta el final —observó él.

Después de una reflexión más madura, me mostré de acuerdo con esta opinión y nos dirigimos hacia la rue des Carins. Cuando llegamos al pórtico en que había escondido la reja del tragaluz, cuál no sería nuestro asombro al encontrar allí a Pélissard.

—No es prudente lo que estás haciendo ahí —le dije—. Tendrías que haberte quedado allá abajo.

—¡Bah! No he hecho más que alejarme de allí. No he visto nada raro. Todo está muy tranquilo.

Calmado por sus palabras, me llegué al momento a la ventana, la abrí y penetré en el interior. Los dos me siguieron. Bour volvió a cerrar las contraventanas y se acomodó, sentándose en un sillón para vigilar. Encendí la linterna y, acompañado por Pélissard, empecé a investigar. La habitación en que nos encontrábamos apenas estaba amueblada: algunos cuadros sin valor, un viejo arcón y una *chaise longue* sobre la que se amontonaban diversos objetos mobiliarios formaban los únicos ornamentos.

Pasamos al salón de la planta baja. Al cruzar bajo la bóveda de la galería, fui a echar el cerrojo de la puer-

ta de entrada para que, en caso de alarma, pudiéramos tener tiempo de huir con calma por el jardín que daba junto al instituto.

A la entrada del salón, que debía de servir también de comedor, a la izquierda se encontraba un armario acristalado que contenía baratijas así como algunas piezas de cubertería de plata. Cuando Pélissard hubo cogido la plata, le dije:

—Subamos al primer piso. Haremos la planta baja al volver. ¿Te parece?

—Como quieras. Pero antes déjame coger este paraguas.

Y uniendo acción y palabra, cogió ese objeto que estaba al lado del armario acristalado.

—Ya solo me falta el gabán —murmuró Pélissard.

De repente, en el momento en que abrí la puerta para subir al primer piso, Bour silbó la tonadilla del «Père Duchesne», señal convenida en caso de peligro.

—Vamos a ver —le dije a Pélissard.

Y volvimos ambos junto a Bour, cuidándonos de tapar la luz de nuestra linterna.

—¿Has silbado tú?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Acaba de salir un hombre corriendo.

—¿De dónde ha salido?

—De ese lado o de enfrente.

—¿Qué dirección ha seguido?

—Por allí —me dijo Bour, señalando la rue Saint-Wulfrang.

—¡Malo! Es el camino para ir a la comisaría de policía. Quizá sea un probo ciudadano. En cualquier caso, voy a seguirle los pasos. Quedaos aquí. Vuelvo en un momento.

Mi misión terminó rápidamente. Al abrir las contraventanas para saltar a la acera, vi una cabeza de mujer, apostada en el marco de una de las ventanas del inmueble de enfrente. Como mis camaradas vieron la aparición al mismo tiempo que yo, en un segundo estábamos los tres en la calle.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Otra vez son tres!

Entonces, precipitadamente, cerró la ventana. Estaba claro que el peligro era real. No se trataba de una alucinación como las que tienen a veces los que se quedan de guardia.

—Debe de ser la mujer del hombre que has oído salir —le dije a Bour.

—¡Ah, es cierto! —respondió.

Y sin más deliberaciones, realizamos un repliegue a la buena de Dios, es decir, sin saber muy bien adónde nos conducía el camino que seguíamos.

Cuando nos introdujimos en la rue Jeanne-d'Arc, en la que, gracias a la oscuridad, gozamos de una seguridad relativa, aconsejé que nos preparásemos para cualquier cosa.

—En caso de ataque —les dije a mis compañeros—, creo que no debemos marcharnos unos sin otros.

—Así lo creo yo —respondió Pélissard.

—¡No temas! —se limitó a decir Bour.

Saliendo a la rue Saint-Gilles, caminamos en fila india, en la sombra, pegados a los muros, a fin de ocultarnos uno detrás del otro.

Mientras aligerábamos el paso, Pélissard nos hacía partícipes de sus temores.

—Puede que la policía salga a darnos caza —decía—. Me parece que no haríamos mal en apretar el paso... o incluso correr.

—¡Anda ya! En la policía no son tan esforzados como tú te crees —le dije, lleno de optimismo en ese sentido—. Cuando hayan comprobado la fractura, volverán a su casa, impacientes por acostarse. Mañana por la mañana continuarán sus pesquisas.

—En el fondo, así es como actúan la mayor parte de las veces. Y si nos siguieran por el campo no tendríamos ninguna posibilidad.

—¡No tengas miedo, mi buen amigo! No se atreverán a aventurarse en el campo... Y, a decir verdad, yo en su lugar haría lo mismo. Por lo demás, no es la primera vez que me sucede algo así, sino la décima, por lo menos. Pues bien, te aseguro que nunca me ha pasado nada grave.

Acostumbrado y familiarizado con el peligro, tenía demasiada confianza en mi estrella.

Después de dejar atrás el cuartel de caballería, en el que pasamos desapercibidos para el funcionario, fuimos a darnos de narices con la garita de peaje. Habría podido evitarlo, pero ya era demasiado tarde: el vigilante nos había visto.

Creo que puedo decir, sin equívoco, que fue este funcionario municipal el que, unas horas después de que pasáramos, nos delató a la policía.

Una vez llegados al paso a nivel de la vía comarcal, mis camaradas siguieron avanzando mientras yo me detenía un instante para cerciorarme de que nadie nos pisaba los talones. No vi nada. La rue Saint-Gilles estaba desierta. Tranquilizado por este examen, alcancé a mis amigos y nos adentramos a ciegas en la oscuridad de la carretera.

La lluvia había dejado de caer, pero una niebla densísima envolvía en tinieblas la carretera y el campo.

Sin los árboles que jalonaban la carretera, nos habría sido muy difícil poder orientarnos. De vez en cuando, Bour lanzaba algunos destellos con la linterna eléctrica para tratar de descubrir algún mojón.

¿Dónde estábamos? ¿Adónde íbamos?

De momento estas preguntas constituían para nosotros otros tantos misterios. Afortunadamente todo llega, incluso el descubrimiento de un mojón. Solo cuando hubimos leído sus inscripciones supimos situarnos en la carretera secundaria de Poix a Abbeville. Pero, por desgracia, Poix se hallaba lejos, muy lejos, y la perspectiva de hacer el trayecto a pie no consiguió entusiasmarnos. Nuestro objetivo era llegar a cualquier aldea que tuviera estación, para poder tomar el tren con destino Boulonge-sur-Mer. Con la esperanza de dar con una antes de Poix, seguimos avanzando.

Una hora después de salir de Abbeville y tras haber recorrido la aldea de Éponge, sentí tal agotamiento que propuse una parada de varios minutos. Necesitaba descansar. Dado que no me había recobrado del todo de un grave acceso de fiebre que me había obligado a guardar cama durante ocho días en París, esta caminata forzosa, de noche, bajo una lluvia fina pero penetrante, me había dejado indispuesto. Mis camaradas no pusieron ninguna objeción a este deseo. Como la hierba estaba húmeda, extendí el impermea-

ble en el suelo y nos sentamos los tres al borde del talud, al pie de un árbol que lindaba con la carretera.

—Me pregunto lo que ha querido decir esa pajarraca —nos dijo Bour.

En ese momento no comprendí la alusión.

—¿Qué pajarraca? —le pregunté.

—¡La aparición de la ventana, joder!

—¡Ah...! Apuesto a que es ese «¡Otra vez son tres!» lo que te causa curiosidad.

—Exacto.

—Voy a explicarte el significado. ¿Te acuerdas de la expedición del 24 de diciembre, cuando vinimos a robar en la iglesia de Saint-Jacques?

—¡Por supuesto que me acuerdo...! También me acuerdo de la botella de vino blanco —añadió con una risa.

Y a continuación, volviendo al asunto:

—Pero no veo qué...

—Déjame seguir y entenderás —le interrumpí.

Volví a encender el cigarrillo, que se había apagado, y proseguí:

—Ya que tienes una memoria tan dotada para acordarte de la botella de vino blanco, te acordarás también de que al volver de la expedición, una vez pasado el puente del Somme, el camarero de la esquina,

con voz chillona, nos saludó al pasar con un estruendoso: «¡Buenas noches, cuadrilla!».

—Ya lo creo que me acuerdo. Tú le respondiste: «Buenas, ciudadano».

—En ese momento no entendimos nada del saludo. Solo al llegar a la estación, cuando vimos a una cuadrilla de comediantes que se disponía a tomar el tren, comprendimos la alusión. Nos habían tomado por comediantes. Por otro lado, también debes de recordar que me vi obligado a cambiar los billetes a segunda clase porque el tren de las tres y media no recogía pasajeros de tercera. Al día siguiente, después de descubrir el sacrilegio, el caballero de «Buenas noche, cuadrilla», así como el interventor de la estación, se acordaron de que pasamos por allí. Y así es como dos días después pudiste leer, al igual que yo, en el periódico: «Los malandrines eran tres. Tomaron el tren de las tres y media con destino a París». Y, en fin, hete aquí que la vieja de la ventana, que probablemente leyó la prensa, nos ha dicho hace unas horas: «¡Otra vez son tres!», es decir: otra vez son tres, como en la iglesia de Saint-Jacques. ¿Has entendido?

—Perfectamente.

Apenas hube concluido la explicación, Pélissard nos comunicó un descubrimiento que acababa de hacer escrutando las tinieblas.

—¡Vaya! Mirad allí —nos dijo señalando con el brazo hacia el este—. ¿No veis una luz?

Sin esperar respuesta, prosiguió:

—Hace ya un rato que la observo. Y cuanto más la miro, más me parece que no me equivoco. En mi opinión, es el farol de un tren.

En efecto, no se equivocaba. Algunos minutos después, el tren, pasando por una curva, nos mostró el flanco. Entonces ya no era solo una luz sino varias docenas las que vimos corriendo unas detrás de otras. Cada portezuela parecía una linterna. Se diría que era un barco de vapor con sus cabinas de baterías iluminadas, dejando filtrarse la luz a través de las portillas. A medida que avanzaba el tren, cambiaba de posición, siguiendo las sinuosidades de los raíles. Por la distancia que nos separaba de él cuando pasó frente a nuestra posición, creímos que la vía férrea no estaba más lejos.

—Ya sería mala suerte —dijo Pélissard— que no encontrásemos una estación de ferrocarril de aquí a cuatro o cinco kilómetros.

Y con esta esperanza, después de encender cada uno un cigarrillo, volvimos a ponernos en marcha, siempre a ciegas.

Más o menos una hora más tarde, llegábamos a Pont-Rémy.

Habitualmente, cuando salía de viaje, tomaba la precaución de proveerme de una guía Chaix. Como si lo hubiera hecho adrede, en aquel viaje se me había olvidado. Así que, a fin de no permanecer más tiempo en la incertidumbre, nuestra primera preocupación fue volver a la estación para consultar el horario. La estación estaba cerrada, pero como había un letrero fijado en los cristales de la puerta, no nos costó satisfacer nuestra curiosidad.

Hasta las seis y diez de la mañana no había ningún tren que parase en aquella estación. Consulté el reloj; apenas eran las dos de la madrugada. Así pues, teníamos que esperar cuatro horas.

¡Desde luego que si semejante aventura nos hubiese ocurrido algunos meses más tarde, otro gallo nos habría cantado! La situación habría sido soportable o, mejor dicho, agradable. Por mi parte, soy de esos que no tienen miedo de pasar una noche al raso en pleno verano. Pero para nuestra desgracia, la estación no estaba tan avanzada; y, en el mes de abril, con un tiempo lluvioso, puesto que el cielo de Picardía no ofrece ningún encanto, decidimos alojarnos en dos pensiones colindantes a la estación.

Yo en una, Bour y Pélissard en la otra, en vano nos molestamos en tocar, llamar, golpear, gritar: nada sirvió, nadie dio señales de vida.

Aquel silencio no nos decía nada bueno. Sobre todo yo estaba casi convencido de que ninguno de los hospederos querría recibirnos. Pero, bien por salir de dudas, bien por vengarme de su imprudente silencio, estuve de acuerdo con Pélissard, que propuso darles una serenata. Pero también en eso perdimos el tiempo. En vano nos lastimamos los puños repicando a su puerta, durante más de cinco minutos, la tonadilla de «Viens Poupoule», pues los señores figoneros ni se dignaron contestarnos. Por cierto, no me sorprendía. Desde que viajaba, no era la primera vez que me era dado apreciar las costumbres hospitalarias de los figoneros del campo. Que llueva, nieve, haga viento o hiele como para quebrar la piedra, son calamidades que a este tipo de bípedos les preocupan muy poco. ¿Es que él no está abrigado? Pues raras veces concede asilo por la noche a un extraño. Bastante es que se moleste en examinar al intruso por la ventana. ¿El viajero va vestido con corrección? Al momento vuelve a acostarse, satisfecho y muy contento de poder ser desagradable con el «burgués» o el señor de ciudad: «¡Ah! ¿Te crees que voy a pasar frío por ir a abrirte? Sí, figúrate; pero entretanto quédate en la calle. Cuando se es rico, mi querido señor, no se corre por los pueblos de noche. ¡Buenas noches! Y golpea, llama, chilla y canta si quieres; veremos quién de los dos se cansa antes».

¿Que el viajero tiene aspecto de obrero? Entonces no actúa de modo distinto, sino que las quejas ya no son iguales. En ese caso es él, el campesino, el que juega a «señor de ciudad», que imita al burgués: ¡Cómo! ¿Un vagabundo, un desarrapado se atreve a despertar a un hombre honrado como yo? ¡Qué temeridad! ¡Uno se pregunta qué estarán haciendo los gendarmes! ¿Él, el señor de renombre, él, el teniente de alcalde, él, en fin, todo un personaje, se dignará molestarse por esa escoria de obrero, este harapiento? Pues bien, ¡no faltaba más! ¡Antes deja de girar la tierra! Y además, ¿por qué no tiene casa este vagabundo? Pues está claro que es un vagabundo. ¿Acaso la gente decente se pasea de noche? ¡Vamos, hombre! Seguro que es alguien que se ha escapado de la cárcel. ¿Quién sabe? Tal vez quiera su dinero. ¿Abrirle? ¿Ofrecerle su hospitalidad? Eso sería suicida. Mal rayo parta a ese viajero: ¡que se moje, que se empape, que se hiele, poco importa! Después de todo, su albergue no es un refugio para mendigos. Y vuelve a acostarse mientras rumia contra la audacia de esos hambrientos, esos indigentes, y contra la ineptitud de los gendarmes.

Su mujer, medio desvelada, le pregunta:

—¿Qué te pasa, Thomas?

—No me hables, querida; ¡un viajero de visera que me pide una habitación!

—¡Oh! ¡Qué bandido!

—¡Atreverse a despertarme a estas horas!

—Y con este tiempo. ¿No tienes frío, Thomas?

—Pues sí, mi vida, estoy tiritando. Acércate, cariño... Acércate un poco para que entre en calor... un poco más... así.

Y, abrazados el uno al otro, se afanan en repoblar Francia. ¡Qué buena gente!

Dos años antes de esta aventura, en Saint-Blin, en el Alto Marne, me había sucedido algo mucho peor. Entonces, el figonero se dignó responderme, ¡pero lo hizo de una forma muy graciosa! Se asomó a la ventana fusil en mano y me dijo: «Vete, salvaje, o te cazo como a una liebre».

En Pont-Rémy, con más silencio pero sin la escena del fusil, tuvimos que vérnoslas con dos de estos civilizados. Por eso no insistimos más. Bour y Pélissard se fueron a explorar los alrededores de la estación. Yo, más cansado, fui a sentarme en un banco, en el vestíbulo del apeadero.

Apenas había comenzado a disfrutar las dulzuras del descanso cuando el guardagujas vino hacia mí con aire poco conciliador.

—Tiene que salir de ahí, señor. La estación está cerrada —me dijo con acritud.

—¡A mí qué me cuenta, buen hombre! Ya me había dado cuenta. Estoy esperando a que alguien tenga a bien abrirla.

—Pero está prohibido entrar en la vía. No puede quedarse ahí.

—Sin embargo, usted no querrá que con semejante tiempo ande callejeando.

—Vamos a ver, ¿usted quién es? —preguntó bruscamente.

—¿Qué quién soy? Me parece que es usted muy curioso.

—¡Ah, vaya! Salta a la vista. Bien se ve que sí —dijo mientras se marchaba.

Estas últimas palabras me dejaron perplejo. ¿Habría telegrafiado la policía desde Abbeville? No es nada improbable, pensé. Y cuando mis camaradas volvieron de su excursión, les comuniqué mis temores.

—¿Y si nos alejamos? —dijo Pélissard.

—Te olvidas de que ya no puedo más —le dije—. Lo mejor es ir a asegurarse.

Al momento, sin perder ni un instante, fui a incordiar otra vez a aquel buen hombre. Lo encontré en su garita, sentado ante una estufa, con la pipa entre los dientes.

—Bueno, hombretón, ¿está usted siempre de tan mal humor?

—¡Ah! Yo no tengo nada contra ustedes —me dijo con aire bonachón—. Pero en el campo la gente es suspicaz, sabe. Y si supieran que les he dado permiso para «espiarles», podrían pasarme cosas.

—Pero no estamos aquí para espiar a nadie —le dije sorprendido, pues no entendía nada del sentido enigmático de sus palabras.

—¡Ah, no me venga con esas! ¡Vamos! Sé quiénes son ustedes —me dijo sonriendo y sacudiendo la cabeza como para decir: «¿Me toma usted por bobo?».

Bour y Pélissard, que me habían seguido, oyeron las últimas palabras.

—¿Quién somos, qué somos? —preguntó riendo Bour.

—¡Pues de la dirección, corcho!

Bour y Pélissard no pudieron por menos de reírse. Estuve a punto de imitarlos, pero me contuve. Con un guiño les hice ver la ventaja que podríamos sacar de este error. Entonces abordé al personaje:

—Qué se le va a hacer, amigo, no se le puede ocultar a usted nada.

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa de hombre satisfecho de su propia sagacidad. Y, como si nos estuviera agradecido por esta confesión, nos ofreció la hospitalidad de su garita.

Mientras charlábamos, le tranquilicé contándole que habíamos tenido un accidente de bicicleta en la carretera de Poix.

—No venimos por cuestiones de trabajo —le dije—, sino solamente para tomar el primer tren.

—¿Y qué han hecho con sus vehículos? —me preguntó, dudando de la veracidad de mi relato.

—Se los hemos confiado a uno de los carreteros que hemos encontrado en el camino y que iban a Abbeville.

—¿Dónde han encontrado a esos carreteros?

—Casi delante de la comisaría.

—¿Hace mucho?

—Una hora aproximadamente.

Consultó el reloj de pared y asintió:

—Es cierto lo que dicen —me dijo con pinta de estar convencido—. Yo mismo les he levantado la barrera. Así que no vienen ustedes para...

No acabó la frase, pero entendí lo que quería decir.

—No, no; tranquilícese. El accidente de nuestros vehículos es la única causa de nuestra presencia aquí.

Estas aclaraciones a medias lo calmaron del todo. Desde ese momento ya no se volvió a hablar de nuestra presunta función. Poco tiempo después de que nos hubiéramos instalado en la garita, Bour y Pélissard se

durmieron, aunque estaban sentados. El cansancio y el calor de la estufa contribuyeron mucho a esa somnolencia. No había duda de que los habría imitado si no hubiera consumido todas mis energías. Todavía no estaba tranquilo con los intermitentes timbrazos del telégrafo. Seguía temiendo que tuvieran relación con nosotros. Cada vez que el guarda se dirigía al aparato, yo escrutaba su fisonomía mientras le daba que hablar sobre los motivos por los que sonaba el timbre. Respondía a mis preguntas con naturalidad y las razones que me daba eran de lo más plausible.

Seguimos charlando así de unas cosas y otras durante dos largas horas. Aquel buen hombre me contó que estaba empleado en la Compagnie du Nord desde hacía quince años, cobrando un salario de tres francos cincuenta al día.

—¿Está usted casado? —le pregunté.

—Sí; casado y con dos hijos.

—Debe de ser duro alimentar cuatro bocas con una suma tan modesta.

—Está claro que no comemos carne todos los días —me dijo con una sonrisa—. Pero bueno... hay que contentarse con eso —añadió con resignación.

Cargó la pipa, la encendió, aspiró algunas bocanadas nicotínicas y prosiguió:

—Hay que decir que también está la mutua y más tarde, la jubilación... Todo eso, sabe usted, va ayudando, ayuda a tener paciencia y uno no se da mucha cuenta de sus miserias...

—¿Cuántos años le quedan de espera para la jubilación? —le pregunté interrumpiéndole.

—Diez años. Pero, sabe —añadió sacudiendo la cabeza—, hoy uno está vivo, mañana está muerto...

—¡Qué ideas son esas! Si usted está lleno de salud, amigo. En cuanto a los accidentes, no creo que tenga uno adrede —le dije riendo.

—No hay que reírse, señor, no hay que reírse —me dijo con aire contrito—. Los accidentes de ferrocarril pueden suceder cualquier día. Y, cuando no nos mata o nos hiere una catástrofe, somos víctimas de las responsabilidades. Entonces hay que pagar una multa, o a veces ir a la cárcel, el despido y... adiós a la jubilación. Tanto dejarse la piel... Lo paga siempre el más pequeño, que además es quien menos gana...

—Y quien más trabaja —añadí—. Yo siempre he comparado las compañías ferroviarias con toda la sociedad. Así, fíjese, el cuadrillero, el factor, los obreros del arrastre seguro que son los que más sufren, padecen y producen, y luego ¿qué ganan? Una miseria... cuatro francos al día como mucho. Los accionistas, que no hacen absolutamente nada, son los que más se llevan. La compañía es en pequeño lo que la sociedad en

grande. Acá como allá los engranajes son los mismos. Todo para los holgazanes, nada para los trabajadores.

—Y qué quiere usted... ¡Así son las cosas! Y no soy de los más desafortunados, fíjese bien —añadió—. Mi puesto es envidiado en el pueblo. Todos los que trabajan en Los Santos, encerrados bajo el polvo del cáñamo, abroncados por aquí, multados por allá, sin ganar más que dos francos cuarenta al día y con cinco hijos...

—¿Dos francos cuarenta? —le interrumpí, pues temía haber oído mal.

—Sí; dos francos cuarenta. Y esa cifra solo es para los hombres, pues las mujeres que trabajan lo mismo ganan poco más de un franco al día.

—¿Cómo ha llamado a esa fábrica?

—Los Santos.

—¿Los Santos? —repetí. Y a continuación—: ¡Ah, sí, ya caigo! Santos padres cuyas oficinas están en la rue du Louvre de París.

—Eso es.

El guardagujas me contó entonces la historia de esta familia burguesa, que empezó con casi nada y que hoy posee millones.

—Otro ejemplo de lo que le decía hace un momento —le dije—. El trabajo de esos nunca ha consistido en otra cosa que hacer trabajar a los demás. Ellos

son millonarios y sus obreros están en la miseria. Su fortuna es un robo; es trabajo cristalizado.

—Y qué quiere usted... ¡Así son las cosas! —repitió con resignación.

Qué hombre tan gracioso, que no aspiraba a comprender por qué las cosas eran así. Iba a tratar de explicárselo, cuando un formidable «Hola, Nacavant», lanzado por un hombre que cruzaba la barrera, llegó hasta nosotros a través de las ventanas de la garita. El guardagujas le respondió con otro saludo y el tipo de la voz estentórea siguió su camino.

—¡Caramba! Sí que es madrugador ese amigo suyo —le dije.

—¿Amigo mío? —me dijo mirándome con sorpresa—. Es tan poco amigo mío como de los gendarmes. Es el bribón de la comarca. Un mal bicho que, aparte de cazar furtivamente, nunca ha hecho nada útil con esas manos. Un truhán malo que pasa la vida en el bosque, al borde del pantano, y recorre los ríos y a veces también duerme a la sombra. Así como acaba de verlo usted, se va a cazar liebres. ¿No haría mejor trabajando en el campo por un jornal o como criado? Pero...

Hizo una pausa, se encogió de hombros y concluyó con desprecio:

—Es un miserable, un desarrapado, un don nadie, ¡bah!

¡Hasta dónde llega a anidar el espíritu de casta! La miseria disciplinada desdeña a la miseria errante. La librea desprecia los harapos. Y, sin embargo, ¿qué diferencia hay entre ese pobre pícaro, ese granuja, ese miserable, ese desarrapado de cazador furtivo que nunca ha hecho nada bueno con las manos y este honrado, este fiel, este dócil servidor de una banda de accionistas que desde hace quince años derrama sangre y sudor, maniobrando en medio de mil peligros, arriesgando su vida, a cambio de un salario irrisorio? Ninguna. Son tan pobres el uno como el otro. El honrado obrero es tan miserable como el «granuja». Ya lo haga bien o mal, el proletario se va siempre como ha venido: con el estómago hueco y los bolsillos vacíos.

—Eso no cambia que ustedes sean tan pobres el uno como el otro —no pude dejar de hacerle notar.

—Usted se olvida de que tendré una jubilación.

—Eso no es una esperanza.

Reflexionó unos segundos y dijo:

—No irá usted a compararme con él, ¿verdad? Yo trabajo. Yo soy honrado —replicó con orgullo—. Mientras que él...

El timbre del aparato de alarma no le dejó seguir con la frase.

—Discúlpeme —me dijo—. Tengo que ir a dar las señales para el rápido de las 3:14.

Salió.

Varios minutos más tarde el rápido pasó como un relámpago. Viendo todos aquellos vagones cargados de ricos viajeros —que quizá fueran accionistas de la compañía— corriendo sobre los raíles de acero a una velocidad de vértigo, y que un grano de arena, por así decir, podía reducir a añicos, pensé en el guardagujas cuyas palabras aún me sonaban en los oídos: «Tendré una jubilación... Yo soy honrado, yo trabajo».

Entonces comprendí todo el poder moral de ese prejuicio. ¡Creerse honrado porque se es esclavo! Entonces comprendí también la fuerza de ese freno contra la rebeldía: la esperanza de una jubilación. ¡Vamos, burgueses! ¡Todavía os quedan muchos días de reinado sobre el pueblo! No tendréis nada que temer en tanto que vuestras ignorantes víctimas se envenenen con la esperanza de una jubilación y por la imbecilidad de creerse honrados porque se mueren de hambre.

Como mi interlocutor ya no estaba, no tardé en sentir la influencia del cansancio y del calor. Yo también me dormí. Me despertó el guardagujas.

—¡Eh! ¡Eh! Ha dormido usted una horita —me dijo—. Me he dado cuenta de que estaba cansado y,

después de que pasara el rápido, le he dejado dormir. Me he dicho: ¿para qué despertarle? ¿He hecho mal?

—Todo lo contrario, es usted muy amable. Se lo agradezco mucho.

—Pero ahora son las cinco pasadas —continuó—. Voy a despertar al camarero... Si quieren un trago, antes de coger el tren...

—Será un placer. Es una idea magnífica. Así nos calentaremos la tripa. Pero ¿querrá usted venir a echar un trago con nosotros?

—No me lo diga dos veces.

Y, tras despertar a Bour y Pélissard, un cuarto de hora más tarde, estábamos sentados los cuatro a la mesa, en casa de uno de los hospederos que no habían querido recibirnos unas horas antes.

—Usted no tiene el sueño ligero, buen hombre —le dije al figonero—. Esta noche le hemos llamado en vano durante un buen cuarto de hora y, si no llega a ser por la amabilidad de este señor —y señalé al guardagujas— nos habríamos quedado bajo la lluvia.

Nacavant, que acababa de despertarlo, había debido de revelarle nuestra presunta función, pues mi reproche le hizo sonreír, como diciéndome: «Eso te enseñará a perseguir a mis proveedores».

—Sí, Nacavant me ha contado la historia —me respondió—. Es curioso... No he oído nada —añadió,

imperturbable—. Debo decirle que nos acostamos al fondo... al otro extremo de la casa... justo al otro extremo...

«¡Mentiroso!» —pensé mientras bebía de mi taza de café.

—¡A su salud, señores! —exclamó el guardagujas mientras alzaba su vasito lleno de coñac hasta arriba.

Bour y Pélissard brindaron.

—¡Pero cómo! ¿No tienen coñac? —me preguntó sorprendido.

Sin esperar respuesta, prosiguió:

—¡Eh, patrón! Tráenos otro trago de fino. Si duermes por la noche —añadió con malicia—, ya no tienes razones para dormirte por el día y olvidarte de servir a los clientes.

Con un gesto detuve al hospedero y, dirigiéndome a Nacavant, le dije:

—Gracias, no bebo.

Tradujo su sorpresa en un «¡Ah!», y en dos sorbos tragó el licor.

El camarero se había creído de tal modo nuestra presunta función que, aconsejado por el empleado de la estación, el licor que nos sirvió no estaba adulterado.

—No es del normal —nos dijo con un guiño a hurtadillas, como para decirnos: «¡Sabemos quiénes son ustedes!».

Después, chasqueando la lengua en el paladar, como hombre que sabe degustar las cosas buenas, consultó el reloj de pared que había en el hostal y continuó:

—Con permiso... Tengo que salir... El servicio es el servicio.

Nos dio la mano y, mientras se iba, añadió:

—Gracias por su amabilidad.

—Somos nosotros los que tenemos que darle las gracias —le dijo Bour.

Y salió para dedicarse a su trabajo.

De la forma en que estaba sentado yo en el hostal, tenía delante la ventana y podía ver, con un margen bastante amplio, lo que pasaba fuera. Así es como vi llegar a dos gendarmes de la dirección de Fontaine.

En el momento en que Nacavant llegaba a la barrera, ellos también llegaron. Se saludaron como personas que viven en el mismo pueblo, acostumbrados a verse con frecuencia, con familiaridad, y charlaron entre los tres durante varios minutos.

Temía que vinieran a buscarnos. Pero enseguida me tranquilicé. Una vez que llegaron al hostal, echaron un vistazo furtivo; pero su mirada no tenía nada

de la indiscreción tan característica en los que ejercen esta función. Con tranquilidad, caminando al compás, siguieron paseando hacia la linde del pueblo, de vuelta a su cuartel.

—¿Y si nos vamos? —dijo Bour.

—En efecto, ya es hora —le respondí tras consultar mi reloj.

Llamé al patrón.

—Tenga; cóbrese —le dije dándole una moneda de diez francos.

Cuando me hubo devuelto el cambio, Pélissard cogió el zurrón y el paraguas y salimos los tres a coger el tren.

Apenas habíamos dado unos pasos por la calle, de camino a la estación, cuando vimos asomar en el horizonte las nubecillas de espeso humo que arrojaba la locomotora del tren que venía de Abbeville. ¡Qué lejos estábamos de sospechar que dos de los viajeros que transportaba se habían subido para venir a arrestarnos! Pues, ¿cómo imaginar semejante maniobra cuando, desde las dos de la madrugada, nos encontrábamos en Pont-Rémy sin que ningún indicio nos hubiera permitido la menor sospecha? ¿No habían pasado ante el hostal, hacía apenas unos minutos, dos gendarmes, después de hablar con el guardagujas, sin preocupar-

se por nosotros, casi indiferentes? Sin embargo, en la estación había instalados teléfono y telégrafo. ¡Qué extraño! Dicen que las desgracias presentidas nunca dejan de producirse. Este dicho puede ser cierto, a veces. Pero puedo asegurar que no presentí nada, y no obstante la desgracia se produjo igualmente. En efecto, disponíamos de herramientas, dinero, energías, pero nos habíamos olvidado de proveernos de olfato. El olfato, todo está ahí. Sin olfato las desgracias no presentidas se producen como las demás.

Ni mis compañeros ni yo supimos intuir el peligro. Ignoro cuáles eran sus sueños y sus pensamientos en ese momento; pero, en lo que a mí respecta, mi pensamiento estaba muy lejos de los acontecimientos que iban a ocurrir. Mientras observaba cómo se elevaba el penacho de humo que prodigaba la locomotora en su recorrido, percibí una bandada de cuervos que luchaban con sus alas contra el viento y la lluvia fina que empezaba a caer una vez más. Algunas personas son de espíritu muy dado a la divagación. En la conversación, sobre todo, de digresión en digresión, el final de su discurso acaba por perder toda correlación con el inicio. Cuando me dejo llevar por mis ensoñaciones, me sucede con frecuencia. Así es como la visión de los cuervos me trajo a la mente un pasaje de una novela de Balzac que había leído la víspera en el

tren, al salir de París, en un número atrasado de *L'Aurore*. «¿Es verdad que se comen a los muertos?», le pregunta Nanou a Grandet, hablando de los cuervos. «¡Qué tonto eres, Nanou!», responde Grandet. «Comen lo que se encuentran, como todo el mundo. ¿Es que los hombres no viven de los muertos? ¿Pues qué son entonces las herencias?». Y, mientras reflexionaba en la profunda réplica del avaro, entré en la sala de espera. Mis compañeros iban por delante de mí.

—¿Quieres coger la chatarra? —me preguntó Pélissard.

—Sí, yo me encargo de ella.

En el momento en que me acerqué a la ventanilla, dos hombres entraron con precipitación. De repente, sin mediar explicación, el cabo Auquier (pues era él, acompañado del agente Pruvost), con una voz chillona que, en cualquier otra circunstancia, habría hecho célebre a un actor, exclamó:

—¡Están aquí! ¡Los ladrones de la plaza Saint-Pierre! ¡Están aquí! ¡Los ladrones de la plaza Saint-Jacques! ¡Están aquí! ¡Los ladrones del señor de La Rivière!

Lanzó estas exclamaciones de un tirón, sin interrumpirse. Incluso creo que puedo añadir que sin respiración, pues su rostro enrojeció como el suelo de un matadero. ¡Vaya! ¡Aquel pobre hombre carecía de

tacto y de prudencia! ¿Creía que podría congelarnos en el lugar con frases! *Pécaïre!*[3]

—¿A quién le dice? —le pregunté altivamente, mirándole con dureza—. ¿No será a nosotros, por casualidad?

—Sí, sí, sí; a ustedes, sí —me dijo casi ladrando, tan enfática fue su respuesta.

Tan repentino había sido el ataque que nos vimos los tres en la oficina sin saber muy bien cómo y por qué habíamos ido a parar allí. Pero, en mi caso, esa sorpresa no duró mucho. Con la rapidez con que el pensamiento discierne las cosas en los momentos críticos, comprendí toda la gravedad de nuestra situación y decidí intentar una maniobra arriesgada. Tenía dos medios a mi alcance: la astucia y la violencia. Lo intenté con el primero antes de recurrir al segundo.

—Mire, amigo —le dije a Auquier con aire bonachón—. Está usted equivocándose, créame. No somos ladrones, sino contrabandistas. Ahora bien, no llevamos mercancía; por consiguiente, no hay delito flagrante... Así que, ¿puede hacernos el favor de dejarnos tranquilos?

---

3 Equivalente a «pardillo» en provenzal. Jacob volverá a utilizar esta palabra en el texto, y alguna que otra expresión en la misma lengua. (N. del t.)

Permaneció indeciso unos segundos y respondió:

—Vamos a registrarles. Luego ya veremos.

Y, queriendo pasar de los dichos a los hechos, hizo amago de ponerme las manos encima.

Las palabras eran inútiles. Había que pasar a los actos. Di dos pasos atrás y, con el revólver en una mano y el puñal en la otra, grité:

—¡Déjenos pasar, demonios, o disparo!

—¡Alto! ¡Van armados! —exclamaron con terror Pruvost y Auquier.

—Sí, vamos armados... ¿Y ahora...?

Con estas palabras comenzó la lucha. Duró poco, pero fue encarnizada. Brutalmente, Pruvost se lanzó sobre Pélissard, agarrándolo por detrás en un abrazo de oso. Así atrapado, Pélissard se encontraba en muy mala postura y, aunque estaba dotado de una gran fuerza muscular, ciertamente se habría salido con la suya si no hubiera ido en su auxilio Bour. Este, al ver el peligro que corrió su camarada, no dudó en abrir fuego sobre el agente, que, alcanzado de lleno en el corazón, soltó a Pélissard, y se derrumbó en el suelo, de rodillas, murmurando:

—¡Me muero!

Al fin liberado, Pélissard demostró la superioridad de sus piernas huyendo sin ocuparse de sus compañeros.

Auquier, por su parte, avanzó hacia mí, tratando de agarrarme el brazo para desarmarme; pero le obligué a soltarme al momento pinchándole en la cadera izquierda con el puñal. En ese mismo momento, Nacavant, Nacavant el guardagujas, el mismo que nos había dado la mano unos minutos antes, queriendo mostrarse como lo que en lenguaje cívico se llama un ciudadano abnegado, vino a echar un cable a los agentes. Después de entrar en el lugar donde se desarrollaba la escena, por la puerta que accede al andén de la vía, me agarró salvajemente por detrás y me envió rodando al fondo de la estancia. La sorpresa del ataque y la brutalidad con la que me lanzó me hicieron desplomarme sobre el suelo cuan largo era. Naturalmente, quise ponerme en pie al momento, pero Auquier y Nacavant me lo impidieron. Se abalanzaron con furia sobre mí: uno me aferraba el brazo izquierdo a la altura de la muñeca y me apoyaba con fuerza las rodillas en la espalda, para que me mantuviera doblado, con las rodillas en el suelo; el otro me agarraba el brazo derecho haciendo todo lo posible para arrebatarme el revólver de la mano. Así apresado, mi posición era crítica. En un momento, el cañón de mi arma quedó apuntado directamente a mi pecho. Y es un verdadero milagro que no se disparara por la presión de los movimientos que hacían sufrir a mis dedos las contracciones nerviosas. Durante varios segundos, me encontré entre la vida y

la muerte. Por suerte para mí, Bour vino a sacarme del apuro. Una vez que había liberado a Pélissard, avanzó al fondo de la sala, encarándose con Nacavant.

—¡Piedad! ¡Piedad! —exclamó el ciudadano abnegado con terror.

Soltándome al instante, se refugió en la oficina del jefe de estación. Otro empleado de la estación —Ruffier— le imitó en su retirada. Bour, que después de soltar a Pélissrad ya no lo veía por ningún lado, también se dio a la fuga.

Me quedé solo en mi pelea con Auquier. En el instante preciso en que Nacavant me soltó, un disparo salió de mi revólver; no alcanzó a nadie. Ante el ruido de la detonación, bien porque quiso asegurarse de que no estaba herido, bien por algún otro motivo, Auquier también me soltó. Pero antes de que tuviera tiempo de incorporarme del todo, me apresó otra vez. Rápidamente, le hice una zancadilla, y cayó al suelo. Pero me agarraba con tanta fuerza que me arrastró en su caída. No estuvimos mucho tiempo en el suelo. Uno y otro nos pusimos con presteza en pie. Por una feliz casualidad, logró neutralizarme los brazos. Y así enzarzados, yo debatiéndome, él agarrándome, nos dirigimos a la sala de espera. Al llegar al umbral de la puerta que accede a la sala en que nos hallábamos, Pruvost, que estaba desplomado en el suelo, bloqueándonos el

paso, por así decir, se levantó con brusquedad sobre sus rodillas, como movido por un poderosos resorte, y se colgó desesperadamente de mis rodillas. Al momento, perdí el equilibrio y caí de espaldas sobre Pruvost, arrastrando a Auquier en mi caída. Rodamos así, agarrados uno a otro, formando un amasijo humano hasta la sala de espera.

Ignorante de que Pruvost ya no podía hacerme ningún daño a causa de la gravedad de su herida, le di varias puñaladas para que me soltase. A continuación le disparé a Auquier sin alcanzarle; de rebote, la bala fue a alojarse en la ingle de Pruvost. Como en mi primer disparo, el ruido de la detonación hizo que Auquier se soltara. Me puse en pie velozmente, pero él, siempre con esa potra suya, tuvo tiempo de agarrase otra vez a mis muñecas, cuidándose de mantenerse a mi espalda, como una cruz tras un cristo. Su posición era muy ventajosa; y si hubiera sido más vigoroso, sin duda me habría impedido la huida. En ese momento, ignoraba que Pélissard y Bour habían huido. Al ver el peligro de mi posición, los llamé en mi auxilio. Como puede suponerse, mis gritos fueron vanos.

Entonces, al saberme solo, y sintiéndome perdido, por así decir, junté todas mis fuerzas y en un esfuerzo supremo me lancé hacia delante, aplastando así a mi adversario contra el tabique de la oficina del

jefe de estación. Los cristales, el artesonado y el tabique de ladrillo temblaron por el impacto. La maniobra salió bien. ¡Ya era hora! Estaba literalmente exhausto. Después de soltar un «¡Uf!» ocasionado por la presión producida en su vientre, el cabo de policía me aflojó los brazos. Casi al momento, como si hubiese lamentado su debilidad, hizo ademán de volver a saltar sobre mí. Sin darle tiempo de salirse con la suya, le apunté con el revólver. Ese gesto lo frenó en seco. Se escudó con el brazo para taparse la cara, esperando el disparo. Abrí fuego. Se derrumbó dando una pirueta sobre sí mismo.

Desde ese momento mis movimientos fueron libres. Inmediatamente crucé el umbral de golpe hacia la sala de espera. En vano miré a derecha, a izquierda, delante, detrás; no vi ni a Pélissard ni a Bour. No era momento de ensoñaciones ni de conjeturas, así que me apresuré a dejar el escenario de la lucha.

En cuanto hube salido, mi primera preocupación fue cargar el arma. Pero, como creía que solo había disparado dos veces, solo metí dos balas. Eso explica por qué el tambor apareció vacío, cuando dieron con mi revólver.

Al azar, sin saber bien en qué dirección me encaminaba, me dirigí hacia Érondelle, que es una especie de aldehuela situada a cerca de un kilómetro de

Pont-Rémy. Seguí la vía férrea a lo largo de unos doscientos metros y luego me adentré en el campo. En ese corto espacio del camino, me crucé con varios obreros que iban a trabajar, a la fábrica de Los Santos. Unos me miraban con sorpresa, intrigados sin duda por la ligereza de mi marcha y por el bulto evidente del revólver. Otros pasaron sin verme siquiera. Al ir a campo traviesa, me crucé con un hombrecillo de piernas liliputienses sobre las que reposaba un paquete de carne en forma de pera cuyo rabito esmirriado hacía las veces de cabeza. Su mirada apestaba a falsedad. Así que me pareció sospechoso. Los acontecimientos iban a confirmar mis sospechas. Esta triste muestra de la «buena gente» no era otro que el señor Edmond Mas, envenenador oficial por oficio, el delator que, horas más tarde, condujo al fiscal de la República tras mis pasos.

Llegado a la altura de Érondelle, me deshice de mi impermeable arrojándolo a un regadío. Como había perdido el sombrero en la riña, me tapé la cabeza con un pañuelo; luego seguí mi marcha hacia el punto culminante del terreno al que me proponía llegar.

En esta parte de Francia, las montañas y las colinas brillan por su ausencia. Por el contrario, los pantanos no escasean. La región es tan plana como el pecho de una inglesa. Solo a veces aparecen, aquí y allá, algunos cerros, es decir, algunos montones de tierra

apilados unos sobre otros. Aquel era el punto culminante, objeto de mis deseos, y al cual llegué unos veinte minutos después de salir de la estación. No importa. ¡Las cosas pequeñas a veces tienen grandes efectos! Este ligero accidente del terreno, esta palada de tierra, podría decir, fue suficiente para poder observar los movimientos del enemigo.

Si hay que creer los rumores, Santos-Dumont nunca emprende un viaje aéreo sin llevar una medalla de san Benito. Yo nunca viajaba desprovisto de prismáticos o de catalejo. ¿Qué voy a hacerle? ¡Cada uno con sus manías!

Ignoro qué servicios puede prestar un trozo de metal, cuya efigie representa el rostro de un monje, pero mi ignorancia no llega hasta los aparatos de óptica.

Confieso que un catalejo es un objeto muy útil y de los más preciosos para un ladrón. ¿Que quería asegurarme, sin usar sellos, de que una mansión estaba momentáneamente deshabitada? Rápidamente, el catalejo entraba en escena. Miraba si las chimeneas humeaban; si el agujero de la cerradura estaba cubierto de polvo; si las ventanas estaban provistas de cortinas; si las arañas habían tenido tiempo de tejer sus telas en tal o cual parte del edificio...

Pero en realidad... escuchad, amigos míos. Os contaré algo.

Era en Marsella, en el mes de junio de 1899, si no me falla la memoria. Aquel día, desde las ocho de la mañana, estaba apostado en la cumbre de la colina de la Garde, vigilando un castillo situado en Roucous-Blanc, que cuidaba un solo miembro del servicio —una doncella— durante la ausencia de los amos. Tengo que deciros que, gracias a unas pesquisas realizadas con habilidad, había sabido que la criada estaba enamorada con pasión de un comerciante de bisoñés rizados de la Canebière;[4] de modo que estaba al corriente de sus citas como si fuera mi propia amante. En resumen, aquel día sabíamos que la tal se había citado con el tal en un piso de Pentagone. Así que todo estaba dispuesto. Las herramientas estaban al alcance del trabajo; el botín, incluso vendido antes de haber sido aprehendido; ya solo esperábamos, para iniciar el asalto, que se hiciese de noche.

Desde que me encontraba en mi observatorio a las ocho de la mañana no había notado nada anormal; todo iba de maravilla. De vez en cuando veía que la doncella se paseaba en los senderos del parque, con los ojos destellantes por su deseo de bisoñé rizado. De repente, la vi salir con aire preocupado, de camino a la gran cancela que daba a la Corniche; luego la vi volver

4 Una de las calles más importantes de Marsella. (N. del t.)

con un despacho en la mano: «*Bagarre! Qués aco?*», me dije. Y, al instante, alargué todo lo que pude el catalejo. No fue en balde, como vais a ver. En el mismo instante, hete aquí que despliega el telegrama y se pone a leerlo dándome la espalda. «Por una vez, guapa, no podías haber hecho nada mejor», le dije. Pero no me oyó, pues he de deciros que me encontraba al menos a dos buenos kilómetros del castillo. No importa, esta distancia no me impidió leer el telegrama como si lo tuviese en las manos. «Llegaremos esta noche», decía lacónicamente el despacho. Y estaba firmado: Pétalugue. ¡Mala suerte! Era el señor marqués de Pétalugue, que, por alguna razón, volvía de improvisto.

Tenéis que reconocer que, sin ayuda del catalejo, nos habrían encalomado. Habríamos ido al asalto del castillo y habríamos recibido una buena somanta. Ved para qué sirven, amigos, los aparatos de óptica...

En mi último viaje —viaje de negocios, se entiende— iba provisto de mi inseparable catalejo. No era uno de esos viejos chirimbolos que pueden encontrarse en las estanterías de cualquier bazar, no, sino un catalejo de los más potentes: os ruego creáis que no era ningún trasto. Por lo demás, si os queda alguna duda en este sentido, baste decir que me lo regalé en casa del almirante Aubry de La Noë, en Cherburgo: un viejo lobo de mar que se las sabe todas en este tipo de útiles.

De este modo, en cuanto exploré los contornos con el ojo desnudo, me apoyé en las poderosas propiedades del aparato apuntándolo en dirección a la estación. Cierto que me habría costado mucho leer los carteles que la adornaban: ¡imaginaos lo oscuro que estaba!, pero pude distinguir muy bien todo lo que pasaba en los andenes de la estación. ¡Qué tráfago, amigos! Unos corrían por aquí, otras iban por allá; algunos, por último, permanecían pegados a las puertas acristaladas, examinando así lo que sucedía en el interior de la estación. Sin duda iban a socorrer a los agentes: digo socorrer porque en ese momento yo ignoraba que uno de ellos estuviera muerto. Todo aquel revuelo, ese barullo de la población de la aldea, no me dijo nada útil. Conocía bastante bien la forma de ser de la población rural para saberla dispuesta a organizar una batida por los alrededores. Así pues, me decidí a ganar terreno. Tras asegurarme de que nadie venía en mi dirección, seguí mi camino, por la izquierda, bajando por la loma, de tal modo que pudiera evitar Érondelle.

Cuando hube puesto varios kilómetros entre Pont-Rémy y yo, me valí de una estratagema que, aun siendo muy sencilla y de las más conocidas, no fue por ello menos eficaz. Cogí algunas de las tarjetas comerciales que siempre llevaba conmigo, indicando mi profesión, mi antiguo domicilio, y todo con un nombre falso; las

hice pedacitos, con los que sembré el camino a lo largo de varias decenas de metros; a continuación volví sobre mis pasos caminando sobre la hierba, evitando así dejar huellas de los zapatos; y proseguí mi marcha en otra dirección, girando a la derecha, campo traviesa, teniendo la precaución de escrutar el horizonte.

Al llegar a un bosquecillo al que me dirigía desde hacía varios minutos, volví a encontrarme de repente a la linde de una aldea. El camino se encontraba ante mí. Entré en él y descendí directo a la aldea. La placa indicadora fijada en una de las primeras casas que encontré me hizo saber que me hallaba en Limeux. Un poco más lejos, me crucé con un mozo de ocho o diez años que salía de una granja de la que escapaban los relinchos de los caballos y los mugidos de las vacas. Le abordé preguntándole dónde estaba la gendarmería. Sin sombrero, con la cabeza cubierta por el abrigo, temía que alguien viniera a incordiarme. De ahí mi pregunta.

—¿La gendarmería? —repitió con sorpresa—. Pero si no hay. Está en Pont-Rémy.

Satisfecho por su respuesta, le dejé algunas monedas en la mano. Abrió los ojos de par en par con aire atolondrado y, cuando llegué al recodo del camino, volviendo hacia atrás, le vi todavía plantado en el mismo lugar en que le había dejado, mirando y revol-

viendo con pasmo las mondas que tenía en la mano. Las bondades de la civilización aún no han penetrado hasta aquí, me dije. La mendicidad es desconocida.

Cuando hube atravesado la aldea, salí del camino a través del campo. Sin tener las dimensiones de una carretera comarcal, o siquiera de un camino vecinal, el camino pelado, como dicen en la Provenza, por el que seguía yo, estaba muy bien cuidado. Así que me beneficié de ello para avanzar tan rápido como me lo permitían mis fuerzas.

Dos kilómetros después de Limeux, cuando cruzaba una ondulación del terreno con una de sus vertientes cubierta de árboles hasta lo más alto, me crucé con un anciano campesino de aire bonachón y rostro jovial y radiante de salud. Me produjo tan buena impresión que me decidí a pedirle alguna información. Además, yo no tenía la preocupación de poder elegir.

Generalmente, el campesino es amigo del contrabandista; a veces él mismo es contrabandista. Si no hace contrabando, al menos emplea materias prohibidas. Así que improvisé una historia en ese sentido, para contársela y justificar de tal modo mis preguntas.

—¡Vaya! ¿Qué tal, compadre? —le pregunté ofreciéndole la mano como si lo conociera de años atrás. Y, mientras se la daba, le soltaba mi cuento.

—Mire —le dije, señalándome la cabeza desnuda (me había quitado el pañuelo; me parecía demasiado llamativo)—, he perdido el sombrero y se me ha roto la bicicleta en mi lucha con los ambulantes. Tengo en los talones a los gendarmes...

—¡Ah, qué cerdos! —exclamó, interrumpiéndome.

Vamos bien, pensé. Si les llama «cerdos» es que no son amigos suyos. Y, aprovechando su buena disposición, añadí que era padre de familia; que tenía dos hijos, etc.; lanzado por ese terreno, le habría contado más cosas. Cuando consideré que el «padre de familia» había causado efecto, en voz baja, confidencialmente, hablándole al oído, como si temiera que las piedras y la hierba pudieran oírnos, añadí:

—¿Puede indicarme poco más o menos el camino para evitar los controles, a los gendarmes y las gendarmerías?

—¡Ah, eso no es muy difícil! —dijo con aire confidencial.

Y, como persona familiarizada con los contornos, se plantó en medio del sendero, tieso como un poste de telégrafo, y, extendiendo el brazo en dirección al este, empezó su letanía, citándome una miríada de nombres de pueblos: Abbancourt, Cacacourt, Pipicourt, Mamacourt, Soricourt, Fraticourt y Chichicourt, y luego Piquigny, Mamagny, Papagny, Pipigny,

Sorigny, Fratigny y Chichigny. A cada nombre de aldea, me indicaba la forma de evitar la gendarmería.

—¿Comprende? —me decía con una mímica graciosísima—, gire a la izquierda y luego todo recto... entonces dará con un bosque... lo atraviesa... Luego gira a la derecha... comprende...

Y, en el pueblo siguiente, había un nuevo dato topográfico. Aquel buen hombre, como la mayoría de sus congéneres del campo, me daba todas estas informaciones de buena fe, convencido de que yo entendía. No se molestaba en reflexionar que sus indicaciones, dichas de esa forma, eran para mí, un forastero en la región, como chino. Sin embargo, le dije al señor que había entendido y después de darle la mano, se lo agradecí y me marché.

—Sobre todo, si ve a los gendarmes, no les diga que me ha visto —le dije mientras me alejaba.

—¿Denunciarle yo? ¡Qué va! —y para dar más énfasis a sus palabras, hizo un gesto enérgico con la mano.

Llegado al punto más elevado de la ondulación a la que ascendía desde hacía un rato, penetré en la parte más boscosa y me subí a un árbol. Allí, sintiéndome como un astrónomo en su laboratorio, apunté el catalejo a los cuatro puntos cardinales, tratando de descubrir Pont-Rémy. Pero, en estos lares del Norte, la atmósfera no es diáfana como en el Mediodía, como

en Marsella, por ejemplo, donde se pueden leer despachos a dos kilómetros de distancia. En vano desplegué del todo el aparato: mis esfuerzos de óptico fueron inútiles. Bastante fue ver, en uno de los numerosos caminos y veredas que oteaba, un coche en el que iban dos campesinos: pero, por la pinta de bicho hinchado que tenía, auguré que no podía ser un peligro para mí. Así que no me inquieté. No obstante, esta calma no se extendió a todas las cosas. Perchado en mi árbol como un ruiseñor recién fugado de su jaula, me exprimía las meninges para idear una nueva estratagema. Como ya he dicho, sabía que las poblaciones rurales eran gregarias en exceso. Bastaba que un imbécil propusiera una batida para que tuviera lugar un reclutamiento masivo. En ese caso, corría un gran riesgo de dejar allí el pellejo.

Por eso, a grandes males, grandes remedios. A la manera de ese griego que le cortó la cola al perro para distraer la atención de sus detractores, me decidí a quemar el bosque que me daba asilo. «Los campesinos son amantes de la caza del ladrón, pero cuando vean arder los árboles, seguro que pierden ese entusiasmo; y, si les queda alguno, lo emplearán en apagar las llamas, o al menos en atajarlas. Entre tanto, Jacob ganará terreno». Así razonaba yo mientras me ponía manos a la obra. Corté tantas ramas como pude del árbol en que me había refugiado, bajé de él e hice varias hogueras

pequeñas alrededor del tronco de algunos árboles. Luego... luego... tuve que detenerme ahí pues, si bien la idea no era mala, debo añadir que todo se unió para volverla irrealizable. En mi apresuramiento no había pensado que no me encontraba en Les Bouches-du-Rhône, en que el procedimiento ya me había servido una vez, cuando pasé una aventura en las propiedades del marqués de Forbiu. No estaba en el país del sol, del polvo, de las cigarras y del alioli, sino en el país de la lluvia, de la niebla, del barro y de la cazalla. Mala cosa son la lluvia y la niebla para incendiar un bosque. Todas mis cerillas se agotaron en balde. Es más, no solo estaban mojados los árboles sino que estábamos a fines de abril, época en que la savia recorre todas las fibras de la leña. ¡Una verdadera plancha, vaya!

Como no me quedaban más cerillas, no me quedó otro remedio que renunciar al sistema de Alcibíades.

Después de echar un último vistazo a mi obra apenas esbozada, oteé el horizonte una última vez y, puesto que no vi nada malo para mí, seguí mi marcha hacia el este, dirigiéndome a una aldea cuyas casitas podía vislumbrar.

Media hora más tarde, llegué allí con la cabeza escondida bajo el abrigo. La mañana estaba más avanzada que a mi paso por Limeux, y no tuve la suerte de pasar desapercibido como en esa aldea. En tanto que

la atravesaba, me crucé con varios indígenas que me miraron con notable curiosidad. No me sorprendió en absoluto. Es la costumbre en el campo y en provincias. Sería más fácil viajar al polo Norte (cubierto solo con una hoja de parra) que pasar por una aldea sin atraer la curiosidad pública. Así que, en lugar de quejarme de algo que sabía inevitable, lo utilicé en mi propio beneficio, obteniendo información de una lugareña para saber dónde podría encontrar una estación.

—¿Ve usted aquel molino? —me dijo una vieja arrugada como una manzana reseca, señalándome con la mano ese punto de referencia.

Ante mi respuesta afirmativa, siguió:

—Pues bien, un poco más allá, en Wiry-au-Mont, encontrará usted una estación —añadió amablemente.

No hice más preguntas. Llegar a una estación antes de que las gendarmerías de la región se hubieran comunicado entre sí era todo lo que deseaba. Le di las gracias a la buena señora y, siguiendo sus consejos, puse rumbo al molino.

Apenas había atravesado los confines de la aldea, cuando me detuve en seco, revolviendo en todos mis bolsillos, exteriores y ocultos. Pero, qué desgracia tan grande, por mucho que busqué, rebusqué y requetebusqué, no lo encontré. Porque no necesito deciros lo

que buscaba, ¿verdad? ¿Lo habéis adivinado? Pues sí: me había olvidado el catalejo en lo alto de la ondulación, al pie del árbol al que había trepado. Al momento me desmoralicé: ¡un catalejo tan bueno! Como para morirse de pena, ¿no? «¡Bah!», me dije, «en un instante encontraré a un almirante para que me regale otro». Recuperado el aplomo gracias a esta esperanza, seguí mi camino. Acabo de decir: seguí mi camino, pero no es más que una forma de hablar; pues, a decir verdad, ya no caminaba por un camino, ni por un sendero, ni siquiera por la más humilde de las trochas, sino por... ¿por dónde? ¿Cómo podría explicároslo? No era un campo, tampoco era un prado: era barro, sucio barro, un repugnante barro amarillento y pegajoso, en el cual me sumergí hasta los tobillos.

¡Ay! ¡Aquel barro! Cada vez que vuelvo a pensar en él, se me pone la carne de gallina. Daba un paso adelante y tres atrás. No sé cómo salí de allí. Después de una hora de navegación en aquel mar viscoso, llegué por fin al molino.

A unos pasos de la puerta, apoyado a la pared, un muchacho de unas veinte primaveras estaba de pie, con la nariz al viento, las manos en los bolsillos y —¿hace falta decirlo?— los ojos clavados en mí. El aire bonachón con que me examinaba me sugirió la idea de pedirle un favor. Una vez llegado hasta él, le conté

la historia del contrabandista, como si me la supiera de memoria, cuidándome de doblar el número de mis hijos: ya que, si con dos hijos convencí al padre eterno, me dije, con cuatro sería un desastre que no lo lograra con este inocente. Y, antes de darle tiempo para reflexionar, le rogué que me cediera la gorra...

—Voy a pedirle permiso a mi papá —me respondió con aire cándido y dulzón, como para envidiar a una carmelita. Entonces, dándome la espalda, entró en el molino. Rápido como el rayo, le seguí los pasos y, antes de que abriera la boca, le solté mi historia al papá. Como sabía que los campesinos son muy interesados:

—Se la pagaré —le dije, sacándome una moneda de dos francos del bolsillo.

—Si el hijo quiere, yo también quiero —me dijo el papá.

En seguida «el hijo» se fue a una habitación contigua y volvió unos segundos más tarde, provisto de un cepillo. Cepilló a conciencia la gorra y me la entregó amablemente.

Pécaïre! ¡Pobre gorra! Debió de ser nueva y limpia... en su época, antaño; pero cuando me la ofrecieron graciosamente, era la más... devastada de todas las gorras. El cepillo había quitado en efecto el polvo de

harina, pero la mugre que adornaba la visera resaltaba más. Vista por el microscopio, habría sido un horror.

¡Cuántos miles de millones no contendría! En fin, a falta de algo mejor, la cogí y me la encasqueté con tanto orgullo como si fuera un sombrero de copa. Su estado de suciedad me hizo comprender la vacilación de esa buena gente a la hora de prestármela. Los había creído movidos por el interés cuando no era más que delicadeza. Cuando quise pagársela se pusieron a protestar. Para tener la última palabra, no tuve más remedio que dejar unas monedas en la mesa y marcharme de allí mientras les daba las gracias.

Así es que me olvidé de preguntarles el camino más corto para llegar a la estación, así como la hora del próximo tren. Seguro que habrían podido indicarme, pues en el campo todo el mundo se sabe el horario de memoria.

Varios grupos de viviendas, formando cada una o bien un villorrio o bien una aldea, se ofrecían a mi mirada. ¿Cuál era Wiry-au-Mont? He ahí la cuestión. Entonces, como soy de los que no remolonean para tomar una decisión, puse rumbo a la más próxima, haciendo como esos navíos que, a falta de vientos favorables, se encomiendan al más cercano, para que sople su vela.

A medio camino, a una vera de la senda, vi a un trabajador de la tierra en su faena. Me dirigí hacia él.

—¿Queda muy lejos Wiry-au-Mont? —le pregunté.

Extendió el brazo hacia el grupo de chozas que me había fijado como meta.

—Eso es Wiry-au-Mont —me dijo.
—¿A qué hora pasa un tren?

Se rascó el cogote como para reflexionar mejor:

—El de las ocho ha pasado ya —dijo tras consultar el reloj—, pero hay otro a las once.

Le di las gracias y me fui. Mientras proseguía mi camino, decidí no detenerme en esa aldea. Esperar hasta las once no me pareció prudente. Más vale beneficiarse de esa desventaja para seguir avanzando y ganar terreno, me dije *in petto*. Que es lo que hice.

En la frontera de la aldea, a unos metros de las primeras casas, me encontré con el cartero, con un garrote en mano, y el zurrón de las cartas en bandolera, que caminaba alegremente silbando la tonadilla de «Viens Poupoule». Me devolvió el saludo que le dirigí y siguió su camino sin mirarme como un animal curioso. Eso me sorprendió tanto que deduje de ello buenos augurios. Si el telégrafo había funcionado, me dije a mí mismo, no hay duda de que él lo sabía. Por otra parte, ante el mínimo acontecimiento él sería de los primeros en recoger los rumores. Sin embargo, su mirada no daba a entender nada de eso. ¡Muy bien, amigo!

Esta no será todavía la vez en que me quede sin volver a ver París. Entonces, con el corazón liviano, la sonrisa en los labios y el lápiz en la oreja para disimular, entré resuelta y majestuosamente en Wiry-au-Mont.

Hacia el centro de la aldea, aproveché para encontrar un lugar donde vendieran tabaco para aprovisionarme de picadura para pipa y cerillas. Aquí también, de la actitud del tendero que vino a atenderme, deduje que la noticia del drama no había llegado aún hasta allí. Y, cada vez más satisfecho, seguí avanzando. ¡Ánimo, muchacho! ¡Qué cantidad de kilómetros! Después de Wiry-au-Mont llegué a Allery, y más tarde a Dreuil. Entre estos dos últimos pueblos me crucé con dos gendarmes a caballo.

No podría decir que nos vimos recíprocamente al mismo tiempo; dado que ellos iban a caballo, tenían la ventaja de poder verme antes de que yo los viera a ellos; lo que sé es que yo los columbré a más de medio kilómetro de mí. Al instante, intuitivamente, fui a través del campo con la intención de alcanzar un bosquecillo situado a mi derecha a una distancia de más o menos un kilómetro; pero cambié súbitamente de idea. Seguí teniendo la buena impresión que me había producido la actitud del cartero y la del estanquero. ¿Adentrarme en el campo no sería mostrarme sospechoso ante ellos? Por otro lado, suponiendo que estuviesen al corriente del drama de Pont-Rémy,

¿emprender la huida ante su llegada no equivaldría a señalarles que era uno de los autores de él? Convencido por la lógica de este razonamiento, avancé directo hacia ellos, con aire de despreocupación, siempre con el lápiz en la oreja y el revólver a mano.

Y de todas formas, ¿qué pasa?, seguía pensando mientras caminaba, solo son dos y, si hay que pelear, pelearemos. Si me atacan, ya tendrán de qué hablar: se ganarán la cruz del mérito o no disfrutarán de su futura jubilación. Peor para ellos, después de todo. A veces sale caro defender a los ricos. Gajes del oficio, como los corro yo al hacerles la guerra. Y cuanto más me acercaba a ellos, más me sonreía esta idea. Estaba cansado, muy cansado, y la perspectiva de montar a caballo no me disgustaba. Ya estaba buscando un punto de apoyo para derribarlos del penco. El de la izquierda, sobre todo, me daba envidia, con su manto de color chocolate; ya me veía encima, devorando kilómetros, escapando de mis enemigos. A veinte metros de ellos, amartillé el revólver, manteniéndolo en el bolsillo, dispuesto a abrir fuego en esa posición. Con la otra mano, los saludé a la militar.

—Buenos días, buenos días —les grité audazmente.

—Buenos días, buenos días —me respondieron, prosiguiendo su camino sin molestarme.

Respiré aliviado. Si me hubieran atacado, los habría matado sin ningún escrúpulo. Es la guerra social. Si no me defendiera, me quitarían la vida o la libertad, lo que viene a ser lo mismo. Pero prefería que las cosas siguieran así. No mato por el placer de hacerlo. Eso queda para las personas honradas, como por ejemplo los militares. Un bandido piensa y actúa de manera muy distinta.

Cuando estuvieron un poco más lejos, dejé caer el pañuelo en el suelo a fin de recogerlo y así poder observarlos a hurtadillas, sin que se dieran cuenta de nada. En ese momento, como por arte de magia, detuvieron sus monturas. ¿Era para observarme o por algún otro motivo que no me concernía? No sabría decirlo con facilidad. Sin embargo, como me encontraba en uno de esos momentos en que las cosas más naturales y más sencillas parecen extraordinarias y desfavorables, actué como si su maniobra tuviera que ver conmigo.

Viendo a un campesino que labraba a doscientos metros del camino, lo llamé con frases confusas, acompañando mis palabras con gesticulaciones de los brazos, representando en cierto modo lo que le decía. ¿Creyó reconocer en mí a algún conocido suyo? Me parece lícito creerlo, pues me respondió meneando la mano y gritándome muy fuerte:

—¡Buenos días!

Si los gendarmes se habían detenido por mí, esta maniobra funcionó, ya que volvieron a marcharse al momento, cabalgando hacia Allery, dejándome seguir tranquilamente mi camino.

Al llegar a Dreuil, villorrio —porque Dreuil no es más que un villorrio— formado por algunos conjuntos de casuchas que ya había visto desde lejos, reflexioné en la actitud de esos dos gendarmes. ¿Estaban al corriente del asunto o lo ignoraban? ¿Iban siguiéndome, o mejor dicho buscándome, o me los había encontrado en su ronda habitual? Esas eran las preguntas que me hacía. Y, de deducción en deducción, concluí con una negativa: «Más bien son metepatas profesionales», me dije, «y pecan las más de las veces por exceso de celo que por relajo. Si hubiesen estado informados del asunto, sin duda me habrían parado, o al menos me habrían hecho algunas preguntas». En efecto, después supe que en ese momento aún no habían recibido ninguna orden relativa a mi arresto: así que había acertado en mis conclusiones. Pero eso no obsta para que esta forma de juzgar su conducta fuera una de las causas de mi pérdida: «Puesto que no están informados en las tres horas que han pasado desde que ha tenido lugar el drama», volví a decirme, «nunca lo estarán. Solo las gendarmerías limítrofes de Pont-Rémy han debido de recibir el aviso». Y, confiando en esta manera de ver, relajé mi prudencia.

Llegando a Dreuil, giré a la derecha, adentrándome en un estrecho camino que conducía al camino de Airaines. En una de las esquinas había una fonda, el café del Comercio. Mis piernas, que ya no sentían la espuela del miedo al peligro, me dijeron que estaban deseando descansar una hora; mi estómago, que no había absorbido nada en cuatro horas —había salido de París sin cenar, pues no tenía hambre— me dijo a su vez que no le importaría dar cobijo a algunos alimentos. Recibí estas peticiones de una forma tan zalamera que no tuve valor de resistir a estas dos partes de mi todo. ¡Las quiero tanto a las pobres!

Andrajo si se quiere, pero es mi andrajo... como dice. Así que entré en la fonda del Comercio de Dreuil para dar curso a su solicitud.

Me recibió una muchacha de veinticinco primaveras. Después de hacerme servir un Byrrh con agua, le pregunté si era posible tomar un bocado.

—¡Ah! Sabe... —me dijo esbozando una ligera sonrisa, enseñando sus dientes blancos, como una forma de decir que no estaban picados—, en el campo no estamos bien provistos. Solo puedo ofrecerle huevos y mantequilla. Verá, el carnicero no ha venido aún y en la aldea no tenemos: hay que ir hasta Airaines.

Entonces, tras una breve pausa, añadió:

—Puedo ofrecerle sardinas en aceite.

—Eso es más que suficiente —le dije para calmarla—. No se angustie, buena mujer. Deme huevos, mantequilla y sardinas en aceite y una botellita de vino para regarlo todo. Con eso bastará.

Y, sin más rodeos, engullí de un trago mi aperitivo para calmar la fiebre que me secaba la garganta; después saqué un periódico del bolsillo y me puse a leer.

La hospedera entró en una habitación vecina; la cocina, sin duda. La oí abrir cajones, remover botellas, secar vasos y coger platos y cubiertos. ¡Qué alboroto en la cocina, amigos! Todo ese entrechocar de cubertería, de cristal y tierra cocida me hizo ver que mi llegada era todo un acontecimiento. ¡Los viajeros no tienen que hacer cola en el hostal del Comercio de Dreuil! *Pécaïre!* Qué pinta de atareada tenía la pobre hospedera de veinticinco primaveras.

Cuando me hubo servido, la vi deambular a mi alrededor, con actitud diplomática, sin saber muy bien cómo arreglárselas para satisfacer su curiosidad. Con solo ver las muecas que hacía su carita de comadreja (pues había algo de comadreja en su fisonomía) se notaba que se moría de envidia por hacerme preguntas.

Al final, cuando ya no podía contenerse:

—El señor no es de la región... El señor es viajero, sin duda...

Y, una vez lanzados los primeros disparos de lengua, llegó una salva de preguntas: «Que si tal y que si cual...».

«¡Ah, qué curiosa eres, querida! Espera un poco», me dije mentalmente. «Voy a ofrecerte una bella flor de Provenza. Voy a contentar tus tales y cuales, ya verás. Escucha».

Y, dando rienda suelta a mi imaginación, le conté una «historia para no dormir». Sin decir ni una palabra del «contrabandista padre de cuatro criaturas», reedité el accidente de bicicleta, diciéndole que después de pasar la noche en Limeux, había salido de madrugada en bici, pero que en el camino mi vehículo se había averiado y había tenido que dejarlo recogido en un molino y seguir mi camino a pie. Coroné la historia con la profesión de anticuario.

—Ah, ¿es usted anticuario?

Se interrumpió de repente por el ladrido de un dogo que se había echado a mis pies y que, visto de frente, tenía una semejanza pasmosa con la cara de Casimir-Perier[5] (el joven).

—¡Calla, Turco! —le gritó amenazándole con la mano.

5 Jean Casimir-Perier, presidente de la República (1894-1895).

Sin saberlo, solo con examinarlo, no dudé de que se llamara Turco, ya que siempre miraba del lado de «la Puerta».[6]

Entonces, dirigiéndose a mí, prosiguió:

—No tenga miedo, no es malo. No le ladra a usted.

En efecto, casi al instante se oyeron pasos en el jardín y entraron dos campesinos. Ante la acogida que les hizo la hospedera, entendí que eran parroquianos del café. Se sentaron a la mesa a mi lado, charlando en una variante dialectal llena de *li, mi, ti, cheu, leu, meu, teu.*

La hospedera les sirvió a cada uno un trago, y luego volvió a la carga para interrogarme.

—¡Así que usted compra cosas viejas! —continuó.

Sus palabras hicieron que mis dos vecinos pusieran la oreja. Al verlos intrigados:

—El señor es anticuario —dijo ella señalándome con la mirada.

—Compro de todo: lo viejo y lo nuevo. Basta que el precio sea razonable.

Después de vaciar el vaso de vino:

---

6 El gobierno otomano recibía el nombre de «la Sublime Puerta».

—¿No querría usted deshacerse de algunos objetos? —le pregunté, imperturbable.

—No. Pero me gustaría saber, cómo le diría yo, saber el valor... sí, eso, el valor de un medallón, un regalo; un recuerdo de familia —me dijo con timidez parpadeando varias veces, dulcemente, como una monja sin toquilla.

¡Vaya! ¡Aprovechaba la ocasión para hacerse una tasación gratis! ¡Ah, la mendiguilla con cara de comadreja!

Estaba dispuesto a acceder a su deseo, cuando un hombre, con un cesto bajo el brazo, entró bruscamente en la sala.

Nada más verle la cara de bulldog encaramada sobre un cuello de toro, se podía adivinar a uno de esos hombres capaz de hundir voluptuosamente un machete en el pescuezo de un buey o de un cordero mientras cantan «Viens-tu Jeannette». El tipo ideal: mozo de universidad o mozo de matadero. Como no hay facultades en Airaines, me decanté por el mozo de matadero. En efecto, era el carnicero.

—Hola a todos —dijo saludando con la gorra.

Entonces se fue a la cocina, provisto de su cesto para entregarle el pedido a la hospedera, que iba por delante.

Solo con los dos campesinos, uno de ellos, con la lengua suelta por la cazalla, se arriesgó a hablar conmigo.

—¿Así que es usted *antiguario*? —me preguntó aspirando algunas bocanadas de su pipa.

Le respondí afirmativamente inclinando la cabeza.

—Está Chose —prosiguió (me citó el nombre de uno de los habitantes más ricos de Airaines)—, que compra todas las lámparas viejas. ¿Usted compra lámparas viejas?

—Cuando encuentro.

—¿Y a cuánto las paga?

«¡Ah!», me dije, «¿tendrá intención de hacerme comprar lámparas viejas?». ¡Imaginadme con los bolsillos llenos de pies de lámpara!

—En este tipo de negocios —le dije girándome en la silla— es indispensable ver el objeto para poder pronunciarse con exactitud. Así pues, no puedo decirle el precio de una lámpara antigua sin haberme cerciorado del conjunto al que pertenece...

Y, durante cinco minutos, lo puse al corriente de la historia de la lámpara: quinqués, Argands y Carcels[7]

---

7 Diferentes modelos de lámparas antiguas, con nombres heredados de sus inventores. (N. del t.)

fueron sucesivamente el tema de mi disertación. Como era de los que más admiran cuanto menos entienden, mi palabrería vertida con la elocuencia de un grifo a toda presión me ganó su admiración. Si apareciera alguien para decirme que no sabía nada de lámparas viejas habría sido un hombre perdido... lo habrían linchado. ¿Entendían mejor las mentiras que les contaba su diputado? No, desde luego. ¡Y no obstante votaban por él!

—Qué gracioso que eres —dijo el otro campesino, que todavía no había dicho nada, dirigiéndose a su amigo—: te crees que aquí el señor te puede decir el precio sin verla...

Y como si se hubiera indignado por semejante presunción, se encogió de hombros hasta juntarlos con las orejas. Convencido de su error, el otro meneó la cabeza para confirmar esa opinión.

En ese momento, el carnicero volvió a la sala del café, seguido de la hospedera. Observándolo de reojo, vi que me miraba con desconfianza, con una mirada suspicaz, para decirlo con una palabra. Por su parte, la hospedera ya no era la misma. Su fisonomía se había oscurecido: tenía aspecto de estar preocupada. Su cara me hizo pensar que el carnicero podía estar al tanto de la pelea de Pont-Rémy.

Efectivamente, no me equivocaba. Cuando acababa de encender yo un cigarrillo:

—Ustedes no saben la noticia —dijo dirigiéndose a los dos campesinos, mientras me observaba furtivamente.

Entonces, antes de que mis vecinos le respondieran, continuó:

—Esta mañana han matado a dos agentes de policía en Pont-Rémy.

—¡Cómo! —exclamaron al mismo tiempo los dos consumidores.

—Sí —prosiguió el degollador de ganado sin dejar de mirarme—, es un golpe de unos ladrones de Abbeville... dicen que venían de París...

—¿Cómo ha sido todo? —preguntó mi vendedor de lámparas.

—Los agentes han querido arrestarlos en el momento en que cogían el tren en Pont-Rémy... entonces no han querido dejarse detener... Han disparado con un revólver y usado un puñal... Ahora ya hay uno que ha muerto. Es Pruvost... ya lo conocen, Pruvost...

—¿Pruvost de Blangy?

—¡Aibá! ¿Ese? —dijo mi vecino.

—El otro es Auquier, el cabo de Abbeville —siguió el carnicero—. Aún no ha muerto; pero de esta noche no pasa, eso seguro. Lo ha dicho el mayor.

Desde que empezó a hablar, todas las miradas se volcaron en mí, espiando el menor de mis gestos. De vez en cuando se miraban entre sí, como para preguntarse mutuamente: «¿No será este uno de los ladrones?». El silencio que se hizo tras el relato del carnicero se tornó opresivo. Lo rompí yo.

—¿A qué hora ha sucedido este drama? —pregunté despreocupadamente mientras aspiraba algunas bocanadas de mi cigarrillo.

—A las seis de la madrugada —me respondió el carnicero, al que me había dirigido.

—¿Los autores de este doble crimen han sido arrestados? —volví a preguntar.

—No; pero no tardarán en hacerlo. Los gendarmes del departamento están buscándolos.

—¿Cuántos eran? —preguntó uno de los trabajadores de la tierra.

—Tres —respondió el carnicero.

Como la conversación amenazaba eternizarse en este terreno si yo no ponía orden, consulté mi reloj y pagué lo que había consumido con una moneda de cinco francos a la hospedera.

Cuando me devolvió el cambio, aproveché para cambiar el rumbo de la conversación hablando de «antiguallas».

—Con todo esto, no me ha enseñado usted el recuerdo de familia —le dije amablemente a la hospedera—. Y, si se retrasa, no podré atender su deseo: son más de las diez y tengo que ir a Airaines para coger el tren.

—Ah, tiene tiempo de sobra —me dijo el verdugo de bestias con cuernos—. El tren no pasa hasta las once y pico.

Luego, tras un momento de reflexión:

—¿El señor es viajero? —me preguntó.

—Es *antiguario* —le respondió con gravedad el amigo de mi vendedor de quinqués, antes de que yo tuviera tiempo de dar la misma respuesta.

Por casualidad, aún me quedaba una tarjeta de presentación.

—Tengan —le dije mientras se la entregaba—. Esta es mi dirección en París. Ustedes que peregrinan por los pueblos y visitan las casas de gente de toda condición, si alguna vez encuentran algo para mí, recibirán su comisión.

—Con gusto —dijo al cogerla.

Entonces, cuando la hubo leído:

—Como usted dice, yo viajo mucho, y si encontrase algo le escribiré unas letras.

—Gracias por adelantado.

—Sabes, el señor compra lámparas viejas —le dijo el campesino.

—Ah, ¿y lámparas de petróleo? —preguntó el carnicero.

—Cualquier lámpara vieja, que te cuente él —le respondió el destripaterrones con animación.

Entonces, mientras volvía a llenar la pipa:

—*Ná*, el señor se las sabe todas —añadió con pinta de decir: «¡Cómo se te ocurre discutir!».

La serenidad de mi actitud, así como las palabras que acababa de intercambiar con el carnicero habían hecho mella en su suspicacia. Así que me beneficié de la tasación del recuerdo de familia que la hospedera acababa de traerme cerrado en una cajita de cartón para reconquistar todo mi prestigio persuadiéndoles de que era realmente un agente anticuario.

Con solemnidad, cogí la caja de las manos de la propietaria de la dichosa joya, la abrí y saqué de ella delicadamente una falsa amatista que representaba un escarabajo de tamaño natural, quizá un poco más grande, cuyas patas eran de cobre amarillo. Ciertamente, en cualquier otra circunstancia, al primer examen, me habría encogido de hombros y habría arrojado el símbolo de la paciencia al diablo; pero entonces me contuve. Saqué la lupa del bolsillo y examiné doctamente aquel pedazo de cristal por todos los lados. El

carnicero, los dos ilotas de los campos, la patrona del café y... el perro estaban a mi alrededor, apenas sin respirar, a la espera de mi veredicto. ¡Era un placer verlos!

Por fin, después de mucho toser y carraspear, y de sonarme dos o tres veces, gravemente:

—La pieza es falsa —me arriesgué a decir, sin saber muy bien si esa respuesta no me indispondría el favor de la hospedera.

—Ya me lo habían dicho —me respondió con una sonrisa, casi guasona, como diciéndome: «¿Te crees que te he esperado a ti para asegurarme?».

—Pero la conservo —añadió— porque es un recuerdo de familia.

¡Ay, la muy pícara! ¡Vaya, vaya! Apuesto a que si le hubiese ofrecido comprársela sin duda que habría accedido, en un instante.

¡Qué astutas son estas caras de comadreja!

—Pero si hay que creer a los antiguos —dije a mis oyentes a guisa de conclusión—, esta piedra posee una gran virtud.

—¿Cuál? —me preguntaron a coro.

—Previene de la embriaguez.

Hubo una risa general, y para no dar la nota, yo me reí tan estruendosamente como ellos. Creo que hasta Turco, alcanzado por el contagio, sumó su risita.

No me bastaba con reír, también tenía que ganar terreno. Con la noticia que acababa de recibir, no era prudente coger el tren en Airaines. A esas horas, al contrario de lo que yo había previsto, todas las gendarmerías del departamento estarían siguiéndome. Las palabras del carnicero no dejaban dudas al respecto. Por lo tanto, no podía vacilar más. Mi plan era llegar a Longpré, del que solo me separaban unas cuatro leguas de nada. Se trataba de llegar a esa aldea con el plazo más breve, y por los caminos más seguros.

Para no despertar las sospechas de los consumidores, consulté mi reloj como para asegurarme de la hora del paso del tren; luego quise levantarme; pero mis piernas se negaron a transportarme: estaban muertas. Esto no es una broma. Tan cierto como lo digo, mis piernas estaban atrofiadas a tal punto que no podían sostenerme. Permanecí clavado a la silla, tratando de disimular mi indisposición. Seguí sentado otros cinco minutos, pero la idea del peligro me obsesionaba con tanta fuerza desde hacía un rato que, reuniendo todas mis energías, hice un esfuerzo supremo y, flaqueando, logré ponerme de pie. La hospedera se dio cuenta de mi estado de debilidad.

—¿Está usted indispuesto? —me preguntó con bondad.

—¡Oh, no es nada! —le dije sonriendo—. He estado sentado demasiado tiempo. Eso me ha dado cos-

quilleos en los pies. En cinco minutos, caminando, se me pasarán.

Y, mientras lo decía, estoico, sufriendo cruelmente, me alejé, acercándome a la puerta. En el umbral, saludé a la parroquia, y seguí mi marcha de «hombre perseguido» dirigiéndome a Airaines.

¡Airaines...! Para la mayor parte de bípedos con capacidad de habla que pueblan la tierra, esta palabra no significa gran cosa. Si uno deja caer la palabra de los labios, unos se preguntarán si es un animal exótico, otros, si es una planta; por último, algunos preguntarán con seriedad si es el nombre de un nuevo personajillo importante. Pero para mí, esa palabra es toda una catástrofe. Es mi Waterloo. ¡Mis cien días solo duraron cinco horas![8]

¡Cómo degenera todo!

De Dreuil a Airaines, el trayecto no es muy largo; dos o tres kilómetros más o menos, lo cual no quita que yo sufriera cruelmente para recorrerlos. Aquel alto para el café me había —literalmente— roto, aniquilado.

Poco a poco, las piernas recuperaban un poco de su elasticidad; pero ya no era lo mismo. Caminaba

---

8 La batalla de Waterloo puso fin al «Imperio de los cien días» de Napoleón. (N. del t.)

como un autómata, sin saber si estaba vivo, por decirlo de algún modo. Solo el temor al peligro me servía de motor. No tenía más que una idea: avanzar, ganar terreno, recorrer kilómetros; solo una meta: Longpré. Aparte de eso, nada más existía para mí. Para decirlo en una palabra: estaba hecho polvo.

¡Qué calamidad! ¡Qué impacto en pleno pecho, amigos míos! Cuando atravesé la encrucijada de Auvisnes, no muy lejos de Bettencourt-Rivière, vi pasar a mi lado un automóvil montado por cuatro personas: tres civiles y un gendarme, un cabo, creo. El coche se detuvo bruscamente a unos metros de mí, y el cabo, acompañado de un hombre cubierto por una pelliza de pelo de conejo, bajó de él. En el momento en que pasaba a su lado, me abordaron.

—Perdone, señor —me dijo el gendarme saludándome con su kepis—. ¿Tiene el documento de identidad?

—¿El documento...? Vaya, no suelo llevarlo encima... Pero...

—¿De dónde viene? —me interrumpió el individuo de pelo de conejo.

—De Dreuil, donde me he parado en el café del Comercio; pero he pasado la noche en Limeux.

—¿Qué profesión tiene? —siguió.

—Anticuario.

—¿Y va a...?

—A Longpré, a visitar a uno de mis clientes.

—Bien, vamos a comprobar lo que dice —me dijo el fiscal (pues el hombre de la pelliza no era otro que el fiscal de la República).

—Tenga la bondad de acompañarnos —añadió amablemente, ofreciéndome una plaza del coche.

Yo, como un buenazo, como si se hubiera tratado de subir al coche imperial de Clignancourt-Bastilla, monté dócilmente en el auto.

En ese momento, fui víctima de una de esas crisis morales que aniquilan y paralizan todos los resortes físicos. Esta aparición súbita, el interrogatorio, el arresto, todo ello en unos minutos, me produjo el efecto de un mazazo en la cabeza. Pocos minutos antes, estaba hecho polvo; ahora, yo ya no existía, por así decir. Estaba en una de esas fases de postración en que se ve sin ver, en que se toca sin sentir, en que se vive sin vivir.

Mientras el automóvil marchaba a toda velocidad hacia Dreuil saltando como una carpa a través de los charcos de barro del camino, el fiscal y el buen hombre que se encontraba sentado junto al conductor, con la cara cubierta por una gafas enormes como las que llevan los pilotos de carreras, se hicieron gestos de complicidad. En mi semilucidez, yo hacía como si no

me diera cuenta de nada; pero en realidad, observaba, con tanta atención como me permitía mi estado de postración, toda la mímica de sus rostros.

Llegados al café del Comercio, la hospedera, interrogada por el fiscal, repitió exactamente lo que le había dicho yo mismo.

—¿Por dónde queda Limeux? —preguntó el fiscal volviéndose hacia el cabo.

—¡Ah, pues lejos de aquí! —dijo la hospedera.

—Lejos de aquí —repitió el gendarme, como un androide provisto de fonógrafo.

—Bueno... Nosotros vamos a ver —replicó el fiscal tras unos segundos de reflexión.

Entonces, sin más explicación, salimos en tropel al camino.

Antes de subir al coche, el fiscal y el hombre de gafas se retiraron un poco, a unos metros, para cambiar algunas palabras en voz baja.

¡Pobre de mí! Aun admitiendo que pudiera recurrir a la mejor de las coartadas, no me habría servido de mucho. Me habían cogido en la trampa y, a menos que cortara las redes, no podría salir de ella. Si me preguntáis por qué, os responderé sencillamente que el individuo de gafas no era otro que el paquete de carne sospechoso con que me había cruzado unas horas antes, por la mañana, al salir de la estación de

Pont-Rémy. Era el abyecto Edmond Mas en persona. ¿Cómo podría salir de allí sin violencia, ya que ese producto incestuoso, ese aborto, ese molusco, ese acéfalo, estaba cuchicheándole al fiscal al oído que me reconocía formalmente? Tenéis que pensar que con semejante recomendación el fiscal de pelo de conejo se cuidó mucho de tranquilizarme. Así que volvía a montar en su desagradable compañía y puf, puf, puf... otra vez en marcha.

En cuanto volví a instalarme en el coche, me vino a la mente la idea de usar mis armas. Infinitamente rápido y poco preciso, el proyecto me atravesó el magín. Pero, al menos de momento, esta llama no era viable; se apagó y desapareció en mis razonamientos: «¿Por qué volver a matar...? ¿Para qué...? Me han pillado... ¿Pero no es la fatalidad? ¿No estoy solo en mi lucha contra la sociedad entera, contra sus policías, sus capitalistas, sus gendarmes, sus lacayos y sus jueces? Hoy o mañana... Un poco más pronto, un poco más tarde, ¿no hay que sucumbir?». Y, mentalmente, me repetía: «¡Es la fatalidad! ¡Para qué defenderse!».

Y, con candor, me mantenía tranquilo como un cordero junto a sus verdugos. Pero, insensiblemente, las ideas me volvían con más nitidez, más concisas; la luz penetraba poco a poco en mi cerebro; el despertar se efectuaba gradualmente y comenzaba a salir del

estado de letargo, por servirme de esta expresión, en el que me había sumido el arresto. Seguí aquel viaje dentro de un viaje: la revisión de mis recuerdos.

Todos mis proyectos de lucha y mis próximas expediciones se desvanecían como el humo. Miraba el paisaje que se ofrecía a mi vista, desplegándose como los fotogramas del cine: los árboles, los prados, los campos, las balas de paja, los montones de piedras escalonadas cada cierta distancia en el camino; más lejos, el campesino y sus dos caballos amarrados a una carreta mientras labra la tierra: lo bebía todo con la mirada, diciéndome: «¿Así que este es el final? ¿Ya no verás nada más de todo esto...?». Pensaba en los que dejaba detrás de mí, mis afectos y mis relaciones; a mis amigos, a mi compañera, a mi madre; a mi madre, a la que había dejado enferma, postrada en la cama a consecuencia de una operación quirúrgica. Ante este pensamiento, una oleada de rebeldía me subió al cerebro, haciéndome hervir de cólera.

«¡Cómo! ¿Voy a asistir apaciblemente a mi propio funeral?», me dije recobrando un poco de mi energía bajo el ímpetu de los recuerdos.

Entonces, súbitamente, como una gota de agua fría que cae en un caldero en ebullición, los soliloquios de hacía un momento volvieron a la carga: «¿Para qué defenderse...? ¿No es la fatalidad...?».

Pero en seguida se evaporó la gota de agua, reducida a vapor por la lógica de las cosas: «¿Qué por qué defenderte? ¿Qué por qué matar? ¡Imbécil! Si no te defiendes... si no los matas, ellos te matarán a ti. ¿Qué haces? El cordero bala, el buey muge, el cerdo gruñe, todos lanzan su grito de revuelta cuando van al matadero, pelean, se revuelven, se defienden para escapar de sus verdugos, ¿y tú, hombre, tú irás en silencio y con la cabeza gacha al cadalso? ¡Vamos...!».

Ante todo, convenía no dejar que trasluciera nada de mi resolución. Lentamente, con un gesto maquinal, indiferente, metí la mano derecha en el bolsillo del gabán, donde se encontraba el revólver.

Como si los hubiese iluminado el mismo pensamiento, el fiscal y el gendarme me lanzaron de repente una mirada, observando mis gestos. El cabo, para mayor seguridad, incluso se llevó la mano a la cartuchera del revólver, dispuesto a sacarlo.

—Sin duda es usted el comisario de policía —le dije al fiscal, a fin de retener su atención con preguntas.

—No; soy fiscal de la República en Abbeville.

—¡Ah...!

Entonces, viendo que se obstinaba en mirar hacia mi bolsillo, repliqué:

—¿Y adónde me llevan así?

—Pronto lo sabrá —me respondió secamente.

Juzgué inútil arriesgarme a nuevas preguntas. Permanecí mudo.

Ese cabo de la gendarmería, con su cara de cinocéfalo, ornada de pelos cuyo tono dio título a una de las obras de Jules Renard,[9] y con su mirada de perro guardián, clavada constantemente en mí, no me decía ni una palabra.

Y además, ver su mano posada en la cartuchera del revólver tampoco me hacía ninguna gracia; habría preferido que se sirviera de ella para atusarse el bigote. Por tanto, como no podía ponerle en conocimiento de mi deseo sin que redoblara su vigilancia sobre mí, tuve que imaginar un medio de que retirase la mano del revólver sin dirigirle la palabra.

Saqué la mano del bolsillo; pero extraje el paquete de tabaco en lugar del revólver, y lié un cigarrillo. Entonces, por culpa de la violencia del aire que producía la velocidad de aquel cacharro, me agaché para encenderlo. Con el cigarrillo en los labios, creedme si os digo que hice humo; en el intervalo de un minuto consumí un tercio del tabaco que contenía, cuidando mucho de no dejar caer ceniza. Obtenido esto, estiré

---

9 *Pelo de zanahoria.* (N. del t.)

la cabeza al viento, de modo que al desprenderse del cigarrillo la ceniza dirigida por la rapidez del aire fuera a pegarse a los ojos de Pelo de Zanahoria.

¡Alá! ¡Alá! Estaba escrito. ¡Por fin!

—Tenga cuidado —me dijo con aire arisco, frotándose los ojos—. Me ha cegado...

¡Pobre! La corriente de aire era tan fuerte que se llevó hasta las brasas del cigarrillo. Se apagó. Rápidamente, sin perder un minuto, volví a encenderlo, y luego, al dejarlo, metí la mano en el bolsillo y me armé del revólver.

Era el momento propicio. El hombre de gafas me daba la espalda. El conductor estaba concentrado en el vehículo. Pelo de Zanahoria, con el pañuelo en la mano, se frotaba, se enjugaba y volvía a frotarse y enjugarse los ojos; las lágrimas se le deslizaban por las mejillas. Tenía de qué ocuparse, *¡caramba!* El individuo de pelo de conejo, con la nariz al viento, sumido en sus pensamientos, con la mirada distante, dirigida al frente, estaba impaciente, sin duda, por llegar a Pont-Rémy.

¡Qué de ideas, de pasiones, de sentimientos contrarios se agitaban en esos cinco cerebros!

«El primer disparo para el gendarme, el segundo para el fiscal; en cuanto a los demás, me dan la espalda: ya veré lo que hay que hacer», me decía para mis adentros.

Y, con dulzura, poco a poco, sacaba el revólver del bolsillo, ocultándolo en la manga para apartarlo de sus miradas.

Por fin... ya estaba fuera. Lo tenía en la mano, con el dedo en el gatillo, mirando la oreja del cabo como objetivo a fin de fulminarlo de un solo tiro, cuando de repente, un tumbo del automóvil, más violento que los demás, me arrojó violentamente sobre el gendarme. Instintivamente, adelanté la mano para agarrarme, a consecuencia de lo cual el revólver se me escapó de la mano y cayó sobre la tapa de un cesto de mimbre en que me apoyaba. Entonces, de rebote, rodó a la carretera...

No sabría describir el efecto moral que me produjo ese accidente.

Como un náufrago que ve desaparecer súbitamente el pecio, la plancha de salvamento que esperaba alcanzar desde hacía horas luchando contra el furor de las mareas, me quedé abatido, consternado, desmoralizado. Pocos minutos más tarde, cuando se restableció el equilibrio moral en mi cerebro, ya no había tiempo para actuar. Llegamos a Pont-Rémy.

El automóvil no había hecho más que cruzar la barrera del paso a nivel cuando el murmullo de la multitud llegó a rozarme los oídos. Los «¡Oh! ¡Ah! ¡Ay!

¡Uh!» se entrechocaban cual proyectiles que se cruzan en su trayectoria.

Allí estaban, mantenidos a raya por varios gendarmes a pie y a caballo, varios cientos de pobres diablos, varones y hembras, de cuerpo demacrado y mirada hundida, verdaderos rostros de náufragos castañeteando los dientes de hambre, rutilantes de miseria, se desgañitaban gritando por mi detención.

—¡Han cogido al bandido!

—¡Oh! ¡Qué bribón!

—¿Ese es? ¡Ah, sí, es él! ¡Es él!

¡Pero si nunca me habían visto...!

Los más audaces se acercaron al coche, mostrándome los puños.

—¿Eres tú? ¡Ah, canalla...!

¡Pobres diablos!

Apenas había puesto el pie en el suelo cuando me agarraron, me esposaron, me encadenaron, me registraron y me rodearon al menos ocho gendarmes. En seguida aparecieron varios testigos, entre los que se encontraban Nacavant y su colega Ruffier, para identificarme a la luz del día, en mitad de la plaza, delante de la estación; entonces me llevaron al hostal en que mis compañeros y yo habíamos tomado un café por la mañana. Después de subir unos peldaños de una

estrecha escalera, llegamos a una habitación muy exigua en la que se acostaba el cabo Auquier, rodeado por su mujer y algunas personas más. Me reconoció formalmente.

Durante esta breve comprobación, miré con curiosidad la faz del juez de instrucción. La cabeza (¡ah, esa cabeza!), que no podía por menos de comparar con las caricaturas de Daumier que representan la cocorota de Luis Felipe, de contorno piriforme, me recordó con tanta fuerza las obras de arte de este artista que no pude dejar de sonreírme. Él, que sin duda creía que me burlaba de la suerte de su lacayo, me fulminó con una terrible mirada desplegando toda la extensión de sus párpados. Todos los que lo conocen convendrán conmigo, espero, en lo robusto que tendría que ser yo para recibir semejante mirada sin flaquear.

Concluida esta formalidad, me llevaron a la estación. Como el poder de atracción del satélite de la Tierra sobre las mareas, mi paso produjo un movimiento popular. Y los gritos y los chillidos volvieron a empezar. El trayecto no era largo; llegamos pronto al lugar. Por desgracia para mis guardianes, en aquella época las estaciones no estaban dispuestas a modo de cárcel. Había sala de salidas, sala de espera, sala de equipajes, e incluso la sala de consignas de equipajes; pero no había sala de consigna de presos. ¿Sigue siendo así hoy?

Es posible, pues grande es la incuria de los dirigentes. ¡Tremenda laguna! Que los señores propietarios reflexionen en ello.

Por miedo a que pudieran dormirse en la sala de espera, mis guardias no depositaron ninguna confianza en ella. Así que me consignaron como el paquete más vulgar: sala de equipajes.

Allí me encontré rodeado de todo lo mejor que poseía la región picarda en materia de personas apresadoras. Los señores amarraladrones me tenían agarrado. ¡Qué canguelo tenían, amigos!

Uno de ellos, un sargento del cuerpo de tren, recibía las órdenes de su capitán y las transmitía a sus subordinados. Curioso individuo, este sargento. Imaginad media tonelada erguida sobre dos zancas con una sandía por cabeza y adornado con dos brazos de semáforo de tren a modo de brazos. Decoradlo todo con la librea de un gendarme y os haréis una idea del aspecto de este orgulloso apresador. Una auténtica bola de sebo, vaya. Jeanne Bloch es una sílfide a su lado.

Conversando con sus colegas, supe que estaba casado.

—¡Pobre de su mujer! ¡Vaya pulmones hace falta para aguantar semejante bulto! —suspiré al oído de un gendarme.

—¡Su mujer, ni tan mal! —me dijo—. Ella puede subirse encima, pero su caballo...

—De hecho, no se me había ocurrido. ¡Pobre bestia! ¿Y la Sociedad Protectora de animales tolera estas cosas? —le pregunté, indignado.

La llegada de Pelo de Zanahoria me impidió obtener una respuesta. Venía a proceder al interrogatorio sobre mi identidad.

Su fisonomía, sus maneras, su pose, su tono de voz, todo ello mezclado con la arrogancia de sus preguntas, incordiaba tanto al buen gendarme, es decir, al buen bruto, que me divertí confundiéndole.

Bastaba ver su semblante de perro de presa para comprender que era uno de esos fieles servidores para los que toda la existencia se resume en esta palabra: órdenes. En nombre de las órdenes esta cosa camina, corre, bebe, come, duerme; en nombre de las órdenes esta cosa saluda a un superior con una mano y sacude a un pobre diablo con la otra; en nombre de las órdenes, en fin, esta cosa defiende al capital usando sable y fusil contra los huelguistas, esta cosa protege la propiedad dando caza a los parias: esta cosa actúa y respira, pero no piensa. Especie de Poiret (personaje de Balzac en *El padre Goriot*) con librea, no hace más que repetir lo que le ordenan decir: ni una palabra más, ni una palabra menos. Este bípedo se identifica tanto

con su función que da igual que se lo vista de civil o con librea, de blanco o de negro; que se lo traslade a cualquier entorno, solo en la cumbre de una montaña o perdido en medio de la multitud; es de los que necesitan de una sola mirada para decir: «Se vende y seguirá haciéndolo».

Con el lápiz en una mano y una hoja en la otra:

—¿Apellido, nombre, edad y profesión? —me preguntó, mirándome con ojos de cabra agonizante.

—No tengo ni patria ni hogar, ni edad ni profesión. Soy vagabundo y nací en Todaspartes, capital Ningunlugar, departamento de la Tierra.

—¡Vaya...! *¿Estoquesloqués...?*

—Es todo lo que usted quiera.

—Está bien. Haré el informe.

Y, automáticamente, poco a poco, se fue murmurando palabras que no entendí.

—Si se pone en ese plan —me dijo uno de los gendarmes cuando hubo desaparecido Pelo de Zanahoria—, va usted a empeorar la situación.

Me reí en su cara. ¿No era lo que mejor se me daba? ¿Empeorar la situación? ¡Será idiota! Sin duda había oído este argumento en el despacho de algún juez de instrucción y, con aire bondadoso, como un portento, me lo repetía.

Viendo el poco efecto que me producía la amenaza de su colega, otro replicó:

—No vale la pena que oculte su nombre. Ya lo sabemos.

«*Niedasé!* Cada vez peor», pensé. «Este debe de ser de mi región». Y, sin dejar de sonreír, me encogí de hombros.

—Da igual, usted no ha fallado el tiro —me dijo por último un tercero que llega también al rescate de sus colegas—. Pruvost ha muerto y Auquier no va a tardar.

—¿Quién es ese Auquier? —le pregunté sin responder a su «concierto».

—Pero si ya lo sabe...

—No está claro —interrumpió el que me había sugerido «el empeoramiento»—. Dicen que *ellos* no son de Abbeville.

—Es el que ha ido a ver en el hostal —me respondió un cuarto que hasta ese momento había permanecido mudo—. Es el cabo de policía de Abbeville.

—¡Ah...! ¿Y está herido de gravedad?

—Pues sí. No pasará de esta noche —y más doctamente, añadió:

—Le ha atravesado el Pero Antonio.

—Habla bien —le dijo uno de sus compañeros con un codazo—. Se dice: peritoneo.

Después, dirigiéndose a mí:

—¿Qué, no lo niega? ¿Es usted uno de los que estaba aquí esta mañana, en esta sala?

Señalaba el suelo con la mano. Y, dibujando una amplia sonrisa estúpida:

—Ya sabe... con nosotros no hay nada que temer; puede hablar... ¿Qué, no es usted el que ha disparado? —añadió, confidencialmente.

—Nunca he dicho y nunca diré lo contrario —le dije con humor—. He sido atacado. Me he defendido.

—¿Pero a quién le ha disparado? —replicó vivamente, con el rostro iluminado por la alegría que le causaba su presunto triunfo.

—He disparado al montón.

Entonces, animándome al momento:

—Esas son preguntas a las que no tengo por qué responder. Me da igual todo ese montón de patochadas que ustedes llaman pesquisas judiciales. A mí qué me importa si un proyectil ha dado diez centímetros más abajo o más arriba. Que eso les interese a los jueces es normal, comen de ello. Pero yo no tengo por qué preocuparme de esas cosas. He defendido mi libertad, les digo, y no tengo más que añadir.

—¡Ah! Lo que nos diga no saldrá de aquí —me dijo hipócritamente.

Y de inmediato uno de los gendarmes que se encontraban junto a la puerta, ante un guiño de su colega, fue a avisar al juez de instrucción de lo que acababa de pronunciar.

Camaleón (así es como le llamaría más tarde la siniestra banda; de corrupción en corrupción llegaron a llamarle León Camello) no se hizo esperar. Para no darme a entender que venía a interrogarme, llevaba en la mano el sombrero que yo me había dejado en el lugar de la pelea. Sin decir una palabra, me lo puso en la cabeza y preguntó:

—¿Es este su sombrero?

Antes de que tuviera tiempo de responderle, añadió:

—Ni siquiera puede negarlo. Se adapta muy bien a su cabeza.

—No lo niega —dijo entonces mi sonsacador, haciéndole un gesto de inteligencia al juez de instrucción.

—¡Ah...! Muy bien —dijo este.

Y me hizo distintas preguntas relativas a lo que les había dicho a los gendarmes unos minutos antes.

—¿Es esa una confesión implícita? —me preguntó.

—No tengo nada que confesar, ni nada que negar. He defendido mi libertad. Es todo lo que tengo que decirle.

—Pero, en fin, las palabras que ha cambiado con los gendarmes...

—No sé absolutamente nada de las palabras dichas por mí que le han hecho llegar. Lo que les he dicho es una tesis filosófica que me propongo sostener cuando me convenga hacerlo.

Para hacerle comprender que cualquier insistencia sería inútil, le di bruscamente la espalda y lié un cigarrillo.

No insistió más y se marchó.

En la hora que llevaba en consigna, la multitud se había estado agolpando curiosamente en los accesos del local en que me tenían encerrado. Por la tarde, a la salida de la fábrica, fue mucho peor: el movimiento popular aumentaba a ojos vista. Por momentos, la puerta de cristal que daba al andén desde el vestíbulo de la estación gemía bajo la presión de los curiosos. A través de las ventanas se oían los gritos, las risas, los murmullos, pero ninguna amenaza: por el momento el odio había desaparecido y solo quedaba la curiosidad.

Solo un propietario de Pont-Rémy o de Abbeville, o incluso quizá de los alrededores, ya no recuerdo bien, de cuyo nombre también me he olvidado, que se

paseaba por el andén, pavoneándose en medio de la multitud, calzado con botas de montar, vestido con un traje completo de caza y armado con un fusil se acercó todo lo que pudo a la puerta, abriéndose paso con los codos y dijo, enseñándome un arma:

—¡Cerdo, tienes suerte de que te hayan arrestado los gendarmes! Si te hubiera encontrado yo, tú no lo contabas.

Y, orgulloso de haber pronunciado estas palabras memorables solo dignas de Gallifet[10] o de él mismo, regresó al andén, allí donde la multitud era menos densa, para pasearse y charlar con personas que sin duda conocía.

Aquellas palabras, salidas de los labios de un burgués, no me sorprendieron nada. Como propietario, defendía la propiedad. Eso forma parte del orden de las cosas y se explica por el antagonismo de los intereses; pero me explico menos, por ejemplo, la actitud de la plebe hacia mí.

---

10 El general Gaston Auguste de Gallifet sirvió a todos los regímenes, desde las expediciones militares del Segundo Imperio a las empresas coloniales de la III República, de la que fue ministro de Guerra en 1899. Su nombre pasó a la posteridad después de liderar, en 1871, al ejército versallés. La ferocidad de que hizo gala en la reconquista del París insurrecto de la Comuna le valió encarnar durante mucho tiempo, a ojos del pueblo, la brutalidad de los poderosos.

¿Qué le había hecho yo a la pobre mujer arruinada por la nauseabunda atmósfera de la fábrica, que me señalaba con el dedo y me llamaba «ladrón»? ¿Qué le había hecho al joven obrero de mejillas pálidas y héticas, que parecía más un viejo que un adulto, consumido ya casi en su totalidad por el trabajo, que me miraba con el ceño fruncido y me llamaba «bandido»?

—Los ladrones y los bandidos son esos para los que tú trabajas —le grité, sin mucha esperanza de que fuera a oírme.

—Usted debe de ser anarquista, ¿no? —replicó uno de los gendarmes, a los que estas palabras les obligaron a poner atención.

—Soy un rebelde... Me dan igual las etiquetas.

El que acababa de hacer la observación se puso a mi lado y, observando a través de los cristales, en el tumulto de la multitud:

—Venga, ¿ve a ese de la gorra de hule y con lentes? —me dijo señalando a uno de los espectadores, de unos treinta o treinta y cinco años, bien vestido y con cara de inteligencia.

—Es fácil verlo —le dije—, destaca entre la multitud. Rebosa salud. Se diría que es una amapola en medio de un campo de trigo.

—Pues bueno, ese habla como usted. Dice que los patronos son unos ladrones. Es anarquista.

—Pues muy bien.

—¿Qué tiene de particular? —preguntó otro gendarme, ajeno sin duda a la brigada de Pont-Rémy.

—Es Bidault... Ya sabes, el carpintero... El que...

Interrumpiéndose, de repente se pusieron a hablar en voz baja, al oído.

—¡Ajá! —dijo el otro después de escuchar.

La llegada del personaje vestido de forma rara puso fin a su silencioso coloquio. Era un reportero de *L'Abbevillois*, órgano biempensante de la localidad. Provisto de un gran sombrero a lo *cow-boy*, vestido con pantalón a la húngara de cuadrados marrones sobre fondo café, con chaleco y abrigo de tono más oscuro y monóculo sobre la nariz, aquel era el representante de la prensa picarda. Bufón en lo físico, bufón en lo moral. Uno de esos trapecistas que hacen acrobacias para ganarse la vida. Ayer, alabando a los amos de los que recibe de vez en cuando algunas migas de pan; hoy, expectorando su saliva contra un rebelde vencido, que no puede responderle desde el fondo de su celda; mañana será haciendo cantar a la familia del héroe de algún drama del día, con la promesa de no publicar su nombre: todas las pequeñeces, todas las bajezas del esbirro de pluma le son familiares, nada le repugna. ¡A él qué le importa! Siempre que él pueda

reptar y ganarse el pan, todos los medios le valen. Es de los que se doblan pero no se rompen.

En París, conozco algunos que están afiliados a la prefectura de policía. ¡Redoblen los tambores! ¡Soplen los clarines! La última palabra del «villemesianismo»,[11] el reportero-chivato. ¡La gran ley del progreso!

Durante el escaso cuarto de hora que permaneció junto a nosotros, apoyado a la mesa en que me sentaba yo, no separé los dientes. Lo cual no le impidió escribir todo tipo de extravagancias sobre mí... ¡Vaya! No les da miedo la calumnia a estos gandules de la pluma.

No habían pasado ni cinco minutos desde que se hubo marchado el bufón cuando Bola de Sebo entró resoplando como una ballena.

—Han detenido a los otros dos —les dijo a sus subordinados.

—¿Dónde ha sido? —preguntaron todos casi al mismo tiempo.

—En Picquigny.

Entonces, enjugándose la frente, añadió:

---

11 Alusión a Villemessant, fundador de *Le Figaro*, que ya entonces era igual a sí mismo: «La nulidad de esta verborrea es inefable», escribía Léon Bloy acerca de este sempiterno órgano de la burguesía pusilánime.

—Acaba de llegar el fiscal con el automóvil del señor Bignon. Pero el segundo viaje no ha sido tan feliz como el primero.

—¿Entonces no es el fiscal quien los ha detenido? —preguntó un gendarme.

—No; han sido los colegas —respondió Bola de Sebo dándose importancia, como diciendo: «¿Crees que necesitamos *civiles* para arrestar a la gente?».

—Ya que está aquí el fiscal —le dije al sargento—, dígale que me pida un vaso de leche o un tazón de caldo. Tengo la garganta seca por la fiebre.

Al momento, el fiscal entraba en la habitación de al lado. Le oí dar las órdenes.

—Vaya a preguntarle al fiscal si se le puede dar caldo o leche —dijo Bola de Sebo a un gendarme.

Dos minutos más tarde:

—Ha dicho que usted podrá beber mañana. No tiene tiempo —me dijo el gendarme, al volver de su misión.

Entonces, vaya sorpresa, los gendarmes que me vigilaban me ofrecieron graciosamente pan, embutido, carne fría, y vino que les quedaba del almuerzo. Pero no tenía hambre, ni mucho menos. Mal lo habría pasado, me parece, si hubiera tenido que tragar un pedazo de pan; dudo de que hubiera podido engullirlo, tan seco estaba mi gaznate. Así que les di las gracias.

—¡Pues bébase un vaso de vino, diablos! Debe de estar sediento después de haber fumado —insistió uno de ellos mientras me ofrecía un vaso lleno casi hasta arriba.

Acepté.

Con el gaznate algo más refrescado, me aproveché de la buena disposición de mis guardianes para interrogarlos a mi vez. Tenía curiosidad por conocer los resultados de la estratagema de las cartas comerciales. Con cara de bueno, les conté la historia.

—Hemos metido la pata hasta el fondo —me dijo uno de los que habían seguido esa pista—. Hasta Limeux hemos seguido su pista; pero después... ¡Mecachis! Nada... Nada de nada.

—Te olvidas del viejo campesino con el que nos hemos cruzado —le recordó el que lo había acompañado en la búsqueda.

—¡Ah, sí! ¿Ese viejo tarado...? ¡Bah! Ese buen hombre y nada, lo mismo es.

Hizo una pausa, aspiró unas bocanadas del cigarrillo y prosiguió:

—Imagínese que le preguntamos si había visto a un hombre así y asá; con su descripción, vaya. Nos mira riéndose... como cachondeándose de nosotros, palabra de honor; luego nos ha chapurreado que ha-

bía visto al hombre en cuestión por allá, por allá, y nos señala la carretera hacia Abbeville. Que es de donde veníamos nosotros. Ya ve que ese zángano no nos ha sido muy útil, ¿verdad? ¡Menudo chalado!

Como podéis imaginar, me cuidé mucho de decirles que me había encontrado con ese campesino y que había charlado con él. La vieja división del padre eterno, fiel a su promesa, no me había denunciado; es más, les había llevado a engaño. Qué buen tipo.

—Entonces —seguí yo—, no han pasado ustedes de Limeux, ni han debido de encontrar mi catalejos.

—No; aún no. Pero lo encontraremos, descuide.

—Sí; si nadie lo encuentra antes que nosotros —intervino, riéndose, uno de los gendarmes.

—No olvidéis que el primero que le ha visto de todos los que estamos aquí soy yo —me dijo otro que había llegado poco antes.

—¿A ver? —le preguntó uno de sus compañeros.

—Esta mañana, cuando estaban en Deneux trasegando cazalla.

—¿Todavía no había nada seguro? —le preguntó el que me agarraba la mano izquierda.

—¡Pues claro, *rediós!*

Y, sonriendo ampliamente, continuó:

—Es más... Al principio los tomamos por artistas ambulantes. Hay que decir que es Nacavant quien nos

lo había soplado, al pasar la barrera; y, como suele venir de allí a esperar el paso de los contrabandistas que van a Fontaines, pues nos pareció de lo más natural...

—Y luego, ¿qué te parece que vienen a avisarnos, al volver a comisaría, de que han matado a un agente de policía...? Imagínese la cara que habremos puesto, pues acabábamos de pasar por la estación hacía menos de un cuarto de hora. ¡Me cago en todo!, me he dicho. Será posible... Lo demás ya os lo sabéis: telégrafo por aquí, telégrafo por allá... toda la comarca de arriba abajo... Mira que hemos tragado kilómetros esta mañana... Y el barro, la lluvia, pista arriba, pista abajo... No, lo digo en serio, otro día como este y dimito.

Cuando este «protestón» hubo terminado de hablar, quise alimentar la conversación para saber qué crédito había que conceder a la noticia de la detención de mis compañeros; pero me lo impidió la llegada de... de... ¿Lo adivináis? De Mas, Mas el chivato, Mas el cazuela, Mas el policía aficionado.

Plantado en medio de la habitación, sin su careta de deportista y la mirada rezumando falsedad y estupidez, dijo, riendo:

—¡No me has reconocido en el coche, je, je, je! ¡Pero yo sí que te he reconocido a ti, je, je, je!

Reconocí al momento al paquete de carne con que me había cruzado al salir de la estación.

—¿Cómo tiene la jeta de jactarse de haberme denunciado? —le dije, mirándolo de arriba abajo con desprecio.

Si hubiera tenido las manos libres, no hay duda de que le habría saltado encima para aplastarlo como a una uva; pero estaba esposado...

—¡Esfúmate! —le grité encolerizado—. ¡Me das náuseas de puro asco, escoria...!

Estaba tan alterado que los gendarmes le obligaron a largarse empujándolo un poco, por miedo a que yo intentara abalanzarme sobre él.

—Cálmese —me dijo un gendarme—. Yo estoy de acuerdo con usted. Es un cabrón. Cuando uno es gendarme no se ocupa de estas cosas, ¿eh?

Está claro que este orgulloso apresador no se creía ni una palabra de lo que acababa de decirme; su lenguaje solo se debía al miedo de haberme visto sobresaltado.

No bien había salido mi delator cuando le tocó entrar al patrón del hostal a identificarme.

—Es él —le dijo a uno de los gendarmes, mientras me miraba y se reía.

Y, dirigiéndose a mí:

—Usted es el que ha pagado las consumiciones con una moneda de oro de diez francos, ¿no?

Le clavé la mirada sin responder.

—Está deseando que le caigan cosas así todos los días —dijo con una risa el gendarme protestón—. ¡Lleva toda la mañana sacando dinero...! ¡Venga, bribón! Dime que no es así —añadió, amagando palmearle la tripa.

—Seguro que si todos los días fueran siempre como este, no me faltaría mucho para dejarme de vinos —dijo el figonero con sarcasmo.

Y pensé entonces en la frase de Montaigne: «La felicidad de unos no está hecha más que de la desgracia de otros».

De repente, como abejas molestadas en su panal, los mirones se revolvieron zumbando. Los accesos de la puerta acristalada, donde se apretaban los curiosos que velaban para verme, se iluminaron poco a poco, a medida que la multitud se apartaba desde el otro lado de la vía.

Llegaba Pélissard.

—Bueno, pequeños. Me esperaba algo así —dijo Bola de Sebo, que acababa de entrar, arrastrándose más jadeante que nunca, hablando para sus adentros.

—¡Vamos, fuera! Vosotros —añadió, dirigiéndose a sus hombres—, aprovechemos este movimiento. Establezcan un cordón ante esta puerta, y no les dejen acercarse más.

Y dirigiéndose a mí:

—A ver, joven. Mire un poco a la cara de su amigo —y, con un gesto, me señaló a Pélissard, rodeado por la muchedumbre.

—Es un loco, no lo conozco. Han hecho ustedes una pifia.

Los gendarmes se guiñaron un ojo, como para decir: «¡Anda ya!».

Bola de Sebo, convocado por el capitán, salió al instante sin decir una palabra.

El estruendo causado por esta llegada era ensordecedor. Aproveché el momento de curiosidad de la gente para preguntar si Tour acompañaba realmente a Pélissard.

—¿A cuántos han detenido? —le pregunté a un gendarme.

—Solo a uno. Pero es cuestión de horas para el otro. Hemos rodeado el bosque en el que se ha refugiado.

El bosque estaba tan bien rodeado que Tour logró salir de él y caminar hasta Beauvais, adonde llegó dos días después, con las ropas desgarradas por las zarzas y las espinas de la espesura en que se había escondido, y medio muerto de hambre.

Realizar ese trayecto sin tomar descanso ni bocado fue, como se puede imaginar, una verdadera prueba. En esa ciudad, después de reponerse, fue a comprar un sombrero flexible así como una blusa blanca, una escoba de crin y un pichel de agua; después, provisto de ese disfraz de ama de casa, cogió el tren hasta Creil, y de Creil a La Chapelle-Marcadet.

De allí, se presentó en mi domicilio, en la rue Leibniz, donde, desgraciadamente para él... y para otros, se había instalado una ratonera.

Gracias a la forma sospechosa en que estaba redactado el telegrama que me había dirigido Tour desde Abbeville, y tras cuya recepción fui a unirme con él, el juez Hatté descubrió mi domicilio tres días después de mi detención, y avisó al momento a la policía parisina.

Como puede verse, a pesar de todos los laureles que el mediocre Hamard[12] se hizo lanzar por parte de la prensa parisina, la detención de Tour no fue en absoluto obra suya. En esto fue lo que ha sido y seguirá siendo siempre: un lacayo, un mediocre lacayo.

---

12 Jefe de la Seguridad parisina que quiso atribuirse todo el mérito del desmantelamiento de los «trabajadores de la noche», debido, en realidad, a un cúmulo de circunstancias y a la indiscreción de lejanos comparsas de Jacob.

—¿Así que solo somos dos? Yo y este señor que no conozco —le dije al gendarme que me agarraba la mano derecha.

—Sí. Dos...

—¡Venga, vosotros! Preparaos. Vamos a marcharnos —dijo Bola de Sebo, que acababa de recibir las órdenes del capitán—. ¡Abrid los ojos, demonios! ¿Qué esperáis, eh? —añadió con voz temblona.

En seguida mis muñecas se cubrieron de unos adornos de acero cuya solidez superaba con mucho su elegancia.

Pocos minutos después de que el tren se detuvo en la estación escoltado por los gendarmes y seguido por la multitud, fui a tomar asiento en un compartimento de segunda clase. Los gendarmes se quedaron mudos, pero la muchedumbre me abucheó con fuerza: «¡Eh! ¡Oh! ¡A muerte! ¡Canalla! ¡Bandido! ¡Asesino!».

Cuando se puso en marcha el tren, el clamor público redobló en intensidad. La cazalla comenzaba a producir sus perniciosos efectos. Veinte minutos después, llegábamos a la estación de Abbeville.

Salimos de Pont-Rémy a la penumbra crepuscular, para llegar a Abbeville rodeados por una noche cerrada y brumosa.

Como en Pont-Rémy, la muchedumbre había invadido popularmente la estación y sus contornos. Los

andenes se veían negros por la multitud. Al pasar ante una hilera de curiosos, para presentarme en la oficina del jefe de estación, los gritos, los alaridos y las invectivas surgieron como proyectiles que hubieran permanecido retenidos demasiado tiempo y que de pronto hubiera impulsado un resorte. Competían a ver quién gritaba más y más fuerte. ¡Qué cacofonía, amigos!

—Desde las fiestas de Courbet —dijo un viejo empleado de la Compañía en el momento en que entré en la oficina del jefe de estación— no había visto nada igual.

—Sí, pero la actitud de la población no era la misma —le dijo uno de sus colegas meneando la cabeza.

—¡Y que lo digas! —exclamó el viejo.

Y, en tanto que me sentaba en una silla, sujetado y rodeado por los gendarmes, pensaba en las reflexiones de los dos empleados, comparando mis actos a los de Courbet.[13]

Durante los dos años que duró la campaña de China (1883-1885), Courbet se las ingenió para ordenar la muerte de varios miles de pobres diablos que no le habían hecho nada; quizá mató a algunos él mismo.

---

13 Gobernador de Nueva Caledonia (1880-1882) y más tarde comandante de la escuadra de Indochina (1883) y «conquistador» de Tonkín.

Los actos de crueldad que cometieron las tropas francesas en aquella gloriosa expedición son imposibles de describir. Mujeres, ancianos y niños fueron implacablemente pasados por la espada o ametrallados por las máquinas de guerra.

El fuego redujo varias ciudades a un amasijo de ruinas y cenizas. Soldados y oficiales, después de revolcarse en orgías de asesinatos delirantes, llenaron sus sacos y valijas de oro, plata y piedras preciosas. Pues bien: las fiestas que tuvieron lugar en Abbeville no fueron más que la apología de dichos actos; de tal modo que, cuando el pueblo gritaba: «¡Viva Courbet! ¡Viva Francia!», quería decir: viva el robo, viva el pillaje, viva la violación, viva el incendio, viva el asesinato. Este es, me parece, un razonamiento de una lógica indiscutible. Por otro lado, suponiendo que Courbet hubiera vivido más tiempo y que, algunos meses tras su regreso de China, el pueblo se hubiera sublevado, él habría hecho fusilar, degollar y ametrallar también a los obreros franceses, como acababa de hacer con los obreros chinos. Lo propio del militar es matar, matar más, matar siempre. Como suele repetirse a menudo, el ejército no es otra cosa que la escuela del crimen. En el taller se aprende el ajuste, la cerrajería, zapatería, costura; en la fábrica, el arte de tejer, de fundir, de forjar; en la obra, a mampostear, a medir, a nivelar; en

los campos, en fin, a labrar, sembrar, segar, recolectar, vendimiar: en todos los lugares se aprende a trabajar, a producir, a volverse útil, pero en el cuartel solo se aprende a asesinar.

Así, Courbet era un jefe de bandidos y de asesinos. De esto no puede haber ni sombra de duda para quien sepa leer: los diarios de la época están ahí para confirmar mis palabras. Sin embargo, en 1885, el pueblo de Francia en general y sobre todo los abbevilleses se desgañitaron gritando: «¡Viva Courbet! ¡Viva la expedición de China!».

Dieciocho años más tarde, en 1903, tres rebeldes tratan de allanar una propiedad. Después de ser molestados, se retiran. Dos perros guardianes al servicio del propietario corren tras ellos. Los enemigos se encuentran, luchan y los rebeldes matan a los agentes. Perseguidos una vez más, dos son detenidos y, a su paso, la multitud no para de gritar: «¡A muerte! ¡A la guillotina...!».

Cómo explicar este ilogismo sino por la miseria, la ignorancia de los pobres y la ferocidad y el egoísmo de los ricos: cabezas huecas por un lado y corazones endurecidos por el otro. Y entonces, hay que decirlo, aquel día la efervescencia de la muchedumbre tenía otro motivo más. Desde las ocho de la mañana, hora en que toda la población abbevillesa tuvo conocimien-

to del drama, todas estas personas trasegaban a cual más. Así es como me hice una idea de la cosa.

La noticia llega como un reguero de pólvora: después se extiende como una mancha de aceite, crece, se desparrama. Aquí y allá se forman grupos: charlan, comentan, discuten; es el asunto del día, y la misma palabra está en boca de todos: el crimen de Pont-Rémy. Al hablar entra sed: así que a beber...

A las diez de la mañana una falsa noticia anuncia nuestra detención. ¡Qué alegría! Es un delirio: podrán ver al asesino. Y al momento, Paul sale de la fábrica, Pierre del taller...

—Los traerán en coche, por la carretera —dice Pierre.

—No —responde otro—. Los trasladarán en tren.

Y, dividida entre estas dos opiniones, la multitud se separa en dos partes. Una va a los alrededores de la estación; la otra, a los confines de Abbeville, junto a la carretera, a tiro del tabernero.

Durante la espera, las lenguas siguen su curso y los gaznates se secan: a beber otra vez...

A mediodía, llega por la carretera un ciclista embarrado hasta las orejas y anuncia la noticia de mi detención.

—¿Esta vez es verdad? —pregunta un incrédulo.

—¡Que si es verdad! Lo he visto yo mismo, como te veo a ti.

—¡Bueno! Pronto llegará.

Y todos repiten a coro:

—Pronto llegará.

—¿Qué, François? ¿Echamos otro trago mientras esperamos...? Yo tengo sed, ¿y tú?

—¡Me has quitado las palabras de la boca, amigo!

Y los dos, codo con codo, se ponen a trasegar. Casi todos los imitan. Las tabernas se llenan.

Un momento después, entra una mujer, con dos críos colgados del delantal.

—¡Vaya! ¡François! ¿No te da vergüenza beberte el dinero? Qué comeremos luego...

El obrero, ya achispado, casi titubeando, dice:

—¡Vente a trincar con nosotros, eh! ¡Mala pécora!

Sumisa, casi contenta, la pécora, con las fosas nasales dilatadas por los pestilentes vapores de los licores, entra, se hace servir y, de un trago engulle el veneno...

Diez minutos después, los dos chiquillos sienten la misma necesidad:

—¡Mamá! ¡Tengo hambre! —imploran al unísono.

—¡Callaos, leches! No se puede estar comiendo a todas horas. ¡Que no somos ministros! ¿Pan? Ya tendréis a la noche.

Sí, a la noche... si queda dinero.

Luego, con más dulzura, besando a los dos:

—Venga, id a jugar con los demás, vamos.

Pronto, ligeros como dos gorriones a los que se les ha abierto la jaula, parten rápidos, abriéndose paso a través del bosque de piernas de los consumidores, para ir a pasar la tarde revolcándose sobre el barro de la calle o retozando en la hierba de los solares, con el estómago vacío, jugando, riendo, peleándose, enrabietándose a veces con otros pobres críos tan desgraciados como ellos.

Durante este tiempo, en la estación se parlotea muchísimo.

—¿Cómo es que le ha matado? —inquiere uno.

—Con un puñal —le responde el vecino.

—No; no es verdad —exclama otro, sentado en la mesa más allá, que ha oído la conversación—. Ha sido con un revólver.

—¿Estás seguro...? Vamos a ver, ¿quién te lo ha dicho? ¿Lo has visto tú? —replica el bebedor al que han llevado la contraria.

En el fondo del café, en otra mesa, otra conversación.

—Pruvost era un capullo que os sacudía como a un perro; ¡vamos, un capullo, una bestia! Pero es una

pena para su mujer y sus chiquillos —dice un parisino, desanimado y casado en Abbeville.

—No tanta pena, porque esto le valdrá una pensión —le replica el vecino de delante—. Mira... ¿te acuerdas de nuestro compañero, el gran Charlot, que voló por la explosión de grisú en la mina, allá, en el Pas-de-Calais? Pues bueno, ¿qué les han dado a su mujer y a sus cinco churumbeles...?

—Una mierda... nada. ¡Y eso es lo que me pone malo, joder! Hay que ser de la policía para que te paguen el cadáver... Pero vamos a ver, ¿quién te ha dicho a ti que les van a dar una pensión?

—Parece que lo ha prometido Bignon.

—¿Bignon? ¿Bignon...? Me río yo de Bignon. Otro tipejo que tenemos por alcalde. ¡Vaya, hombre! ¡Qué cabrón! Si su mujer se pone a esperar su dinero, ella y los críos van a tener tiempo de morirse de angustia.

—Pero no te digo su dinero. Va a pagarlo el concejo municipal.

—¡Pues explícate, bobo!

Lentamente, como a regañadientes, dan las cinco en el reloj de la fonda. A la última campanada, entra un obrero de aire sombrío gritando:

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

De inmediato, en desorden, las mesas se vacían y todos se apresuran hacia la carretera, chocando y empujándose para salir antes.

¡Falsa alarma! Es un agricultor en un carro que viene de Pont-Rémy. Cuando está a cien metros, no se vislumbran ni gendarme ni preso:

—¿Qué nos estás contando? ¡Serás...! —le gritan de todas partes al portador de la noticia.

Él sigue callado...

Una vez ante la fonda, el agricultor detiene un instante el caballo y se dirige a los que conoce:

—A estas horas ya hay dos detenidos.

—¿Los van a traer pronto? —le preguntan de un lado y de otro.

—En una hora, por lo que me ha dicho un gendarme.

Y se repite de boca en boca: «Un gendarme ha dicho que en una hora». «¡Bueno!», añaden, «esperemos». Entonces, como corderos, todos regresan a su sitio, unos a la mesa, otros ante los vasos vacíos, golpeando:

—¡Eh! ¡Docheux! Ponme otro vino...

Misma escena en los contornos de la estación.

Beben... y beben...

Por la noche, los de la carretera, los de la ciudad... todos, avisados de mi llegada en tren, vinieron en seguida a aumentar el número de los que estaban en la estación. Más tarde, después de la salida de las fábricas y los talleres, todos los que habían estado trabajando vinieron a engrosar el tumulto popular. Y, con paciencia de santo, toda esa gente esperó a que nos llevaran a la prisión, lo que no sucedió hasta las nueve y media.

Durante esa espera seguían bebiendo... siempre bebiendo. Los vasos se vaciaban, las cabezas se recalentaban, la razón huía... los taberneros y el Estado se enriquecían y, en fin, de vez en cuando, como una máquina demasiado llena de vapor que abre su válvula de seguridad, la multitud gritaba: «¡A muerte! ¡A la guillotina...!».

Mientras reflexionaba acerca del contraste de las recepciones y de sus causas, lie un cigarrillo y, al ver que Pélissard no fumaba, le dije:

—¿Quiere hacer como yo? —le dije.

—De buena gana —me respondió, cogiendo el tabaco que le ofrecía.

En el momento en que me lo devolvía, la puerta se abrió de par en par para dejar que entrase un hombrecillo. ¡Era el sustituto del fiscal de la República!

Vino directo en mi dirección, se plantó ante mí, me miró insolentemente, con el sombrero puesto, la mano tras la pelliza, la cabeza de tres cuartos en una actitud napoleónica, y, como yo seguía cubierto:

—Ante mí hay que descubrirse —me dijo con énfasis.

Le miré de hito en hito con desprecio y repliqué, encogiéndome de hombros:

—Yo no me descubro.

—Insolente.

—Menos que usted.

Se alzó en toda su altura, es decir, algunos centímetros, y descargó sobre mí una mirada fulminante capaz de intimidar a un mamut; pero debió de fallar porque no hice ni un gesto.

Se fue.

¡Qué pena había dado! «¡Ante mí hay que descubrirse!» *Pécaïre!*

La mayor parte de las veces es gente nacida allá, muy lejos, en un rincón del campo. Papá y mamá han dado toda su sangre para enviarlo a estudiar leyes en alguna facultad, a fin de que su «pequeñín» sea algún día un señor. A falta de inteligencia, es testarudo, y así saca su matrícula para el título.

Un buen día, el mejor de su vida, puesto que es el resultado de todos sus sacrificios, los pobres viejos reciben un número de *L'Officiel* en que el nombre de su pequeñín, subrayado y enmarcado a bombo y platillo entre líneas de lápiz azul y rojo, está escrito con todas las letras en la columna reservada para los movimientos de la judicatura.

¡Victoria! Gracias al sistema jerárquico, a un enchufe, nombran a su hijo sustituto en algún estrado de tercera clase. ¡Por fin! Su deseo más ferviente se hace realidad: su retoño es un señor.

Sí, un señor; pero un señor más desgraciado que muchos obreros y campesinos.

Defiende al rico, demanda al pobre; llena las cárceles y las penitenciarías y espera hacer cortar cabezas; y como premio a este trabajo sucio, recibe un hueso para roerlo: algunos cientos de francos al año; pero es un señor.

Cuando aquellos a los que defiende con su verbo hacen una fiesta o dan una velada, él recibe una carta de invitación. ¡Cómo no, tan buen servidor! Pero no puede acudir por no tener una camisa, un sombrero o un abrigo: es de los que llevan una pelliza pero que no tienen calcetines; no importa, es un señor.

Pero lo peor es que de tanto oírlo, acaba creyéndoselo: posa como hombre superior. Está tan enso-

berbecido con esta idea, tan acostumbrado a encontrar resignación y apatía entre sus víctimas, que el día en que encuentra un hombre que le resiste, ¡lo llama «insolente»!

¡Qué pobre diablo!

Canache, diputado, y Ternois, abogado, que precisamente se hallaban de paso en la estación, procedentes de Amiens, donde acababan de asistir a la sesión del consejo general al que pertenecían, estaban presentes en esta escena.

Intercambiaron una sonrisa. Curioso como todos los de su profesión, el abogado preguntó a uno de los gendarmes que vigilaban a Pélissard si habíamos confesado.

Mi compañero, que oyó esas palabras, le dijo:

—No puedo confesar, ya que no he sido yo. Ni siquiera conozco a este señor —añadió, señalándome con la mano.

—Basta, basta —exclamó el cabo de la gendarmería que lideraba la escolta—. No le han preguntado si se conocen o no. Fumen, pero no hablen de eso.

Y dirigiéndose al señor Ternois:

—Fuera bromas, ¿eh? No tienen que hablarse, no sea que se entiendan como dos timadores de feria —dijo con una risa—. Vea... diríjase a este —añadió

señalándome con el dedo—; ¡él le responderá, venga! Palabra de honor que, desde la mañana, está siendo peor que una cotorra. Las suelta gordas; es un anarquista.

Entonces, tras una pausa:

—Ustedes se entienden.

El señor Ternois representa el partido avanzado en Abbeville. Excelente corazón, muy servicial, es muy popular en la ciudad. La mayoría de los obreros a los que uno puede abordar responderán con convicción: «¡Qué gran tipo! Los ricos no tienen nada que hacer con él. Es un revolucionario».

En realidad, él también rico, Ternois no preocupa demasiado a las clases pudientes. Es un radical-socialista, muy mitigado por el deschanelismo:[14] nada de revolución. Todo mediante el sistema de sociedades mutuas. Paciencia, resignación; pero nada de revuelta. Tal era, en sustancia, el programa político de ese sedicente Marat de la Picardía. Esta idea suya de lo

---

14 Paul Deschanel (1855-1922), presidente de la Cámara de Diputados de 1898 a 1902, y después de 1912 a 1920, será elegido por la Cámara «azul horizonte» (derecha) como presidente de la República frente a Clemenceau en febrero de 1920. Enfermo de una depresión, tuvo que dimitir el mes de septiembre siguiente. Como político grotesco, será para las generaciones de preguerra el presidente que cayó del tren en plena noche.

que es el pueblo explica suficientemente las últimas palabras del cabo: «Ustedes se entienden».

En efecto, quizá no sabía la razón que llevaba. Nos entendimos tan bien que lo nombraron de oficio para asistirme en la instrucción: misión que cumplió con mucho talento, devoción y amabilidad.

Por otro lado, el cabo no se hallaba lejos de la verdad al compararme con una cotorra para dar a entender que yo hablaba mucho. Durante toda la tarde había mostrado una locuacidad extrema. Estaba sufriendo una de esas crisis en que el hombre que ha sido obligado a usar artimañas y llevar una máscara durante varios años de su vida para rebelarse, siente la necesidad de expresar sus cóleras y justificar sus revueltas, mostrándose con su verdadero rostro. Sin embargo, estaba extenuado, casi muerto de fatiga; fatiga que por otra parte no sentía. Hablaba... y hablaba.

Lo mismo sucedió durante todo el tiempo que permanecí en la oficina del jefe de estación. Respondí a las preguntas que me hacían con una facilidad de elocución que no conocía en mí.

Por segunda vez en el día, por lo menos, expliqué la causa determinante de mi acto de Pont-Rémy.

—¡Vaya! —me interrumpió el abogado—, ya he oído más veces esa teoría en los tribunales: un tal

Duval, si recuerdo bien —añadió después de unos segundos de reflexión.

—Pero, ya que acaba de cometer un robo —me dijo el diputado—, era natural que los agentes le detuvieran.

—Lo natural no tiene nada que ver con el asunto —le dije—. Diga más bien su beneficio.

—Han obedecido la ley.

—De acuerdo; pero para ellos la ley es un beneficio.

—No; es un deber; deber para todos los ciudadanos, por otra parte.

—¡Eso no son más que palabras!

—¿Cómo, palabras?

—Sí... palabras... palabras llenas de sofismas —añadí, encogiéndome de hombros—. Si los animales tuvieran habla, oiríamos al asno hablar de paja, al caballo de avena, al cerdo de patata con la misma legitimidad, por la misma razón, mejor dicho, que el militar habla de órdenes para matar, el cura de religión para engañar, el carcelero de reglamento para torturar, el policía y el juez de ley: uno para detener, el otro para condenar. Y unos y otros viven y se escudan en ello. El que vive de las rentas, el propietario, el comerciante, el industrial, cualquier capitalista, en fin, habla también de ley, para robar.

»Que este puñado de granujas amen y bendigan la ley; que se llenen la boca con énfasis y beatitud, se explica, como es normal en esta sociedad podrida de ustedes, ya que la ley está hecha por ellos y para ellos. Es el comedero de unos y el escudo de otros».

—¡Error! —me interrumpió el señor Canache—. La igualdad sirve al principio de la ley. ¿Que un rico llega a cometer un delito o un crimen? Será castigado igual que un pobre...

—¡Qué risa me da! «Que un rico llega a cometer un delito». Pero, señor —le respondí—, los ricos no tienen que cometer delitos ni crímenes, ya que roban y matan con el respaldo de las leyes, legalmente. No roban, ellos comercian y especulan; no tienen que defender su libertad contra la agresión de los agentes del poder, puesto que son el poder, y sus lacayos los protegen en lugar de atacarlos. No matan a dos agentes de policía, exterminan patrióticamente a miles de proletarios. Así que la ley no afecta al rico, pues su fortuna la domina. Ser rico es ser honrado...

—Es cierto que los ricos no tienen mucho mérito en ser virtuosos... —dijo Ternois.

—¡Dice usted que la ley tiene la igualdad por principio! —proseguí, dirigiéndome al diputado—. Pues, señor, ahí están los hechos para desmentirlo. Por ejemplo: un timador de guante blanco y con todas las de la ley, un financiero para llamarlo por su nombre,

arruina a mil padres de familia desvalijando sus modestas economías. Pero es listo y, sobre todo, ¡no lo olvidemos!, honrado: en lugar de declararse en quiebra, liquida en las formas previstas por la ley y se embolsa un millón. Es un hombre honrado.

»Un pobre diablo que, empujado por la necesidad, comete un acto de rebeldía, hurtándole diez francos a un rico, con circunstancias agravantes, es condenado a trabajos forzados, al presidio. Es un bandido. Para uno los placeres, la riqueza y el poder. Para el otro el sufrimiento, la miseria y la infamia. Es más, el hombre honrado puede ser nombrado jurado y enviar al presidio al bandido. ¡Bonita justicia! ¡Oh igualdad de las igualdades!».

—Vamos a ver: pese a todo hacen falta leyes —me interrumpió Callet, que aún no había dicho nada hasta ese momento—. Sin leyes no hay sociedad posible.

—¡Sí! Una sociedad como la suya, compuesta de tunantes y de imbéciles: comparto su opinión. Como acabo de decirle, comprendo que unos necesiten la ley para oprimir a los demás. La ley es su salvaguarda. Pero para mí, que no soy ni amo ni lacayo, ni timador ni timado, sino un rebelde que sabe ver claro en medio de los tenebrosos engranajes de su sociedad, para mí, digo, la ley no es más que una plaga, un cólera;

y, lejos de respetarla, la combato como se combate la peste, o como se combate el cólera: por todos los medios, incluidos los más violentos.

—Por desgracia, eso es lo que ha hecho usted... —me dijo Callet mientras se atusaba los bigotes—. Digo por desgracia por sus víctimas —prosiguió al instante, mientras acompasaba cada palabra y acompañando su frase con un movimiento del dedo, como un director de orquesta sin batuta.

—Esos a los que usted llama mis víctimas no tenían más que haberse abstenido de atacarme. Como defensores de la propiedad, perros guardianes de los ricos, vinieron tras mis pasos y, para defenderme, tuve que matarlos. Mala suerte para ellos. Son unos imbéciles.

Un «¡Oh!» de indignación escapó de la mayoría de aquellos labios honrados, como diciendo: «¡Qué monstruo!».

—Diga héroes —me replicó el diputado—. Detener a un hombre de su calaña no es imbecilidad sino heroísmo.

—Diga más bien asinismo.

—¿Cómo?

—Asinismo —repetí, enfatizando cada sílaba.

Como se me había apagado el cigarrillo, me levanté y fui hacia Ternois para rogarle que me diera

fuego. Después, una vez encendido de nuevo, volví a mi asiento y continué:

—Se diría que este neologismo metafórico parece sorprenderles.

—En efecto: no creo que esa palabra sea francesa —me dijo el abogado con una sonrisa.

—Gramaticalmente, tal vez, pero psicológicamente, les garantizo que se conforma al espíritu francés. Esta es su explicación, por lo demás. En la región que me vio nacer, en la Provenza, durante las fiestas que se organizan en las villas, aldeas, villorrios e incluso en los suburbios de las grandes ciudades, los habitantes tienen costumbre de dedicarse a una especie de juego llamado carrera de los asnos. Ustedes sabrán como yo, supongo, lo que es una carrera de este tipo —todo el mundo inclinó la cabeza en señal de asentimiento—. Entonces es inútil que me explaye en este sentido. No sé si los asnos de sus regiones —suponiendo que los haya— son tan recalcitrantes como los de Provenza pero, *¡bagasse!*, les ruego que crean que estos muestran a veces poca buena voluntad de participar en el juego. ¿Qué quieren? Cada cual tiene sus gustos: no son deportistas, prefieren comer hierba. Así, conociendo su pasión, se imaginó un medio excelente de hacerles actuar a la fuerza. Cuando hay carrera, el chaval o el muchacho que monta el asno se

arma con un bastón bastante largo, con un bramante atado a la punta, cuya extremidad es una gran zanahoria o un puñado de hierba. Ya van comprendiendo. A la señal de salida, el jinete tiene su cebo ante la nariz del testarudo animal y, al momento, rápido como una flecha, cual pollino maestro, corre y corre... como no ha corrido nunca, con la esperanza de alcanzar la zanahoria o el manojo de hierba...

»Pues bien, todos los servidores de los burgueses —proseguí tras aspirar algunas bocanadas del cigarrillo— actúan de igual modo que este asno. Los amos son sus jinetes, y la jubilación que les prometen les vale de cebo, de zanahoria, de manojo de hierba. Al regalar sus ojos con la visión de una jubilación, que no disfrutan nada o casi nada las ocho décimas partes, los pobres se convierten en verdugos de los pobres, al servir de lacayos de los ricos.

»Usted habla de heroísmo con muy poco fundamento —dije dirigiéndome directamente a Canache—. ¿Qué se dice cuando ocurre que un asno se rompe una pata corriendo, o muere de insolación? ¿Se llama a eso heroísmo? No, que yo sepa. En todo caso, confiese que sería risible; y no lo es menos para mí oírles decir eso por dos criados suyos que han encontrado la muerte en su carrera hacia la jubilación...».

Me interrumpió la llegada del capitán de gendarmería. Venía en busca de Pélissard para llevarlo ante el juez de instrucción.

Apuesto, correcto y elegante, ese capitán de gendarmería. Con su corsé de diábolo, se diría que era un 8; pero un 8 con botas, se entiende.

¡Ah, qué botas...! Solo con pensar en ellas se me arruga la nariz...

—¿Así que no manifiesta usted ningún remordimiento? —me preguntó Challet cuando salieron mi compañero, cuatro gendarmes y su jefe.

—Ni el más mínimo. Además, ¿por qué tendría que arrepentirme?

—Usted ha matado...

—¡Vaya razón! —le interrumpí encogiéndome de hombros—. Y si no me hubiera defendido, ¿ellos me habrían perdonado? Es la lucha por la vida, qué diablos. Se lo repito por centésima vez, porque me han agredido...

»Pero bueno —seguí tras una breve pausa—. Para resumir la cuestión voy a servirme de un ejemplo, comparando a un hombre con una pulga...».

Apenas pronunciado el nombre del bicho, estalló una risa general.

—No hay de qué reírse —les dije a modo de paréntesis—, para la naturaleza una pulga tiene el mismo valor que un hombre.

—Por supuesto —apoyó el abogado.

—Supongamos un instante —proseguí en cuanto se calmaron las risas, y dirigiéndome a mi interlocutor— que una pulga acaba de posarse en una parte de su cuerpo para satisfacer sus necesidades, es decir, para nutrirse de algunos glóbulos de su sangre. ¿La dejaría usted cumplir con su función? Dígame...

—¡Claro que no! —me respondió el comisario de administración con una sonrisa.

—¿Entonces la mataría?

—Sin duda alguna.

—¡Perfecto...! Y...

—¿Y usted? ¿La dejaría usted satisfacer su apetito? —me interrumpió Canache.

—Por nada del mundo. Mataría a la pulga, como he matado a los agentes. Porque...

—Está usted de broma —me interrumpió Challet—. De matar una pulga a matar un hombre hay un trecho...

—Para mí, no hay ninguna diferencia cuando el hombre me habla en el mismo lenguaje que la pulga. Para que yo viva, tengo que beber una ínfima parte de tu sangre, me dice el insecto. Y el hombre me dice del mismo modo: para que yo coma, tienes que de-

jarte arrestar. Para que yo viva, tengo que confiscarte la libertad. Usted juzga muy sencillo y natural que yo mate al insecto que, en realidad, no me causa más que un insignificante perjuicio, ¡y le parece un crimen que haya matado a dos hombres que querían arrebatarme la libertad! ¡La vida!

»Sin embargo, si seguimos desarrollando la lógica de este simple razonamiento, resulta que la pulga no sabe hacer otra cosa que chupar sangre. Esa es la función que le ha designado la naturaleza y a la cual no puede sustraerse, so pena de muerte. ¿Pero el hombre ha nacido para arrestar al hombre? ¿Es esa la función natural del hombre, oprimir al hombre? ¿Quién osaría responder: sí? La naturaleza nos ha creado a todos iguales, con gustos, caracteres y necesidades distintas, estoy de acuerdo; pero con los mismos derechos. Por lo tanto, concluyo que todo oprimido tiene derecho de matar a su opresor. Es lo que he hecho».

—¡Qué moral! —exclamó el diputado.

—¡Buena la ha hecho usted! —apoyó un gendarme.

—¡Ah, claro! ¡Me dirán que ustedes son ángeles! —grité, cruzándome los brazos sobre el pecho—. ¿Moral? Pero mi moral, si es que hay moral, no es sucia, hipócrita y feroz como la de ustedes. No conozco moral más ferozmente egoísta que esa que tiene

como divisa la máxima infame: «Cada cual para sí; cada cual a lo suyo»; ni más cruel que la que prescribe a los hombres devorarse entre sí como tiburones encerrados en una cuba. Menudas personas honradas que vierten lágrimas de cocodrilo porque he matado a dos de sus colegas —con la mano señalé a los gendarmes—, mientras que ellos, del simple gendarme al coronel, solo sueñan con guerras, batallas, carnicerías, epidemias, deseando que haya «brechas» en sus filas, para ocupar el lugar de los muertos, para avanzar, para medrar.

—Quizá haya que condecorarle a usted por haber matado a los agentes —insinuó con malicia un gendarme, al que mis palabras parecían haber afectado.

—¿Entonces el honrado eres tú? —me replicó otro.

—Gracias. No quiero ni discursos ni medallas. Los oropeles, por muy concretos o abstractos que sean, siempre me han disgustado —respondí mientras miraba al abogado y al diputado, pues mis guardianes seguramente no me entendieron.

—¡Da igual! Por suerte no hay muchos hombres de su especie —me dijo con desprecio el cabo.

—¡Infeliz! ¿Qué dice usted? —exclamé irónicamente. ¿Se da cuenta del alcance de sus palabras? ¿No sabe que al decir eso está apostando por pasar hambre? Todos ustedes, gendarmes, abogados, legisladores, car-

celeros, policías, magistrados, húsares, etc.; todos ustedes, que yo sitúo entre las «gaviotas», insectos parásitos como el gusano blanco; todos ustedes, que no pueden subsistir si no es en una sociedad en que los delitos y los crímenes son fatales, ¿olvidan que sin bandidos como yo, las personas honradas como ustedes no podrían vivir? ¡Qué calamidad para ustedes, oh honrados, si una noche todos los que llaman malhechores les hicieran la broma de volverse honrados! ¡Qué horrible despertar! Cuántos gritos y lamentos: «Adiós mi jubilación, adiós mis emolumentos, adiós mi medalla», dirían unos. «Adiós mi clientela, adiós mis honorarios», dirían otros. Sería peor, ya lo creo, que la desaparición de las sardinas de las costas de Bretaña...

—¡Paradojas! —murmuró el diputado.

—Su exageración es la causa de su error —me dijo el abogado—. Si somos jueces, si somos abogados, si somos gendarmes, es porque hay malhechores; pero si los malhechores llegaran a desaparecer, no sufriríamos por ello; por el contrario, estaríamos muy contentos. Es lo único que deseamos, de hecho...

—Es a lo que tienden todos mis esfuerzos —aprobó el diputado.

—¿En serio? —exclamé— Me dejan sorprendido, pues solo usted puede verlos coronados por el éxito.

—¿Y cómo? —preguntó Canache.

—Pues muy sencillo; suprimiendo la causa de esos crímenes y delitos: la propiedad privada. ¿Quiénes son los delincuentes y los malhechores? Los que no poseen nada. ¿Quiénes son los demandantes, los honrados? Los que lo poseen todo. Supongan un banquete de diez hombres, dos de los cuales acaparan todas las viandas; está claro que los otros ocho, obligados por el hambre, la más acuciante de las necesidades, les harán la guerra a los dos ladrones para tener su parte de comida. Lo mismo sucede con el banquete de la vida, en el que unos lo tienen todo y los demás, nada. Así que es fatal, inevitable, que los expropiados hagan la guerra a los propietarios. Que los que poseen renuncien a sus propiedades, que, en realidad, solo son fruto del robo y de la usurpación, y la guerra social desaparecerá, como se apaga una lámpara que se queda sin aceite.

—Sí, comprendo. Usted es comunista. «Todo para todos. Uno para todos, todos para uno. Producir según sus fuerzas, consumir según sus necesidades...». Lo conozco tan bien como usted, vaya —me dijo el diputado.

—No lo dudo...

—Pero el comunismo es imposible. Es una utopía —prosiguió—. En todos los tiempos, en todas las épocas, ha habido soñadores y utopistas. Platón, Fenelón, el abate de Saint-Pierre; más recientemente,

Babeuf, Fourier, Cabet y tantos otros cuyos nombres no recuerdo. Pero eso no son más que ensoñaciones, teorías imaginarias cuya realización no es posible... Con eso no quiero decir que todo vaya bien, no, se necesitan reformas; pero de ahí a suprimir la propiedad, va mucho. La propiedad es la clave de bóveda sin la cual no podría subsistir ninguna sociedad: por lo tanto, es inexpugnable, por servirme de esta expresión.

—Me doy cuenta de que usted posee una gran confianza en la existencia de su sociedad. Le confieso que estoy lejos de compartir su opinión. A mi juicio, el comunismo no solo es realizable, sino que incluso su llegada es ineluctable. Por mucho que usted reglamente esto, decrete aquello, envenene a unos, les corte la cabeza a otros, y oponga todo tipo de obstáculos a la marcha de las ideas nuevas, no impedirá que germinen ni que se manifiesten. No puede pararse la marcha del progreso, como tampoco sería posible detener la rotación de la tierra o paralizar la gravitación de los astros.

»Lo que es cierto para la evolución de las cosas no lo es menos para la evolución de las ideas. Lejos de ofrecer la seguridad que usted le atribuye, su sociedad es caduca y agonizante. No podrá resistir al primer impacto. Usted se parece a esos aeronautas que, dispuestos a hundirse en medio del mar, sueltan de vez en cuando algunos sacos de lastre. El lastre de usted,

burgués, son las promesas falaces que les cuentan a sus víctimas: reformas, proyectos de ley, mejoras de esto, mejoras de aquello.

»Pero todo cansa, incluso las promesas; todo llega, incluso las revoluciones. El pueblo se instruye a diario; llegará un momento en que, harto de ser engañado, timado, robado, querrá hacerse dueño de sus asuntos, y les dirá a ustedes como la canción:

Pero, mi general, creo que eres marsellés,
Y vemos que esto un timo solo es.

»¿Ese día está cerca o lejos? No lo sé, y me preocupa poco: he hecho mi revolución. Pero, hagan lo que hagan para retrasar su llegada, no podrán resistir a ella. Su sociedad está condenada a muerte. Los vicios son sus propios verdugos».

—¿Así, robando, pretende hacer su labor de revolucionario? —me preguntó Ternois.

—Exactamente.

Reflexionó unos segundos y prosiguió, sonriente:

—De hecho, según sus teorías esto no se sostiene. Pero por otro lado le pillo en contradicción flagrante con lo que ha dicho hace unos instantes... ¿sabe?, conozco un poco estas teorías...

—¿Respecto a qué? Dígame...

—Usted es ladrón, y al robar usted se rebela, muy bien. Pero se olvida de que un ladrón no trabaja, y que, por consecuencia lógica, es un parásito como el

burgués, ya que, al igual que él, consume sin producir. ¿Eh? ¿Qué responde a eso?

—Lo que ya he respondido a buen número de anarquistas que me han hecho la misma pregunta...

—¡Ah...! ¿Incluso anarquistas? ¡Vaya, vaya...! Como ve, conozco estas teorías... Pero perdone que le haya interrumpido. Continúe, se lo ruego, estoy impaciente por oírle —me dijo, a medias amable y a medias irónico.

—¿Que burgueses y ladrones consumen sin producir? Eso es verdad; pero lo importante es saber distinguir cómo y sobre quién consume cada uno de ellos. El burgués consume desvalijando el trabajo, es decir, a los obreros, mientras que el ladrón consume lanzando asaltos contra el capital, es decir, los burgueses. El primero roba millones, al calor de su hogar, con el apoyo y la protección de los gendarmes; el otro se rebela contra las leyes en empresas peligrosas, sigue pobre, y va a morir al presidio o en el cadalso. Así que no hay equivalencia entre ellos.

»Otra objeción. Burgueses y ladrones son dos parásitos porque no producen. También eso es verdad; pero aquí también hay que saber distinguir. El burgués es un parásito conservador; todas sus atenciones, sus deseos y sus aspiraciones tienden a un mismo fin: la conservación del edificio social que le hace vivir; en tanto que el ladrón es un parásito demoledor.

No se adapta a la sociedad; vive en su balcón y no baja de él más que para lanzar asaltos; no se hace cómplice ni víctima del parásito conservador yendo a pasar sus días en la fábrica o el taller, consolidando con los brazos lo que su cerebro quisiera destruir; no coopera ni ayuda de manera alguna al funcionamiento de la máquina social; al contrario, con cada uno de sus golpes roe, socava y destruye algunos de sus engranajes. Su papel no es construir en este entorno engangrenado sino demoler. No trabaja en beneficio de don Picarón o doña Picarona, sino para él y para la realización de un mundo mejor».

—Demoler... demoler; eso se dice fácil, ya lo creo; pero se trata de reconstruir. Y qué sociedad puede construirse con hombres como usted... ¡demoledores! —me dijo el diputado.

—Los malhechores, los bandidos, los demoledores como yo, señor —le respondí con altivez—, distan de ser unos ineptos; créame. Hoy utilizo todos los medios para demoler el edificio social porque apesta de sus cánceres e inmundicias, y porque indigna con sus injusticias y sus crueldades; pero que se haga un mundo mejor conforme a mis ideas y mañana, dirigiendo mi saber, mi inteligencia y mi talento hacia la construcción del nuevo estado de las cosas, pondré tanto ardor en construir como el que pongo hoy en demoler.

—Tengo una nueva objeción que hacerle —me dijo el abogado sin dejar de sonreír—. Acaba de decir que utiliza todos los medios. ¿Incluida la prostitución...?

—Sí, en efecto; su objeción no carece de fundamento. «Todos los medios me valen» es una frase, que, tomada al pie de la letra, sería indigna por sus resultados; pues por todos los medios puede entenderse el embuste, la delación, la traición y, en otro orden de ideas, la estafa, la prostitución, etc. Así, a fin de que no haya equívoco diré: utilizo todos los medios que no repugnan a mi carácter ni a mis gustos. Mi carácter es recto y mis gustos se vuelcan en todo lo que es bello, todo lo que es justo; de modo que rechazo tanto el embuste, la delación, la traición y la estafa así como la prostitución; pues, lejos de ser justa y bella, la prostitución es sucia y repugnante: es un hongo nacido en el estiércol de su sociedad.

Ante estas palabras la discusión llegó a su fin. Se abrió la puerta y el capitán de gendarmería llegó a ordenar a sus subordinados que me llevaran. Él iba en cabeza. No fuimos muy lejos, a algunos pasos de allí, a la oficina de Challet, creo. Era para hacer pasar un primer interrogatorio. Había allí reunida una banda de individuos de rostros siniestros y sospechosos. En un primer momento no me quedé muy tranquilo. Ol-

vidando que había sido registrado y que me habían quitado todo lo que poseía, por instinto me llevé las manos a los bolsillos. Al ver la elegancia y lo apañado de sus vestiduras, y su faz patibularia pero llena de salud, se adivinaba que esa gente alardeaba de vivir a costa de los trabajadores.

Eran: el fiscal, su perro el sustituto, el alcalde llamado Shylock, el juez de instrucción y su escribano, don tal y don cual; también un montón de criados como no podéis haceros una idea: gendarmes, polis, empleados de la estación, de la oficina, de la aduana, del ayuntamiento, de la subprefectura, e incluso de las pompas fúnebres. Unos sentados, otros de pie. Solo el juez de instrucción se paseaba, ante la mesa en que se sentaba su amable escribano, a grandes zancadas, como un hombre con cuarenta grados de fiebre. En cuanto se cerró la puerta a mi espalda:

—Tenga la bondad de decirme su estado civil —me dijo mientras seguía midiendo con sus pasos la oficina.

¡Fiebre! Ya lo creo...

Cierto que, habiendo sido fotografiado y medido en varias ciudades de Francia, incluso en el extranjero, estaba seguro de que iban a descubrir quién era yo pero, aun así, di el nombre falso que llevaba entonces para que ignorasen mi verdadero nombre durante

los días que durasen las investigaciones, a fin de poder tramar y ejecutar una evasión. Es la cosa más fácil en estas pequeñas prisiones de las subprefecturas, y ciertamente lo habría logrado si solo hubiera tenido que vérmelas con el guardián-jefe, ese Napoleón de la estupidez; pero el fiscal y el juez de instrucción se entrometieron y mi proyecto quedó en agua de borrajas.

—Escande, Georges, nacido en Sète, el..., etc. —le respondí detallándole mi seudoestado civil.

—Se le acusa de homicidio, intento de homicidio y robo con agravantes —siguió cuando el escribano hubo escrito mi respuesta—. ¿Qué tiene que responder? —añadió sin dejar de pasearse.

—Que tengo sed.

—No está respondiendo a la pregunta.

—Es posible; pero un vaso de leche o un cuenco de caldo me vendrían mucho mejor que todas las preguntas de usted.

—¿Quiere firmar? —prosiguió tras dictar palabra por palabra mi respuesta al escribano.

—No.

—Está bien.

Y casi al momento, salí acompañado de toda esa gente.

—¿Los jinetes están preparados? —inquirió el fiscal al capitán de gendarmería.

—Sí, señor. Solo esperan sus órdenes.

—Bien. Dispóngalos para partir.

Unos minutos más tarde oímos a los caballos caracoleando en el empedrado, en el exterior de la estación, y la multitud que gritaba y juraba contra la mediación de la policía. Había veinticuatro jinetes a caballo formando un cuadrado, es decir, seis a cada lado. El capitán de gendarmería, con la espada al viento, marchaba en cabeza, acompañado por varios suboficiales de caballería. Yo, Pélissard y toda la banda de criados que he nombrado antes, nos situamos en el centro del cuadrado a fin de ser protegidos contra las malas intenciones de la población. Fue en ese momento cuando los curiosos más vociferaron. ¡Ah, amigos, qué estruendo! ¡Qué algarabía! En todos los tonos y timbres, de la voz aguda y chillona de los niños a la nota ronca y grave de los hombres, pasando por el sonido aflautado de las mujeres, los «¡A muerte! ¡Al agua! ¡A la guillotina!» ya no disminuyeron ni un instante desde la estación hasta la prisión. ¡Esa escena era para verla! Era peor que la recepción de Mirbeau y Pressuré en Toulouse, donde recibió una buena paliza, dicho sea entre paréntesis. Todos aquellos gritos y aullidos iban acompañados de gestos, amenazas y sacudidas de brazos: se diría que todos esos cuerpos sufrían una sacudida de terremoto. Toda esa multitud

seguía al cortejo tratando de desbordar las barreras formadas por los caballos, acercándose y alejándose en ondulaciones como una mar embravecida; chocando, empujándose, cruzándose, cayendo al suelo, incluso patinando, solo para ponerse en pie y gritar con más ahínco: «¡A muerte! ¡A la guillotina! ¡Al agua!».

«¡Al agua!». Ese grito dominó sobre los otros cuando pasamos sobre el puente del canal y sobre el del Somme. Querrían hacernos tomar un baño y luego, darnos un masaje. ¡Qué solícitos!

¡Por fin!, llegamos ante aquella bastilla republicana: esa plaza, podría decir, donde tantos restos del naufragio tenían que venir a encallar. Gracias a una hábil maniobra sabiamente dirigida por el capitán de gendarmería y ejecutada por los jinetes y los caballos, los contornos de la cárcel quedaron prontamente despejados y pudimos entrar sin mayor tropiezo.

La pesada puerta volvió a cerrarse al momento, ruidosamente, con un tintineo de metal... como una puerta de prisión.

De inmediato, me aferró brutalmente el jefe de guardia, que me llevó corriendo hasta el comienzo de la galería. Qué ingenuidad la mía al decir: «brutalmente», como si el guardián de una prisión pudiera ser otra cosa que un «bruto».

Se puede entender al hombre que guarda a las ovejas, los corderos, las cabras, las ocas, los pavos, los bueyes, las vacas, los caballos, o incluso los elefantes; ¡pero cómo admitir que el hombre guarde al hombre, que el hombre se haga carcelero de sus hermanos!

Afortunadamente para mí y para Pélissard, el alcalde, el fiscal y el sustituto vinieron a asistir a nuestro registro. De otro modo, habría sido seguro que, visto nuestro estado de debilidad física, el jefe, su hembra y su lacayo Monfroy nos habrían sacudido una de esas palizas de las que se habla en el trigésimo capítulo del evangelio según Lépine.[15] Pero la presencia de los amos puso freno al deseo de los lacayos. Deseo que su actitud dejaba apreciar muy bien. ¡Pensadlo!: el cabo de policía Auquier es amigo íntimo del jefe de guardia; van juntos a confesarse y todos los domingos la iglesia de Saint-Gilles los cuenta entre los bestias que van a arrodillarse ante la sagrada mesa. ¡Oh República, pródiga en curillas, qué servidores tienes a tu servicio!

Cuando el carcelero jefe me hubo registrado de la cabeza a los pies, desnudo, sin olvidar el agujero de... la nariz, me dieron una simple camisa penitenciaria a cambio de todo lo que me estaban robando; luego

---

15 Louis Lépine: prefecto de policía, de 1893 a 1912, célebre por su energía en reprimir la agitación social de París.

me encerraron en una celda donde yacían ya otros dos detenidos.

La oscuridad era densísima. Pese a abrir los ojos de par en par, no vi nada. Seguí los muros tanteando y, topando un catre provisto de un viejo jergón de paja, me tendí cuan largo era, con voluptuosidad, pues estaba molido por el cansancio; y, como pude, me envolví con la manta.



En Amiens

—¿Así que es usted, Jacob, el rey de los ladrones?

—No hay reyes entre nosotros. Soy demócrata; los únicos títulos a que aspiro son los títulos... de rentas de los burgueses.

11. Jacob ante sus jueces. 1905

SEGÚN ALAIN SERGENT, LA siguiente declaración de principios fue leída por Jacob durante la tercera sesión del proceso de Amiens. La prensa biempensante de la época no hace referencia a ella. Solo *Germinal* la publicó *in extenso*, a toda página y en primera plana en su edición del 19 de marzo de 1905, precedida por un combativo sumario titulado «Jacob ante nuestros enemigos», pero sin especificar cuándo la leyó Jacob. Puede suponerse que la redactó en la cárcel de Amiens en las semanas previas al proceso: los presos preventivos tenían así un buen medio de difundir sus ideas sobre la actividad revolucionaria.

En el transcurso de los debates, salpicados de diversos incidentes hasta la expulsión de diez de los acusados en la décima sesión, Jacob pudo leer profesiones de fe en varias ocasiones, un estilo que gustaba a los anarquistas en los grandes procesos judiciales que eran la comidilla de la prensa desde hacía veinte años.

Solo la declaración *Por qué he robado* fue utilizada más allá del proceso. Pasaba de ser un simple pulso con ese organismo de vindicta social que el Estado llama justicia (parafraseando a Soudy, de la banda llamada «de Bonnot»). Sin duda Jacob la había sopesado como un momento de propaganda por la idea, una prolongación de los años de actividad pasados. De hecho, así es como la entendieron algunos de los menos obtusos militantes libertarios de la época. Así, el texto aparecido en *Germinal* fue retomado, en cuanto terminó el proceso, por *Le Balai Social*, publicación bimestral anarcoindividualista de la región de París, el 15 de abril de 1905. También fue impresa en forma de carteles fijados en las semanas que siguieron al paso por la audiencia de Los Trabajadores de la Noche.

Legalismo e ilegalismo

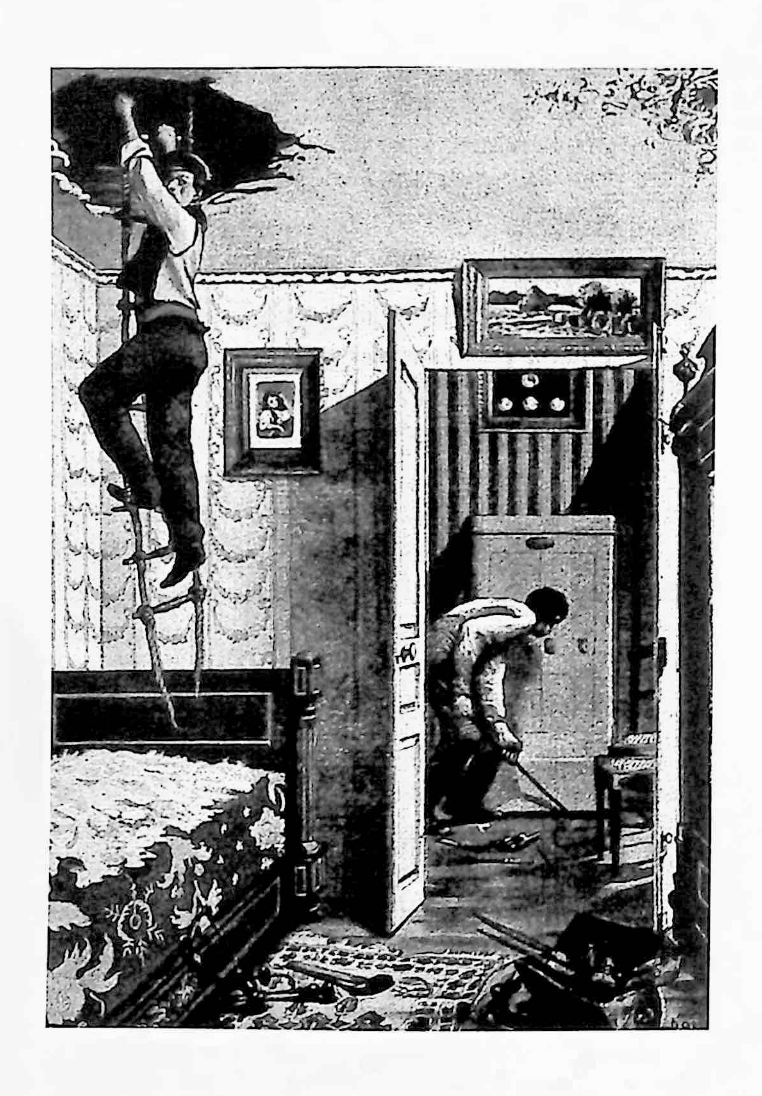
Este apoyo a las actividades de Jacob y sus amigos se manifestó por lo esencial en los medios que se calificaban de individualistas, pues estaba ya consumada la fractura entre los partidarios de la reapropiación y el resto del movimiento libertario, absorbido a la sazón por actividades más directamente políticas, sociales y culturales. Así, del congreso de unificación de las bolsas de trabajo (Limoges, 1895) al que se celebró un

año y medio después del proceso y en la misma ciudad de Amiens, los militantes y los pensadores más influyentes se volcaron en las organizaciones sindicales, y ello antes de que el control de los políticos socialistas de todo pelaje sobre dichas organizaciones fuera completo.

Otros, que sin embargo juzgaban demasiado triviales las luchas obreristas y que preferían las tareas de educación y de elevación cultural de las masas, no se molestaban en apoyar a algunos merodeadores enchironados que habían tenido la osadía de pretender ser anarquistas: Jean Grave, director de *Les Temps nouveaux*, representante de esta tendencia, en su autobiografía *Quarante ans de propagande anarchiste* revelaba así su pequeñez de espíritu: «Hablando de individualistas, esto me lleva a hablar de los chivatos, y también de los ladrones. ¿A quién darle prioridad? Se me hace penoso, pues las tres categorías están estrechamente ligadas».

Algunos ejemplos de declaraciones anteriores a las de Jacob

Los parásitos no deben tener joyas cuando los trabajadores, los que producen, no tienen pan. Solo lamento una cosa, y es no haber dado con el dinero que quería



restituir para servir a la propaganda revolucionaria, y no estaría aquí en el banquillo de los acusados sino preparando artefactos para hacerles saltar a todos ustedes por los aires.

Clément Duval

Lejos quedaba el tiempo en que la declaración de Clément Duval en las audiencias del Sena en enero de 1887, en una tirada de cincuenta mil ejemplares, fuera difundida inmediata e íntegramente en el movimiento socialista. Algunos autoritarios como Jules Guesde se mostraban de acuerdo con libertarios como Pedro Kropotkin, el futuro «príncipe de las trincheras»,[16] para negarle la calidad de revolucionario a un saqueador-incendiario (*Le Révolté*, febrero de 1887). Otros, y no los menores, como Séverine, el «heredero» de Jules Vallès y de su *Le Cri du peuple* (El grito del pueblo), o los hermanos Paul y Élisée Reclus, o incluso Sébastien Faure algunos años más tarde en *L'Almanach anarchiste pour 1892*, asumieron francamente la defensa de la antigua Pantera de las Batignolles (el grupo anarquista al que pertenecía Duval antes de su detención). En 1887, Clément Duval había sido condenado a muerte por incendiar y saquear un

---

16 Por su apoyo a Francia en la Primera Guerra Mundial. (N. del t.)

palacete de la rue Monceau de París. Después de ver su pena conmutada por trabajos forzados a perpetuidad, el antiguo cerrajero fue deportado a la Guayana. Permaneció allí hasta que logró evadirse, catorce años después, el 14 de abril de 1901. Se refugió en la comunidad libertaria italiana de Nueva York, ciudad en la que murió el 29 de marzo de 1935. La defensa de Clément Duval aparece reproducida en sus *Memorias*, presentadas por Marianne Enckell, a las que remitimos al lector para todo lo que atañe a este personaje, en particular en lo concerniente a su vida en el presidio. Recordemos que desde su exilio Duval reprochó a sus antiguos compañeros su actitud de desprecio hacia la Banda de Bonnot.

> Así que cómo sorprenderse de que en el seno de todos estos intentos, en presencia de todos estos ejemplos, aparezcan personas que, menos pacientes que la masa, traten de hacer en pequeño, por su propia cuenta, lo que ven realizarse en grande todos los días, sin vergüenza ni remordimientos, por parte de los privilegiados de la gran hampa.
>
> Vittorio Pini

Lejos quedaba el tiempo en que la *Defensa del compañero Pini* la distribuían sus compañeros antes de la representación de *La huelga*, drama social de Louise

Michel representado en el Teatro de la Villette, ante 700 u 800 personas, el 20 de diciembre de 1890.

Vittorio Pini, anarquista de origen italiano, había fundado, según Maitron, con su compatriota Parmeggiani hacia 1887 un grupo libertario en París, que destacó por su desprecio hacia los intelectuales. El 4 de noviembre de 1889, fue condenado por la audiencia del Sena a veinte de años de trabajos forzados por una serie de robos. Pini recibió la sentencia con gritos de «¡Viva la anarquía! ¡Abajo los ladrones!». Aquel mismo año el gobierno italiano había presentado una demanda de extradición por el intento de asesinato del publicista Ceretti; los Intransigenti, el grupo de Pini, resultaban muy sospechosos. La policía francesa llevó a cabo un registro el 18 de junio y encontró un arsenal de caco y el producto de múltiples robos. El 15 de agosto de 1890, fue trasladado a las islas de la Salvación, donde se relacionó con Clément Duval. Juntos trataron de evadirse varias veces. Después de varios intentos infructuosos, Pini, debilitado por la enfermedad, pudo establecerse como concesionario en las islas, en las que murió en 1903. Duval, que había logrado abandonar el lugar en abril de 1901, nunca supo que aquel con quien había compartido infortunio durante más de diez años había terminado por abandonar la lucha que habían entablado en común contra la administra-

ción. Así, en abril de 1902, el comandante de las islas de la Salvación podía escribir a sus superiores: «La conducta de Pini no deja nada que desear desde hace más de cinco años, ha roto con los individuos sedicentes anarquistas. [...] Puedo proporcionar las mejores recomendaciones sobre Pini, se comporta bien y estos últimos tiempos me ha suministrado indicaciones útiles...».

> Por el hecho de haber nacido nos convertimos en copropietarios del universo entero y tenemos derecho a todo lo existente, a todo lo que ha existido y a todo lo que existirá.
>
> Georges Étiévant

Lejos quedaba el tiempo en que las declaraciones de Georges Étiévant, impresas en forma de folleto, se difundieron en los ambientes revolucionarios. Georges Étiévant había sido condenado una primera vez el 27 de julio de 1892 en la audiencia de Seien-et-Oise a cinco años de prisión por su participación en el robo de explosivos que le sirvieron a Ravachol para hacer bailar a París. Sufrió una segunda condena, esta vez en rebeldía, en diciembre de 1897, a dos y tres años de prisión, por unos artículos que había publicado a su salida de Clairvaux, en *Le Libertaire*. Buscado por la policía, anticipó su detención atacando el 16 de enero

a los guardias del cuerpo de policía de la rue Berzélius en el distrito XVII de París. Condenado a muerte por el tribunal del Sena el 15 de junio del mismo año, vio su pena conmutada por trabajos forzados a perpetuidad. Murió algunos años más tarde en el presidio. Durante su primer proceso, hizo dos declaraciones ante el tribunal, que, publicadas en folletos, conocieron un cierto éxito.

Esta forma de apoyo a los propagandistas por el hecho fue utilizada más sistemáticamente en los dos años siguientes, antes de que las leyes llamadas canallas del verano de 1894 calmaran un tanto a los partidarios más vehementes de doña Dinamita. Volvemos a encontrar entre 1911 y 1913 una reedición del *Por qué he robado* de Jacob y de las Declaraciones de Émile Henry en la sala de lo criminal del Sena por parte de *L'Idée Libre*, pero esta tradición acabará perdiéndose por completo y desapareciendo en el lodazal generalizado que presuntamente desencadenó el asesinato de una testa coronada austriaca.

Los momentos finales de los individualistas

Entre la dinamita de Ravachol y las brownings de Bonnot, Jacob expresa otra idea de esta vieja y buena corriente individualista que aún tenía mucha vida. Es

contemporáneo, entre otros, de Albert Libertad. El cojo, nacido en Burdeos el 24 de noviembre de 1875, había llegado a París en agosto de 1897. Se destacó de inmediato en los medios libertarios por la virulencia de sus posturas individualistas. Inauguró, en octubre de 1902, sus charlas populares en la rue du Chevalier-de-La-Barre en Montmartre, donde pudo profundizar en las posturas que había desarrollado en sus artículos de *Le Libertaire*. En 1905, creó con cierto número de compañeros el semanario *L'Anarchie*, que defendió a menudo con violencia las tesis de la corriente individualista. Había seguido los debates de Amiens y dado a *Germinal* algunos papeles que defendían vigorosamente a los acusados. Abrió, en el número del 19 de octubre de 1905 de *L'Anarchie*, una suscripción por la madre de Jacob, que acababa de ser liberada tras el recurso de Laon. Después de la paliza que le costó la vida a su fundador en noviembre de 1908, el diario de los individualistas *enragés* se largó a Romainville. Dirigido por Lorulot y más tarde por Mauricius, fue retomado finalmente por la pareja Kilbatchiche-Maîtrejean antes de ser arrastrado por la deriva de esos «bandidos trágicos» que lo dieron a conocer definitivamente por sus intrigas más allá del medio libertario. La revista, cambiando de colaboradores a menudo, y después de haber visto en sus columnas las firmas de

todos aquellos a los que la época puede contar como pensadores individualistas, nunca se recuperó verdaderamente de la terrible publicidad que le otorgaron en el proceso de febrero de 1913. Acabó desapareciendo en julio de 1914. Señalemos que una segunda serie existió de 1926 a 1929; la animó Louis Louvet, a quien volvemos a encontrar tras la Segunda Guerra Mundial junto a Sébastien Faure en la dirección de la revista *Ce qu'il faut dire.*

Por qué he robado

Señores:

Ahora saben ustedes quién soy: un rebelde que vive del producto de los robos. Además, he incendiado palacios y defendido mi libertad contra la agresión de los agentes del poder. He expuesto en carne viva toda mi existencia de lucha; la someto como un problema a las inteligencias de ustedes. Puesto que no le reconozco a nadie el derecho a juzgarme, no imploro ni perdón ni indulgencia. No ruego ante quienes odio y desprecio. ¡Ustedes son los más fuertes! Dispongan de mí como deseen, envíenme a prisión o al cadalso, ¡poco importa! Pero antes de que nos separemos, déjenme decirles unas últimas palabras.

Ya que me acusan sobre todo de ser un ladrón, conviene definir lo que es el robo.

A mi juicio, el robo es una necesidad de tomar que siente todo hombre para satisfacer sus apetencias. Esta necesidad se manifiesta en cualquier cosa; desde

los astros que nacen y mueren cual seres vivos, hasta el insecto que revolotea en el espacio, tan pequeño y tan ínfimo que nuestros ojos apenas lo distinguen. La vida no es más que robos y asesinatos. Las plantas y las bestias se devoran entre sí para subsistir. Una nace para servir de pitanza a la otra; pese al grado de civilización, o mejor dicho de perfectibilidad, al que ha llegado, el hombre no escapa a esta ley; no puede sustraerse a ella so pena de muerte. Mata tanto a plantas como a bestias para alimentarse. Como rey de los animales, es insaciable.

Aparte los objetos alimenticios que le garantizan la vida, el hombre se nutre también de aire, de agua y de luz. ¿Se ha visto alguna vez que dos hombres disputen y se maten por el reparto de estos alimentos? No, que yo sepa. Sin embargo, son los más preciosos, sin los cuales un hombre no puede vivir. Podemos pasar varios días sin absorber sustancias por las cuales nos esclavizamos. ¿Puede hacerse lo mismo con el aire? Ni siquiera un cuarto de hora. El agua suma tres cuartas partes del peso de nuestro organismo y nos es indispensable para mantener la elasticidad de nuestros tejidos; sin calor, sin sol, la vida sería absolutamente imposible.

Ahora bien, todo el mundo toma, roba estos alimentos. ¿Se le imputa por ello un crimen, un delito?

¡Ciertamente, no! ¿Para qué se reserva lo demás? Porque ese demás exige un gasto de esfuerzo, una cantidad de trabajo. Pero el trabajo es lo propio de una sociedad, es decir, la asociación de todos los individuos para conquistar, con poco esfuerzo, mucho bienestar. ¿Es esta la imagen de lo que existe? ¿Las instituciones de ustedes se basan en un modo de organización semejante? La verdad demuestra lo contrario. Cuanto más trabaja un hombre, menos gana; cuanto menos produce, más beneficios obtiene. Así pues, el mérito no se ve reconocido. Solo los audaces se adueñan del poder y se aprestan a legalizar sus rapiñas. De arriba abajo de la escala social, no hay más que canalladas por un lado e idiocia por el otro. ¿Cómo quieren ustedes que, estando penetrado por estas verdades, respetara un estado de cosas semejante?

Un vendedor de licores o el dueño de un burdel se enriquecen, mientras que el hombre de genio muere de miseria en un camastro de hospital. El panadero que amasa el pan carece de él; el zapatero que confecciona miles de zapatos enseña el dedo gordo del pie; el tejedor que fabrica montones de prendas no tiene ni para cubrirse; el albañil que construye castillos y palacios no puede respirar en un infecto cuchitril. Los que lo producen todo no tienen nada, y los que no producen nada lo tienen todo.

Semejante estado de cosas solo puede producir el antagonismo entre la clase trabajadora y la clase propietaria, es decir, holgazana. La lucha surge y el odio golpea.

Ustedes llaman a un hombre «ladrón» o «bandido» y le aplican los rigores de la ley sin preguntarse si podría ser otra cosa. ¿Se ha visto a alguien que viva de las rentas metido a ladrón? Confieso no conocer ningún caso. Pero yo, que no soy ni rentista ni propietario, que solo soy un hombre que posee brazos y cerebro para asegurarse su conservación, he tenido que mantener otra conducta. La sociedad solo me concedía tres medios de subsistencia: el trabajo, la mendicidad y el robo. El trabajo, lejos de repugnarme, me gusta. El hombre no puede vivir sin trabajar; sus músculos y su cerebro poseen una suma de energía que debe gastar. Lo que me ha repugnado es derrochar sangre y sudor por la limosna de un salario y crear riquezas de las que me iba a ver privado. En una palabra, me ha repugnado entregarme a la prostitución del trabajo. La mendicidad es envilecimiento, la negación de toda dignidad. Todo hombre tiene derecho al banquete de la vida.

El derecho de vivir no se mendiga, se toma.

El robo es la restitución, la reapropiación. Antes que verme enclaustrado en una fábrica, como en una cárcel, antes que mendigar aquello a lo que tengo de-

recho, he preferido sublevarme y combatir metro a metro a mis enemigos, haciendo la guerra a los ricos, atacando sus bienes. Cierto, puedo concebir que ustedes habrían preferido que yo me sometiera a sus leyes; que, como obrero dócil y acobardado, hubiera creado riquezas a cambio de un salario irrisorio y, cuando mi cuerpo estuviese gastado y mi cerebro embrutecido, me hubiera ido a morir a una esquina de la calle. Entonces no me llamarían «bandido cínico», sino «honrado trabajador». Valiéndose de la adulación, ustedes me habrían otorgado incluso una medalla al trabajo. Los curas prometen un paraíso a sus estafados; ustedes son menos abstractos y por eso ofrecen un trozo de papel mojado. Les agradezco mucho tanta bondad y tanta gratitud, señores. Prefiero ser un cínico consciente de sus derechos que un autómata o una estatua.

En cuanto tomé posesión de mi conciencia, me dediqué al robo sin ningún escrúpulo. No caigo en la presunta moral de ustedes, que ensalza el respeto a la propiedad como una virtud, cuando en realidad no hay peores ladrones que los propietarios.

Considérense afortunados, señores, de que este prejuicio haya arraigado en el pueblo, pues tienen en ello su mejor gendarme. Conociendo la impotencia de la ley, o mejor dicho de la fuerza, han hecho ustedes de ese prejuicio el más sólido de sus protectores.

Pero atención: nada es eterno. Todo lo que está construido por la astucia y la fuerza, la astucia y la fuerza pueden demolerlo.

El pueblo evoluciona todos los días. Fíjense en que, instruidos por estas verdades y conscientes de sus derechos, todos los muertos de hambre, todos los pordioseros, en una palabra, todas las víctimas, se arman con una palanqueta para marchar al asalto de las moradas de ustedes para recuperar sus riquezas, que han creado ellos y que ustedes les han robado. ¿Creen que estas verdades les harían más desdichados? A mí me parece al revés. Si reflexionaran bien en ellas, preferirían correr todos los riesgos antes que seguir engordándoles mientras gimen en la miseria. La prisión... el presidio... ¡el cadalso!, dirán. Pero qué son estas perspectivas en comparación con una vida de bruto, llena de todas las formas de sufrimiento. El minero que lucha por su pan con las entrañas de la tierra, que nunca ve la luz del sol, puede perecer de un momento a otro, víctima de una explosión de grisú; el techador que peregrina sobre los tejados puede caerse y hacerse pedazos; el marino conoce el día de su marcha, pero ignora si volverá a puerto. Gran número de obreros contraen enfermedades fatales en el ejercicio de su oficio, se agotan, se envenenan, se matan creando para ustedes; incluso los gendarmes y los policías, sus lacayos, que,

por el hueso que les dan para roer, encuentran a veces la muerte en la lucha que mantienen contra los enemigos de ustedes.

Encerrados en su angosto egoísmo, ustedes permanecen escépticos ante esta visión, ¿verdad? El pueblo tiene miedo, parece que dicen. Lo gobernamos con el miedo y la represión; si grita, lo arrojaremos a la cárcel; si se menea, lo deportaremos al presidio; si actúa, ¡lo guillotinaremos! Mal cálculo, señores, créanme. Las penas que infligen no son un remedio contra los actos de rebeldía. La represión, lejos de ser un remedio, o un paliativo, no hace más que agravar el mal.

Las medidas correctivas solo pueden sembrar odio y venganza. Es un ciclo fatal. Por lo demás, desde que ustedes arrancan cabezas, desde que pueblan cárceles y presidios, ¿han logrado impedir que el odio se manifieste? ¡Díganlo! ¡Respondan! Los hechos demuestran su impotencia. Por mi parte, sabía fehacientemente que mi conducta no podía tener otra salida para mí que el presidio o el cadalso. Se darán cuenta de que esto no me ha impedido actuar. Si me dediqué al robo no ha sido por una cuestión de principios ni de derechos. He preferido conservar mi libertad, mi independencia, mi dignidad de hombre, antes que hacerme artífice de la fortuna de un amo. En términos más crudos, sin eufemismos, he preferido robar antes que ser robado.

Desde luego que también yo desapruebo el hecho de que un hombre se apodere con violencia y engaños del fruto del trabajo del prójimo. Pero precisamente por esa razón les he hecho la guerra a los ricos, ladrones de los bienes de los pobres. Yo también quisiera vivir en una sociedad en la que el robo hubiera sido desterrado. No apruebo ni he utilizado el robo sino como medio de rebelión propia para combatir el más inicuo de todos los robos: la propiedad individual.

Para destruir un efecto, primero hay que destruir la causa. Si hay robos, no es porque haya abundancia por un lado y hambre por el otro; sino porque todo pertenece solo a unos pocos. La lucha desaparecerá cuando los hombres pongan en común sus alegrías y sus penas, sus obras y sus riquezas; cuando todo pertenezca a todos.

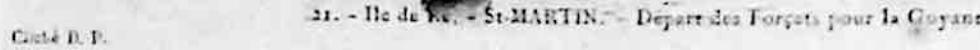
Como anarquista revolucionario, he hecho mi Revolución.

Venga la Anarquía.

Alexandre Jacob


19. - LA PALLICE. - L'Embarquement des Forçats arrivant de la Citadelle de St-Martin,
à bord de "La Loire" en rade de La Pallice à destination de la Guyane
5c
POSTES
12




21. - Ile de Ré. - St-MARTIN. - Départ des Forçats pour la Guyane
Cliché D. P.



III. Les Trois-Roses.[17] 1906-1909

EN ENERO DE 1906, el *Loire* arribaba a Cayena con Jacob a bordo: dejemos que el viejo presidiario Dieudonné y el doctor Rousseau nos describan el infierno guayanés.

> La Guayana tiene unos 350 kilómetros de costa en el Atlántico y se extiende unos 500 kilómetros tierra adentro, hasta los montes inexplorados del Tumuc Humac. Al norte, el río Maroni la separa de la Guayana holandesa, y al sur, el río Oyapok de la Guayana brasileña. En este inmenso territorio, no hay más que 30.000 habitantes, la mayoría negros. Cayena, la capital, cuenta con 15.000. [...] Aparte algunos puntos en que se ha incrustado el hombre, la Guayana es una vasta selva virgen, a menudo inundada de sabanas, recortada por calas y caletas no navegables.
>
> Antes de salir de Saint-Laurent-du-Maroni, vamos a dar una vuelta por la carretera que conduce al campamento forestal de Charvein. Daremos allí con

17 Les Trois-Roses hace referencia a las islas de la Salvación, que vistas desde lejos parecen tres rosas.

el campamento de los Malgaches, el campamento de Godebert, el Nuevo Campamento y por último Charvein. En estos campamentos, construidos con cabañas de madera, cien o doscientos forzados talan árboles o hacen el estéreo. Cada forzado tiene que cortar un estéreo de madera para combustible en la jornada. Es un trabajo muy penoso para los que empiezan. En estos campamentos forestales, la disciplina es más relajada que en los centros de Saint-Laurent, Cayena, Kourou o las islas de la Salvación.

Charvein, de fatídico recuerdo, fue durante décadas el infierno del infierno. Allí se enviaba a los reincidentes de evasión, a los protestones, a los testarudos. El silencio era absoluto día y noche. Los vigilantes eran escogidos con sumo cuidado. No se mandaba allí a ninguno que fuera sospechoso de humanidad. [...] Los vigilantes, armados con carabinas, nunca satisfechos, hostigaban a los hombres desnudos para que tirasen más fuerte. [...] Los hombres desnudos tiraban con todas sus magras fuerzas, trastabillaban, se volvían a poner en pie a garrotazos, tiraban, tiraban en cualquier clima, a pleno sol o bajo las lluvias torrenciales de los trópicos. [...] Por la noche, para descansar, los hombres tendían los grilletes a sus pies. Estos grilletes los encadenaban a una barra de hierro emplazada a modo de parapeto entre unos y otros. A modo de orinal, había una botella vacía, de dos litros de capacidad, para uso de cinco hombres. En este régimen dantesco, todos los hombres sufrían disentería y sangrientas diarreas. Las cajas de deyecciones se llenaban pronto. Los hombres se las pasaban. No era fácil, con los grilletes en los pies. El contenido se vaciaba en el catre. Había un olor abominable. [...] Hay hombres que han permanecido

> años en ese campamento infernal. Han salido de él amargados para siempre, dispuestos a devorar a sus semejantes. La administración penitenciara ha hecho de ellos bestias feroces.
>
> Eugène Dieudonné

Las islas de la Salvación

Recordemos que Jacob era un interno A con la mención «No sacar del internamiento bajo ningún concepto sin informar de ello al departamento». El director de la administración penitenciaria lo había doblado además con el internamiento B: Jacob no debía salir nunca de las islas de la Salvación; nunca conoció el infierno de los campamentos «incos» (para incorregibles) como el de Charvein.

> ¡Las islas! El terror de todos los presidiarios. La evasión allí es casi imposible. La correspondencia ilícita es difícil. En las islas no hay población libre como en las demás penitenciarías, donde, con habilidad, siempre se puede traficar con el lugareño... y la lugareña. [...] También se envía a las islas a los reincidentes de evasión, los reincidentes a secas y los deportados.
>
> Vistas desde la mar, las islas de la Salvación aparecen como islas encantadas. La mar que rompe sobre las rocas les hace un cinturón de encaje; los cocoteros agitan sus largas palmas verdes, de las que cuelgan racimos de cocos dorados; los bueyes, apacibles, pa-

cen en la tierna hierba, y los búfalos, de cornamenta antediluviana, descansan con beatitud a la sombra de espléndidos mangos.

Las islas de la Salvación comprenden la isla Real, la isla Saint-Joseph y la isla del Diablo. El clima de las islas es sano, pero la vida en ellas es terriblemente monótona. Los propios funcionarios temen este destino.

En la Real, quinientos forzados trabajan sin fuerzas en tareas desesperantes. Cuando no hay parroquianos a los que cargar o descargar, los hombres del grupo de trabajo general reponen el empedrado de las carreteras de la isla por milésima vez, o arrancan la hierba en torno a las casonas de los funcionarios. [...] El sueño momentáneo de todo forzado del grupo general es ser enchufado. Los puestos son objeto de intrigas y de comercio, tanto en las islas como en Saint-Laurent o en Cayena. Las cocinas, el hospital y la farmacia son los lugares más particularmente codiciados. Después vienen los puestos de «mozos de familia», o criados en casa de los vigilantes y funcionarios. Allí los forzados barren, lavan la ropa, planchan, guisan, friegan, dan de comer a las gallinas, guardan las cabras y van a sacar agua. Reciben a cambio algunos francos al mes, las sobras de la comida y a veces las sonrisas de la patrona. Sobre todo es gracias a su mediación como salen las cartas ilícitas y llegan de Cayena los cartones de tabaco Mélia, el chocolate y el azúcar que se venderán al mejor precio.

Saint-Joseph es aún más sombría que la Real. Se accede a ella por medio del bote de la administración penitenciaria. Los condenados se ven obligados a realizar labores desesperantes, como el grupo de hierba o el engañoso reempedrado de las carreteras. Ni siquiera los envían a los grupos de trabajo locales. La proximi-

dad de la cárcel, de la reclusión y de los locos aumenta todavía más la tristeza de este destino. Los vigilantes suelen ser enviados a él como castigo. El comandante de las islas visita Saint-Joseph cada ocho días, así como el médico jefe. Ambos viven en la isla Real.

La isla del Diablo tiene ochocientos metros de largo y su anchura varía de sesenta y cinco a doscientos metros. Posee una superficie de setecientas hectáreas, en tanto que la Real tiene veintiuna y Saint-Joseph, catorce. Aún más que esta, la del Diablo está rodeada de rocas golpeadas por las olas, que hacen su acceso aún más difícilmente abordable. Es un islote en gran parte cubierto de cocoteros y poca tierra apta para el cultivo. [...] Dado que la deportación es una pena política, el trabajo no es obligatorio. [...] Ocupan casitas compuestas de una habitación y una cocina. Se acuestan en un jergón de tela y los encierran bajo llave por la noche. [...] El Diablo está unido a la Real por un cable metálico sobre el cual circula una cesta. Con esta cesta se envían todos los días desde la Real los víveres de los deportados y de los vigilantes. Este es el único acontecimiento de la jornada. La estancia en el Diablo es tan triste que los vigilantes solo permanecen en ella seis meses.

Eugène Dieudonné

La celda

Jacob permaneció en una celda durante once meses, resultado de sus numerosos intentos de evasión y de sus luchas incesantes con la administración peniten-

ciaria. También probó las alegrías del calabozo. La pena de reclusión doblaba la pena correccional del encierro; se infligía por una duración de seis meses a cinco años y se cumplía en Saint-Joseph.

Entremos con ellos en la reclusión.

Tres edificios elevados, que contienen un centenar de celdas cada uno, albergan a los condenados a penas que varían de dos a cinco años. La mayoría de los condenados están allí por evasión. Los ladrones y los asesinos están mejor considerados que los fugados, pues estos dan mucho trabajo a la administración penitenciaria, cuyos agentes aman la tranquilidad y detestan el exceso de trabajo ocasionado por las evasiones.

La celda es de cemento armado. El techo está hecho de reja, a través de los cuales, noche y día, un vigilante de patrulla puede ver lo que puede hacer el preso. Esto es más propio de una jaula de fieras o del centro de reclusión de locos peligrosos. Una disciplina severa impide todo contacto con el exterior. Uno está allí como en una fosa, separado del resto del mundo. Silencio absoluto, prohibición de fumar, de trepar a la reja de la puerta, de golpear las paredes, de acostarse antes de la noche, de sentarse en el catre durante el día, de escribir, de leer antes de ser autorizado para ello, es decir, después de tres, seis u ocho meses, dependiendo de la pena. A guisa de vestimenta, una blusa y un pantalón que se cambia cada ocho días. Pero el lavandero vende el jabón en lugar de utilizarlo para los trajes de faena, de modo que estos se mantienen en pie solos, tiesos como están por el espesor de mugre acumulada. Como alimentación, una escudilla de sopa de presidio

a las diez, una pitanza de alubias por la noche, un pan moreno que debería pesar 750 gramos y ser cocido en su punto. A la mañana, una horita de paseo y luego a la celda durante veintitrés horas. El trabajo consiste en hacer esteras con hojas de cocoteros, o escobas con los nervios de estas hojas. Pero no siempre hay hojas. Entonces los condenados no hacen otra cosa que rumiar alguna mirífica evasión.

El sol no entra en las celdas, que, por esta razón, siempre están húmedas. Todos los reclusos caen enfermos de caquexia o de escorbuto. A veces los curan, dependiendo de la humanidad del médico militar. Muchos se maquillan para ir al hospital varias semanas. La mortalidad en el lugar es elevada, y la rehabilitación de los hombres absolutamente nula.

Eugène Dieudonné

Aplicada estrictamente, la pena de reclusión en celda en las colonias, tal como la conocí yo, era inaplicable. Si no intervenían hospitalizaciones frecuentes y hechas a tiempo, pocos hombres podían cumplir su pena íntegramente, pues, aun cuando no fuera de muchos años, alcanzaba o superaba los límites de la resistencia humana.

Doctor Rousseau

El calabozo

Los calabozos tenían o bien trece metros cuadrados o bien diecisiete. Estaban desprovistos de aberturas. Un



catre, dos cubos de madera idénticos (uno para beber, otro para las deyecciones). Encadenado todas las noches, el condenado de calabozo se alimentaba de pan seco y agua dos días de cada tres. El tercer día correspondía la ración normal. No trabajaba nunca; estaba encerrado a oscuras sin un minuto de salida hasta el final de su castigo. El calabozo se infligía como mucho durante dos meses. Cuando se acumulaban varios castigos de calabozo, salía a la celda normal ocho días después del primer mes y así sucesivamente.

Doctor Rousseau

Es una habitación absolutamente sombría, sin aireación ni luz, y tan estrecha que solo hay sitio para el cuerpo. El preso está encadenado; no trabaja y permanece allí durante meses. Cuando sale del calabozo, si no se ha vuelto loco del todo, al menos está tan embrutecido que tiene el aspecto de un ser que ya no pertenece al género humano.

Picanon, *Inspector general de las colonias*

La evasión

Jacob hizo su primer intento de fuga ya en 1906; según Sergent, se arriesgó, durante sus veinte años de presidio, dieciocho veces. La última estaba prevista para 1925... justo antes de la conmutación de la condena.

La cifra anual estimada de fugas era entre quinientas y seiscientas por cada mil forzados que llegaban todos los años:

> La media de evasiones definitivas se establece anualmente en torno a 150, y se entiende por evasión definitiva la que conlleva la desaparición del forzado. Eso no quiere decir que haya logrado llegar a un país extranjero o a la metrópolis: los tiburones y las fieras de la selva guayanesa, o el puro hambre, devoraban a la mayoría de ellos.
>
> Le Boucher, *admnistrador colonial*

> En cuanto llega al presidio, el condenado, hambriento, privado de toda comodidad elemental, expuesto a las enfermedades tropicales y a una terrorífica mortalidad, solo tienen una idea fija alimentada por el hambre: ¡la huida! La evasión es la única esperanza de los condenados a penas largas, que prácticamente equivalen a cadena perpetua. [...] Las evasiones forman parte del sistema penitenciario. En efecto, para la administración suponen un medio precioso de arruinar la salud de los forzados y de impedirles así que vuelvan a ver la metrópoli. Las únicas evasiones que teme son las de los criminales célebres en torno a los cuales la prensa crea escándalos.
>
> Doctor Rousseau

El correo

Las cartas de Jacob tienen pocos destinatarios: su madre en primer lugar, la administración en segundo. A veces la administración confiscaba envíos destinados a la señora Jacob, ora porque el correo no se entrega por medios regulares, ora porque la propia carta le parecía sospechosa. Así que estamos en posesión de tres tipos de cartas, que no obstante clasificaremos por orden cronológico, mezclando todos los tipos.

El correo procedente de Francia llegaba a Cayena cada veintiocho días; lo entregaban o barcos franceses o navíos ingleses u holandeses que aprovisionaban a sus colonias vecinas. Ello explica las numerosas menciones a los correos ingleses y holandeses. Los forzados tenían derecho a escribir a un miembro de su familia una vez al mes. La administración leía y se reservaba el derecho de confiscar el conjunto del correo.

Buena parte de las cartas que se encontrarán a partir de enero de 1910 están en clave: Jacob lograba de este modo pasar consignas, informaciones y proyectos que tenía que mantener en secreto.

Las cartas enviadas por Jacob a su madre entre 1906 y 1909 son inencontrables: o se perdieron o siguen en algún desván que no hemos localizado. Los únicos elementos de la correspondencia que podemos

presentar de ese periodo son algunas reclamaciones que dirigió Jacob al ministro de las Colonias, e intercambios administrativos respecto a la preparación de una evasión que concibió Malato desde la metrópoli.

La otra fuente segura de informaciones que hemos consultado con profusión para estos primeros años de presidio es, por supuesto, el libro de Alain Sergent. En él relata los primeros intentos de evasión, las primeras trifulcas con la administración y el comienzo de los castigos de celda y calabozo que conoció Jacob. A falta de correspondencia, reproducimos un extracto a continuación.

Extracto de *Un anarchiste de la Belle Époque*

> Jacob, con circunspección, empieza por pasar desapercibido y se contenta con observar. En efecto, desde el principio, sin ninguna manifestación violenta por su parte, temen a este hombre, y los «kíes» se cuidan mucho de provocarle. Aunque casi siempre esté silencioso, a veces se anima y no intenta en absoluto aislarse y sabe hacer favores. Pero se percibe que es muy diferente de los demás, poco deseoso de relacionarse rápidamente, y esa fuerza en reposo que se manifiesta a veces en algún gesto impone a todo el mundo. Además, sin cesar de criticar lo que haga falta, no se deja pudrir por los hábitos de ese entorno que tan rápido se deprava. No practica la homosexualidad, que es nor-

ma, no juega, ni bebe nunca ni una gota de alcohol. ¿En qué piensa? ¿Qué proyecta? Nadie lo sabe. El anarquista aún no conoce lo suficiente su entorno como para escoger un compañero, y se contenta con tantear el terreno. [...]

Será solo hacia finales de 1906, después de sondear largamente a los hombres que lo rodean, cuando Jacob tratará de hacer su primera evasión. [...] Para su primer intento, Jacob decidió que lo acompañarían otros tres forzados. Estos, que trabajaban en la isla, prepararon velas. Una noche, los cuatro hombres salieron de la cabaña tras serrar los barrotes y marcharon a la Pierre-Plate, una gran roca que se adentraba en el agua, desde donde tenían que partir después de construir una balsa precaria con bananos. Pero en la Pierre-Plate, dos llaveros[18] que dormitaban por allí se despertaron. Los fugitivos se consultaron y, pese a la reticencia de Jacob, uno de ellos aseguró que podían dejar vía libre a los presos, que suplicaban de rodillas. Liberados, los llaveros corrieron a avisar a los vigilantes, que detuvieron a los evadidos tras una caza al hombre de dos horas.

Por primera vez, Jacob conoció el calabozo, en el que estuvo encerrado un mes en la isla Real. [...] Al salir del calabozo, Jacob fue curado de una fuerte bronquitis que había contraído. A continuación, volvió a Saint-Joseph. A todo convaleciente se le concedían

18 Los llaveros son forzados, en su mayoría árabes, que asumían voluntariamente el encargo de vigilar a sus compañeros de prisión. Escuchaban, espiaban y denunciaban a cambio de pequeñas ventajas otorgadas por la administración.

algunos días en libertad y podía recorrer la isla a su aire, pero Jacob había sido juzgado demasiado peligroso para beneficiarse de esta medida. Sin embargo, el guardián jefe Colombani, que dirigía la vigilancia de las cabañas aquel día, no fue avisado de ello hasta primera hora de la tarde. Por la mañana, Jacob se paseaba por el extremo de la isla cuando se topó con otro forzado que venía a su encuentro. Creyó reconocer al preboste[19] que, en Saint-Martin-de-Ré, escupía en las escudillas y había martirizado a un forzado con la complicidad del vigilante.

Los dos hombres estaban solos en ese entorno desierto. Jacob cogió al otro por el chaquetón.

—Hombre, ¿tú no eras preboste en Saint-Martin-de-Ré?

El forzado palideció:

—¡No, no, yo no, te equivocas!
—¿De qué convoy eres tú?
—Llegué en 1903.

Jacob soltó el chaquetón y comprobó, por su matrícula, que el hombre había salido en el mismo convoy que él. Su propia mentira lo confundía: era el mismo preboste. La cólera fría e implacable que se apoderaba a veces de Jacob le sobrevino entonces. Tuvo lugar una breve lucha y Jacob, derribando a su adversario, le hundió el cráneo en las rocas, y luego arrojó el cuer-

---

19 Otro nombre para calificar a los forzados que hacían de colaboradores de los vigilantes. Este había jugado a incordiar a Jacob en Saint-Martin-de-Ré, sabiendo que no podía reaccionar entonces so pena de ser apaleado.

po a los tiburones. A mediodía, Colombani, que había sido avisado de no dejar al anarquista convaleciente en libertad, le hizo volver a la cabaña. Por la noche, faltaba un hombre en la revista, el viejo preboste.

—¡Bah! —dijo un vigilante corso—, habrá querido irse a pescar y se lo habrán comido los tiburones! —al día siguiente, el Grand Chiquet, un forzado a cargo de la pesca, viendo restos de sesos en las rocas, creyó encontrar «cebo», que le gustaba para hacer de cebo de sus cañas, y los utilizó con ese fin.

A lo largo de 1908, Jacob no pudo intentar más que una evasión. El medio siempre era el mismo; se trataba de salir de la cabaña para construir velozmente una balsa de tronco de banano, e instalar en ella una vela preparada con anterioridad. Sin embargo, Jacob había pensado en lo que vendría después. Como los evadidos solían ser detenidos por indígenas, había logrado hacerse con un uniforme de vigilante, un quepis y había confeccionado un estuche de revólver así como unos bigotes. Así, al tocar tierra con sus cómplices, provisto de uniforme y bigotudo como un vigilante corso, parecía estar trayendo a forzados evadidos y podría confiscar una piragua.

Al no poder hacerse con una lima, aquella vez los presidiarios decididos a marcharse practicaron un orificio en la pared de la cabaña. Antes de salir el primero, Jacob aguzó el oído. Oyó entonces, muy cerca de la abertura, unos ruidos que le parecieron sospechosos. Siempre en guardia, Jacob asomó una especie de maniquí que recibió al instante una lluvia de cuchilladas. Un chivato se había ido de la lengua. Jacob solo fue castigado con quince días de celda, pues no pudo

probarse su papel de instigador y un castigo colectivo bastante leve recayó sobre toda la cabaña.

Alain Sergent

Carta de un vigilante con fecha del 31 de octubre de 1906 y dirigida al comandante de las islas de la Salvación (enviada con los dos documentos adjuntos a la comisión disciplinar).

Mi comandante:

Tengo el honor de dirigirle a usted adjunto a este sobre dos cartas intervenidas esta mañana al carnicero condenado 31.267 Bouquin, llegado a Saint-Joseph para la matanza.

Una vez interrogado, me ha declarado haberlas recibido de su compañero Pélissard de la Real para remitírselas a Jacob.

«Querido amigo:

»Has debido de enterarte del acto de salvajismo que ha transcurrido en el calabozo el sábado pasado. A Bessolo le han metido un revólver en la boca con la amenaza de disparar si decía una palabra. Muchos compañeros se quejan por esta razón. He sido uno

de los primeros en no decir esta boca es mía. Quiero creer que tú no te quedarás atrás. Así que te envío uno de mis borradores, en el que podrás encontrar todos los detalles necesarios.

»Te choca la mano

Théo»

«Una escena de salvajismo que recuerda las monstruosidades del astillero del Orapu acaba de tener lugar en el cuartel especial de las islas de la Salvación; el sábado 27 de octubre, el vigilante Pic, junto a otros, penetró en las celdas y los calabozos y, armados con cuerdas, cadenas y camisas de fuerza, han amarrado, encadenado y amordazado a una docena de deportados, que se han visto golpeados a continuación con la mayor brutalidad. Al deportado Bessolo le han metido el cañón de un revólver en la boca con la amenaza de disparar si decía una palabra. El deportado Humbert ha quedado con los labios partidos por una mordaza de cuerdas».

2 de marzo de 1907

Islas de la Salvación

Señor ministro de las Colonias:

Salvo raras excepciones, se puede sostener que todo ser está aquejado por una manía, un tic, una costumbre heredada o bien por atavismo o bien por su educación. Por suerte o por desgracia para mí, como se prefiera, en esto no tengo nada de extraordinario; pertenezco al género neurópata, como dicen los antropólogos. Hasta donde me lo permite la memoria, tengo los recuerdos de todo joven: cuando acababa de dejar el biberón sentí un ansia irresistible de lanzarme tras todos los fragmentos de papel desplazados por el viento. Los años, lejos de corregir esta costumbre, no han hecho más que acentuarla y volverla más intensa. Al manifestarse con tanta intensidad en mí, ciertamente no puede tratarse de educación; por mi parte opino más bien que es una tara congénita por culpa de la muy honorable profesión de mi bisabuelo paterno, que era cazador de mariposas. Salvo en algunas cosas, las mariposas y los papelitos son iguales. Así, en cuanto mis ojos ven un rastro de carta, un fragmento de periódico o incluso un billete, no puedo resistir la tentación de perseguirlo, capturarlo y, en fin, satisfacer mi viva curiosidad por conocer su contenido. Dicho de otro modo, tengo un carácter policial para todo lo que

vuela. Así es como el otro día, al ver que revoloteaba una factura con bruscos sobresaltos, tuve la alegría de cogerla y después guardarla en el bolsillo, a la espera del momento de leerlo. Inmensa fue mi insatisfacción, pues se trataba de un aviso de expedición que procedía del señor director del servicio sanitario dirigido a la farmacia de las islas de la Salvación.

Antes de la confiscación de este precioso documento, yo, tan buenazo como ingenuo, creía que la costumbre de todo producto desinfectante y de todo agente antiséptico se veía condenado al ostracismo en los locales del personal penal de la deportación. De este modo, grande fue mi sorpresa al leer en esta factura el envío de 100 litros de ácido fénico puro de cloruro de cal. No oculto que si lo hubiera sabido antes, hace un siglo que habría presentado una reclamación con motivo de la excesiva suciedad de las casetas. Independientemente de que estas casetas no hayan sido encaladas desde el 15 de abril de 1905, además de que las paredes interiores estén cubiertas de una capa de polvo, que sirve de refugio a toda clase de virus, y decoradas con viejos esputos secos de tísicos, de bronquíticos y otras expectoraciones asquerosas, es en las letrinas, adosadas a estas casetas, donde reina de forma permanente una [*ilegible*] casi deletérea de una emanación pútrida de excrementos resultante de cuarenta, cincuenta y a veces setenta hombres, muchos

de los cuales están enfermos de algún tipo de irritación intestinal, como la disentería, esa enfermedad es tan debilitante como contagiosa, así que basta sentarse en una silla después de un hombre aquejado por ella para contraerla. En la jornada, cuando los hombres trabajan, este lugar presenta una apariencia de limpieza debido a algunos litros de agua que el guardián de la caseta usa parsimoniosamente para limpiarlas. Pero de noche, no estaría de más un traje de submarinista para penetrar en él sin riesgo.

Ya me quejé una vez de este indignante estado de cosas a los señores miembros de la comisión disciplinaria, y el señor comandante que la presidía me respondió que se sentía muy sorprendido, que en efecto el servicio interior de la isla Real distribuía todas las semanas litros de ácido fénico u otros agentes desinfectantes para la higiene de las casetas. En fin, para terminar, invito al señor jefe de campo a velar para que en lo sucesivo haya productos desinfectantes en cada caseta. La misma orden se cursó para enviar cerillas a los guardianes de cada caseta a fin de que pudieran encender la lámpara cuando la violencia del viento, con la mala leche de un casero, la apagara. Hace ya cuatro meses de eso, y las letrinas no han sido más desinfectadas de lo que lo fueron en el pasado, es decir, nunca. Lo mismo sucede con las cerillas. Sin embargo, se me

ocurre que si el señor comandante hubiera ordenado al señor jefe de campo que me pusiera grilletes, como ya ha pasado alguna vez, sin duda que me habría echado las cadenas. Así que me sorprende que este funcionario no haya hecho gala del mismo celo y la misma celeridad para ejecutar órdenes superiores relativas a la higiene de los deportados. Por razones falaces pero que no pienso discutir, por el día los hombres que no son válidos se presentan en otras casetas, donde se alojan de forma ordinaria. La llamada caseta de los enfermos, supera en indecencia y suciedad a todo lo que haya podido imaginar. Aquí ya no se trata de encalar: las paredes ni siquiera han sido lucidas con mortero; y tampoco digamos nada de las letrinas: no las hay. Una verdadera [*ilegible*] desagüe que se vacía cada tres o cuatro días pero que no se lava nunca cumple esa función. El tejado parece haber estado en el punto de mira de todos los cañones del mundo, pues está tan agujereado, demolido y podrido que llueve a mares casi todos los días durante el invierno. Los desdichados que se acuestan en catres que apestan a mugre, nunca lavados ni barridos, aquejados de fiebre, de atroces cólicos, de escorbuto, generalmente todos consumidos por la esclerosis, pronto se ven cubiertos de humedad hasta los huesos, lo que agrava sus enfermedades, ya tan rebeldes a la cura. Lo que adorno con el nombre adulador de catre no es más que un amasijo de tablas

podridas por la humedad, que sirve de cobijo a buen número de insectos parasitarios.

En cuanto al corredor —se llama así al espacio situado entre dos catres—, el paso está tan mal hecho que aquí y allá se forman hoyos, donde el agua estancada de la lluvia hace de acuario para los miasmas malsanos, que bajo la influencia de los rayos solares pueden engendrar nuevas enfermedades. Por esta razón, a mi juicio, en lugar de nombrar a este castigo caseta de los enfermos, sería más exacto llamarla caseta para las enfermedades.

Desde hace unos días, los señores médicos-mayores rivalizan en sus afanes humanitarios hacia los deportados, pero su buena voluntad choca con la cruel rutina de ciertos vigilantes. Estar enfermo en el campo de la isla Saint-Joseph, sobre todo desde que este campo está dirigido por el guardián-jefe Colombani, equivale por así decir a una condena a muerte. Los predecesores de este agente, aunque poco humanos, observaban no obstante el reglamento en una cierta medida, y en caso necesario sabían recurrir a la tolerancia. En la actualidad, las cosas han cambiado y las bajezas más crueles tienen lugar a diario.

Así, el día 9 de febrero del presente año, día de la visita médica a la isla Saint-Joseph, sufriendo de fiebres e irritaciones intestinales, me presenté ante el

doctor. Mi fiebre era intensa, de 40,2 °C. Manifesté el deseo de volver a la cabaña, como hacía siempre, para acostarme, pues mis piernas se negaban a seguir transportándome. Durante el breve trayecto de la enfermería a la puerta de la cabaña, una lluvia torrencial cayó sobre la isla, de tal modo que, puesto que el vigilante de 3.ª clase Dufour, que estaba de guardia en el campo le había prohibido al llavero Ricard que abriera la puerta de la cabaña, tuve que aguantar el chaparrón en el suelo, tiritando por la fiebre, sin más abrigo que un viejo árbol canijo, despojado casi en su totalidad de ramas. ¿Hay que añadir que este baño natural impuesto por la estúpida crueldad de un vigilante, que al actuar así se sabía respaldado por su jefe, distó mucho de contribuir a mi curación? Mis males empeoraron, la fiebre ya fuerte aumentó aún más, los dolores abdominales se volvieron atroces y pasé una noche en medio de crueles sufrimientos. Esta crueldad me parece menos concebible cuanto que nada, ni en los reglamentos ni en la disciplina, puede justificarla.

Otro hecho aún más reciente y que prueba todavía mejor la mentalidad tanto de los que los cometen como del que los encubre con su autoridad (me refiero al vigilante-jefe Colombani). El día 22 de febrero, por la mañana, le pedí al vigilante de servicio en el campo que tuviera la amabilidad de llevar agua po-

table a la cabaña de los enfermos. La respuesta que recibí fue que, al no disponer de nadie, no podía satisfacer ese deseo. No quedó más remedio que pasar la mañana sin beber. La tarde de ese mismo día renové mi petición al vigilante de servicio. Cínico, me respondió que eso no le concernía, y dio media vuelta. Por lo tanto, los enfermos pasaron todo el día sin beber. Al día siguiente, sábado, igual procedimiento. Ni la menor gota de agua para beber. También esta mañana, lunes, en el momento en que escribo estas líneas, el cubo está vacío. Un cubo de una capacidad máxima de veintidós litros para treinta, a veces treinta y cinco, o hasta cuarenta hombres. Al momento vuelvo a pedirle agua al vigilante Debord, y su respuesta es edificante: «Tengo prohibido formalmente dejar que salga uno de ustedes bajo ningún concepto, pero si alguien quiere ir por agua...».

Así, en los pelotones de los hombres válidos, hay portadores de agua y un guardián de cabaña que tiene como misión llenar un tonel de agua, y en una cabaña compuesta por hombres enfermos incapaces de esfuerzos, a estos les corresponde efectuar un trabajo cuando están dispensados de ello por decisión médica. «Entre ustedes —me respondió ese vigilante a la observación que le hice— hay hombres clasificados en la categoría de trabajos ligeros».

Desde el momento en que un hombre es considerado enfermo, es que se siente incapaz de realizar esfuerzos y, en caso de que el jefe de campo sea de la opinión contraria, debe hacer que este hombre pase una revisión médica y según la decisión del médico-mayor, dejarle descansar o expedientarlo por negarse a trabajar. Así que en principio ningún hombre enfermo debería trabajar. No le corresponde salir por agua. Cuando se trata de meter a un hombre en una celda, en el calabozo, machacarlo a golpes o cargarlo de cadenas, el jefe de campo se jacta de encontrar llaveros para realizar esta tarea. Por lo tanto, puede resultar extraño que no haya encontrado a nadie disponible para llevar agua a unos enfermos.

Por otro lado, hace apenas un mes, los enfermos, es decir, los que podían hacerlo, para hablar con más precisión, iban a lavarse la ropa dos veces a la semana. Desde la llegada del jefe de campo Colombani, no solo ha sido suprimido el jueves sino que además pretende castigar a los que, al salir para tomar un baño, no se bañen. Aunque el tiempo concedido para el baño tiene que ser de una hora, nunca pasa en él nadie más de media hora o tres cuartos de hora. ¿Cómo es posible que en un espacio de tiempo tan breve pueda un hombre lavarse la ropa y bañarse? Es inadmisible. Por esa razón, en el último baño, después de que el vigilan-

te Pic dijera en voz alta a los vigilantes de servicio del campo: «Tomen los nombres de todos los que no se bañan», la mayoría se han quedado en la cabaña por miedo a ser objeto de una sanción disciplinaria. Como enfermos, no podían bañarse, y si hubieran salido, solo habría sido con la intención de lavarse la ropa, hedionda por el sudor y mugrienta de deyecciones pútridas.

Una de las crueldades más mezquinas del jefe de campo Colombani fue la que ordenó hace unos días. Además de la escudilla reglamentaria, escudilla que muchos no poseen, algunos deportados, sobre todo los enfermos, tenían en su lugar en la cabaña una caja de embalar vacía, llamada «morgue», que servía a cada uno para guardar la leche prescrita por el doctor. Otros se servían de ese utensilio para cocinar infusiones compuestas por vegetales indígenas. Otros, por último, la utilizaban para hacer más fácil de comer su insípida ración. Tanto en un caso como en otro, no me explico en qué medida podría esto causar perjuicio a la disciplina. Además, los anteriores jefes de campo seguro que tuvieron que pensar del mismo modo, puesto que nunca tomaron medidas semejantes. Quiero creer pues que estas cajas no son reglamentarias, pero entonces hay que dar escudillas a los que no tienen primero y después dar una segunda escudilla a los que tienen leche. Generalmente proscrito, pues, como la

distribución de la leche tiene lugar a la misma hora que la de la ración, de ello resulta que un enfermo no puede meter leche con caldo o con tocino.

Fui a reclamar por este hecho y el comandante, con su sentido habitual, no dejó de atender mi petición, ordenando a su subordinado la restitución de los objetos que me había confiscado. Pero hay que creer que el jefe de campo hace poco caso de las órdenes del comandante, pues, hoy, viernes, aún no se me ha devuelto nada. Cuando un deportado infringe el reglamento, se le inflige un castigo al instante, pero cuando un vigilante-jefe no lo observa, al deportado solo le queda recurrir a la queja o al silencio, lo que, francamente, es más o menos lo mismo. ¿Qué digo? A veces es mejor callarse que reclamar, ya que decir en voz alta lo que la mayoría piensa para sus adentros tiene como consecuencia una sanción disciplinaria, aunque todos los hechos que acabo de relatar sean expresión de la verdad más precisa. A mi juicio, esta será la única solución dada a mi carta. Como no espero otra cosa, tendré la ventaja de no sufrir ninguna desilusión.

Reciba, señor ministro, un saludo atento con toda mi consideración.

Jacob

8 de marzo de 1907

Islas de la Salvación
Nota para el señor director de Saint-Laurent

Al transmitirle al señor director la carta adjunta, que el deportado 34.777, Jacob, dirige al ministerio de las Colonias, juzgo útil acompañarla de las siguientes informaciones: el demandante llegó a la colonia el 13 de enero de 1906 y no siempre ha estado en Saint-Jospeh. Por lo tanto, me pregunto cómo puede afirmar que las casetas de Saint-Joseph no han sido blanqueadas desde abril de 1905, sobre todo teniendo en cuenta que reconoce que se asegura su limpieza cotidianamente, aunque declare que los lavados sean insuficientes.

Le he mostrado la caseta de los enfermos precisamente al señor fiscal general, que acababa de recibir la queja de Jacob. El jefe del ministerio fiscal pudo convencerse de que si bien la techumbre de madera no tenía buen aspecto, en el interior no había más que una gotera que hiciera inhabitable una superficie de un metro cuadrado, mientras que la caseta tiene 24 metros de largo y 8 de ancho. Es más, los enfermos solo están aislados cuando no llueve. Cuando se efectúan registros en las casetas, los vigilantes militares confiscan todos los objetos que no son reglamentarios. Es

la comisión disciplinar la que decide a continuación si tienen que ser destruidos o devueltos, y solo suele reunirse los sábados, por lo cual Jacob no ha podido recibir su objeto el viernes.

No es exacto que los enfermos se queden sin agua, o que se los obligue a bañarse cuando tienen fiebre. Poseen agua como todos los hombres del campo y gozan de una libertad casi absoluta para asegurar su limpieza corporal. No afirmaré que el servicio se preste siempre de una forma perfecta, pues se ejecuta más o menos convenientemente dependiendo del agente que está a su cargo, pero es obvio que Jacob, que quiere bromear, se aferra a algunos incidentes de poca gravedad o a negligencias cometidas por los hombres de las cuadrillas para exagerar o distorsionar los hechos según su imaginación, para crear efectos de estilo.

El comandante Lhuerre

16 de diciembre de 1907

Ministerio de Interior

En una reunión rusa celebrada el 14 de este mes en el 107 de la rue de la Glacière, se dijo que Alexander

Jacob, condenado en 1905 por el tribunal de Amiens y actualmente en presidio, será admitido dentro de poco en 2ª clase y cuatro meses después en la 3ª, y que habría que encontrar una mujer que quiera reunirse con él en Nueva Caledonia para que pueda obtener una concesión; una vez llegado a este resultado, no le costaría mucho evadirse.[20]

París, 21 de diciembre de 1907

Es la ex amante de Metek, Olga Kazenelson, de Járkov, quien se ha propuesto para partir hacia la Guayana y contraer con Jacob un matrimonio ficticio, aunque legal, a fin de permitir que este individuo obtenga una concesión y pueda evadirse a continuación con más facilidad. Tuvo que ser presentada recientemente por Caballero a la madre de Jacob, que vive en Villejuif.

---

20 Que la policía crea que Jacob está encarcelado en el presidio de Nueva Caledonia, cuando este había cerrado tiempo atrás sus puertas, puede prestarse a bromas, pero las páginas que siguen muestran que en París el recluso n.° 34.777 dispone de una red de apoyo activo. El *affaire* Kazenelson no llevó a la evasión prevista, y Jacob no dejará desde ese momento de encontrar otros medios para salir de la roca.

París, 1 de febrero de 1908

Ministerio de Interior

La madre del anarquista Jacob, condenado a trabajos forzados por robo, ha dicho a ciertos compañeros que si tenían billetes o títulos para cambiar, podían dárselos a ella. Pretende que uno de los amigos de su hijo, que vive en Marsella y es banquero, pueda negociar cualquier título.

14 de febrero de 1908

Ministerio de las Colonias al gobernador de la Guayana

Señor gobernador:

El señor presidente del Consejo, ministro de Interior, me informa y tengo el honor de ponerlo en su conocimiento para cualquier disposición, que una tal Olga Kazenelson se ha ofrecido para viajar a la Guayana con vistas a contraer un matrimonio ficticio, aunque legal, con el deportado Jacob, Alexandre Marius, n.° 34.777, a fin de permitir que obtenga la concesión que facilitaría su evasión. Esta mujer ha sido presentada recientemente a la madre de Jacob, que vive en Villejuif. Por consiguiente, le estaré muy agradecido

de que tenga a bien ejercer una vigilancia estricta y discreta sobre los actos y movimientos del deportado Jacob y someter a un examen minucioso las cartas o paquetes que se le envíen.

París, 19 de marzo de 1908

Prefectura de policía
Prefecto de policía al presidente del Consejo, ministro de Interior (administración penitenciaria)

Tengo el honor de comunicarle, para cualquier disposición pero con muchas reservas, una información que recibo, según la cual el anarquista Malato prepara la evasión de la penitenciaría de Cayena del forzado Jacob, Alexandre Marius, nacido en Marsella el 27 de septiembre de 1879, condenado en marzo de 1905 por el tribunal del Somme a trabajos forzados a perpetuidad.

Al parecer, Malato procederá de la siguiente manera: ha encontrado a una muchacha dispuesta a casarse con Jacob. Ella se trasladará a Cayena y se casará con Jacob, que, tras su matrimonio, recibirá, según la costumbre, el permiso y podrá, a partir de ahí, evadirse con facilidad.

Esta muchacha es una judía rusa, de 20 años y nombre Olga Kazenelson, pero con el objetivo de evitar que la nacionalidad de esta muchacha haga sospechar el papel que se le ha adjudicado, Malato pretende procurarle papeles falsos que le atribuyan nacionalidad alemana.

Por el prefecto y por autorización: el director del gabinete

París, 27 de marzo de 1908

Despacho telegráfico al gobernador de Cayena

Confirmo las informaciones contenidas en la carta 83 sobre proyecto de evasión del deportado Jacob 34.777 el próximo abril. Imponga vigilancia sobre actos y movimientos de este individuo que no podrá salir del internamiento de las islas de la Salvación sin autorización del departamento.

Iles du Salut, ce 20-9bre-17

Ma chère maman,

Si l'on ne jugeait des choses que par ce que l'on voit j'en serais encore à douter des résultats de la guerre sous-marine tant les courriers arrivent ici, j'ose dire, régulièrement. Pas une de tes chères lettres qui ne me soient parvenues et, tu peux en dire autant de celles que je t'ai adressées. Espérons que nous continuerons à jouir de cette faveur du sort. Seul, ce colis d'imprimés a été perdu, et encore, pas pour tous, puisque, comme tu l'as supposé, il se pourrait fort bien que ce soit Milie qui s'en soit emparée. Ce jour là, tu as du douter de la clairvoyance de Julie. S'être trompée à ce point là! Que veux-tu? lorsque, comme elle, on est obligé de s'en remettre à autrui pour un tas d'insignifiantes commissions il faut toujours s'attendre à être trompé. C'est un risque à courir. Au fond, c'est peu

IV. Yo no soy un ciudadano

Enero de 1932

JACOB SALIÓ DE LA Guayana a fines de 1925. Los múltiples esfuerzos de su madre habían triunfado ante el inmovilismo administrativo; «ningún condenado había quedado en libertad sin que la iniciativa procediera de la administración penitenciaria», escribirá el comandante Michel.

Cayena, 7 de septiembre de 1925

Guayana francesa, administración penitenciaria, segunda oficina, n.° 737

Objeto: repatriación del ex deportado Jacob, 34.777

El gobernador de la Guayana francesa, caballero de la Legión de Honor, vista la ordenanza orgánica del 2 de agosto de 1828, modificada por la del 23 de

agosto de 1833, visto el decreto del 16 de febrero de 1878, que supone la creación en la Guayana de una dirección de la administración penitenciaria, visto el despacho ministerial colonial del 2 de julio de 1925, n.° 442, que supone la notificación de la decisión ministerial con fecha del 8 del mismo mes, conmuta en cinco años de reclusión la pena de trabajos forzados a perpetuidad pronunciada contra el deportado Jacob, Alexandre Marius, llamado Georges, matrícula 34.777. A propuesta del director de la administración penitenciaria, decide:

Artículo 1: el ex deportado Jacob será embarcado a petición de la administración penitenciaria en el próximo paquebote *Biskra* con destino Saint-Nazare.

Artículo 2: este individuo será escoltado durante la travesía por dos vigilantes militares que salen de permiso, y que lo conducirán al servicio colonial de dicho puerto.

Artículo 3: los gastos del transporte se inscribirán en el presupuesto colonial, capítulo 70.

Artículo 4: el director de la administración se encarga de la ejecución de la presente decisión, que se comunicará y registrará donde fuere menester.

Prevel

Primero fue encarcelado en Rennes y más tarde trasladado a Melun durante un año. Finalmente, acabó en Fresnes, donde su pena fue conmutada por dos años de prisión.

Rennes, 1° de diciembre de 1925

Querida madre:

Ya he salido de Saint-Nazare, como te escribí ayer, pero no para ir a Melun. Estoy en la cárcel de Rennes, a la espera de un coche que me lleve no sé bien adónde: a Beaulieu lo mismo que a Melun. Si aceptan el recurso presentado en enero, esto tiene poca importancia. Un mes pasa rápido. Si rechazaran el recurso, entonces verías que es posible que me trasladaran a Melun, que, más cerca de París, te ofrecería alguna comodidad para venir a verme.

Valor, querida madre, tenemos que esperar, ya que podremos vernos muy pronto. Cuídate mucho; no hagas imprudencias. Escríbeme a Rennes.

Con la esperanza de abrazarte pronto, tuyo afectuoso,

Alexandre

Marie Jacob hace todo lo que puede para sacar a su hijo lo más rápidamente posible; entre tanto, trata de obtener un permiso de locutorio libre.

París, 1º de enero de 1926

Querido hijo:

Ayer leí en *Le Petit Parisien* que los accesos de la cárcel de Melun se habían inundado. Hoy leo que de aquí al domingo el agua llegará a 4,40 metros en Melun, y que ayer llegaba a 3,98.

Los servicios de previsión precisan no obstante que estas fechas y mediciones no serán superadas si se acentúa la bajada del nivel del Yonne.

Si, por el contrario, se produce una nueva crecida del Yonne, el máximo tendrá lugar hacia el 6 o el 7 y superará la cifra de las alturas previstas antes.

Querido hijo, estoy muy inquieta, pues no puedo ir a verte. Dame noticias sobre tu salud y tu dedo. Con esta humedad, mi pobre hijo, los reumatismos me sientan fatal.

No he visto a nadie estas fiestas. Por lo menos vi a la señora Aron y presenté una petición para el ministro de Interior para obtener el permiso del locutorio

libre, porque no oigo bien lo que me dices. Creo que me lo concederán si está permitido.

Dame noticias tuyas. De verdad, qué mala potra siempre. Dime si los diarios dicen la verdad, si el camino es accesible, si puedo ir a verte. Pregúntalo, pues sé bien, querido hijo, que tú no puedes verlo.

A la espera de noticias tuyas, saludos de parte de todos y de tu madre, que espera volver a verte pronto, recibe todo su cariño y un abrazo.

Tu madre

Alain Sergent relata que un último enredo con la administración impidió una nueva reducción de pena. Se había negado a denunciar a un preso que había dado informaciones sobre instrucciones secretas relativas a la represión de actividades revolucionarias. Y por fin...

> Alexandre Jacob fue liberado el 30 de diciembre de 1928, después de veinticinco años y tres meses de cárcel y presidio. Su madre le esperaba a la salida de Fresnes. Pero la anciana no lloró, y se abrazaron sin emoción aparente, como si se hubieran separado la víspera. Los dos tenían la misma naturaleza secreta, que exige no exteriorizar nunca los sentimientos.

Tras la salida de la cárcel, los primeros escritos que hemos recuperado (al margen de cuatro cartas a Eugène Humbert) constituyen una corta correspondencia con un parlamentario. Louis Ernest Laffont era en aquel momento diputado de los Altos Alpes. Como le recuerda Jacob, había sido, en el proceso de Amiens, el abogado de Alcide Ader y había seguido fiel a una cultura humanista de izquierdas: dejó el partido socialista tras el congreso de Tours en 1920 para adherirse al partido comunista, que abandonó tres años más tarde. Durante su carrera, siempre se presentó como un ardiente defensor del humilde y del trabajador, interviniendo frecuentemente en los debates de carácter social, como la defensa de los consumidores, el desarrollo de las cooperativas obreras y campesinas o la gratuidad de la enseñanza.

El 16 de diciembre de 1931, *Le Petit Parisien* publicó un artículo resumiendo un proyecto de ley que provocó la carta de Jacob al diputado Laffont.

> La Cámara modifica el régimen de confinamiento:
>
> La Cámara sancionó ayer, mediante un texto de ley, una de las grandes investigaciones de *Le Petit Parisien*; la que atañe al presidio y sus miserias. Al inicio de la sesión de la tarde, en efecto, adoptó sin debate, en el Palais Bourbon, una proposición de Maurice Sibille que modifica «las condiciones de ejecución de la pena de trabajos forzados» y del confinamiento en la Guayana.

Esta proposición tiene como objeto principal:

1) Dar al tribunal de justicia el poder de dispensar de la deportación al condenado no confinable, que sufrirá una pena de reclusión no agravada.

2) Derogar la obligación de residencia temporal (doblaje) o perpetua.

La iniciativa de Maurice Sibille fue apoyada por un notable informe de Maurice Drouot, que resaltó la equidad de dicha iniciativa y que, entre las aprobaciones dadas a la proposición, señaló las de la Sociedad General de Legislación Criminal y de Prisiones y del Comité de Estudio y de Acción para la Disminución del Crimen.

El lector del informe subrayó en estos términos la necesidad de modificar las disposiciones actualmente en vigor:

Se decide reconocer que la deportación solo posee una ventaja, que por lo demás es importante: deshace a la sociedad de individuos indeseables.

Pero los condenados se ven volcados a la inmoralidad más abominable: los reclusos liberados sujetos a residencia no pueden ni trabajar ni reinsertarse; los testimonios resumidos por Sibille en la exposición de los motivos que precedía a su primer texto (y que el doctor Rousseau confirmó en un libro reciente) dan prueba de ello.

Del mismo modo, en 1908, el senador Chautemps propuso suprimir la deportación: el senador Berenguer defendía contra el profesor Garçon esta proposición; tras la investigación, cuyo informe fue publicado en 1923 en *Le Petit Parisien* y cuyos resulta-

dos fueron confirmados por el señor Péan, una comisión reunida en el Ministerio de las Colonias preparaba un estudio que daría lugar a los decretos del 15 de septiembre de 1925, mientras que en 1924 otra comisión reunida en el Ministerio de Justicia, inspirándose en una idea del profesor Garçon y en el informe del profesor Louis Huguenay, estimaba, por un lado, que convenía otorgar a los jueces el poder de dispensar de la deportación para sustituirla por confinamiento agravado, en el caso de los condenados a trabajos forzados durante un periodo de tiempo sin confinamiento, que en razón de sus antecedentes y de las propias circunstancias de sus crímenes, parecieran dignos de esta medida; por otro lado, instaurar una pena de confinamiento limitado, es decir, una reclusión que sufriría el condenado que, en los cinco años inmediatos a su liberación, cometiera una infracción de delito común sancionada con una condena privativa de libertad que no suponga ni deportación ni confinamiento.

Sibille retomó el texto preparado por la comisión de 1924, lo revisó felizmente y lo completó con la abolición de la residencia obligatoria, temporal o perpetua.

El artículo primero dispone que «toda jurisdicción que pronuncie una condena de trabajos forzados por un periodo de tiempo puede dispensar de la deportación al condenado no confinable».

Al término del artículo segundo, el condenado dispensado de confinamiento recibirá una pena de reclusión agravada cuya duración será igual a la de la pena de trabajos forzados que se le haya aplicado. El agravamiento es el régimen de celda cuya virtud represiva y educativa se ve atestada por la experiencia que

se ha tenido de él, especialmente en Bélgica; también supone la obligación de cumplir la pena íntegra sin beneficiarse ni de la reducción de la cuarta parte ni de la libertad condicional.

El artículo 5 deroga para los condenados deportados la obligación de residencia temporal o perpetua en la colonia. Esta obligación, según los testimonios ofrecidos por Sibille, y que se expresaron en la asamblea celebrada por la Sociedad de las Prisiones el 29 de enero de 1930, establece, como constató el señor Matter, que los «doblados» están en la colonia «sin ningún tipo de amparo y sin posibilidad de trabajar». Pero si algunos condenados temporalmente a trabajos forzados no son deportados y si los condenados deportados ya no se ven sometidos a la obligación de residencia, conviene dar a unos y a otros una razón para no cometer más crímenes ni delitos graves; si no se muestran dignos de permanecer en la metrópoli, tienen que ser expulsados. Por esa razón el artículo 4 de la proposición de Sibille los condena a confinamiento.

A modo de conclusión, Maurice Drouot se expresa así: la deportación se reservará solo para los condenados a los que un interés de seguridad pública ordene un alejamiento de la metrópoli; para los demás se ahorrará la ignominia denunciada por los testigos dignos de fe que han visitado la Guayana; como los deportados serán menos numerosos, será más fácil conjurar por fin esta ignominia; se los podrá repartir en categorías y practicar el régimen de aislamiento en celdas en aras de la moral y de la disciplina; los condenados dispensados de la deportación cumplirán una pena de internamiento que no será menos temida que la de la deportación y que, por su valor moralizador, será su-

perior a ella: la amenaza del confinamiento será para los dispensados de la deportación y para los liberados una razón de no cometer nuevas faltas; por último, la reforma no será onerosa para el Estado.

Individualización y ejemplaridad de la pena, mejora moral del condenado, protección de la seguridad pública en la metrópoli: tales son las características de la proposición de Sibille; aprobarla para nuestra legislación será actuar al servicio del progreso.

Después de escribir una primera carta, reproducida más adelante, al diputado Lafont, Jacob recibió esta respuesta:

Querido ciudadano,

He recibido su carta del 5 de enero.

La ley que le interesa y que también interesa al señor Rousseau no ha sido objeto de ninguna discusión en la Cámara. Hemos aceptado sin debate el texto del Senado, aunque nos haya parecido muy insuficiente y en ciertos aspectos peligroso, pero hemos considerado que la reforma esencial, la supresión del doblaje, no podía retrasarse más; nos hemos impuesto, claro está, retomar la cuestión en una nueva proposición en que puedan aportarse todas las correcciones necesarias.

Le agradeceré que me precise con qué título se ocupa de esta cuestión con tanta competencia y con

semejante conocimiento del derecho penal francés y extranjero.

Su atento servidor,

Lafont

5 de enero de 1932

Jacob a Ernest Lafont

Querido compañero,

He conocido con algún retraso, por mediación de *Le Petit Parisien* del 16 de diciembre, a grandes rasgos el proyecto redactado sobre la reforma de la deportación votada por la Cámara y en trámite de serlo por el Senado.

No hacen mucha falta reformas de ese jaez. No son más que idioteces de mística moral y religiosa entre esos colegas de usted que se ocupan de estos asuntos, ya que no saben construir nada en un sentido puramente humano. Eso apesta al puritanismo del Ejército de Salvación. Se suprime el doblaje, pero sustituyéndolo por el confinamiento. Se autoriza al presidente de la sala a no deportar a la Guayana, pero en ese caso el sujeto sufrirá, como si se tratara de un favor, el régimen de la reclusión agravada, consistente en el ais-

lamiento individual sin el beneficio del cuarto de año. ¡Qué hipocresía! Cuando se comparan las prácticas penitenciarias de ciertos estados de América del Norte, e incluso del Sur, de Bélgica o de Rusia, dan náuseas.

El doblaje, tal como se aplica, permite al liberado ser libre —sobre todo libre de morirse de hambre, claro está—, pero libre al fin de poder evadirse e ir a buscarse las lentejas en cualquier lugar. Mientras que, si es un confinado, será detenido. ¿No ve usted que es ese un remedio muy adecuado para remediar la crisis del paro? ¿Y si confinan a todos los parados? En cuanto a la generosidad de la reclusión agravada, este régimen bárbaro que Enrico Ferri declaró el mayor error penitenciario del siglo XIX, puede uno preguntarse si el ponente encargado de presentar el proyecto no está burlándose del público, especialmente cuando tiene la jeta de citar la experiencia belga como «virtud educativa», no obstante que el sistema tan caro a Dupectieux gracias a los esfuerzos combinados de Vendervelde y del Dr. Worveck está fracasando con estrépito. Peor aún, el ponente se apoya en la autoridad del libro del Dr. Rousseau para respaldar su tesis, en tanto que toda la obra —que le envié a usted hace varios meses— es una crítica objetiva y severa de todas las prácticas penitenciarias francesas. El Dr. Rousseau está indignado por ello y quisiera tener el número de *Le Débat* en que apareció este debate de

la Cámara. Su intención es protestar contra el espíritu estrecho y bárbaro de esta presunta reforma recurriendo a la prensa —si es que damos con un papel que se preste recoger dicha queja— a fin de modificar si es posible la votación del Senado.

Conociendo el interés que tiene usted en este tipo de asuntos, espero que tenga a bien remitirme la información que le he requerido y añada, de paso, algunos nombres de senadores a los que pueda enviarse la protesta.

Agradeciéndole su ayuda por adelantado, reciba, querido compañero, la expresión de mis sentimientos distinguidos.

Jacob

11 de enero de 1932

Jacob a Ernest Lafont

Querido compañero,

Permítame señalarle —por lo demás con mucha amargura— que yo no soy un ciudadano. Lo he sido, dicen, pero no lo soy desde el 22 de marzo de 1905, como resultado de un proceso en que usted defendía a mi amigo y coimputado Ader, que, además, fue ab-

Louis de Maison blanche — J. Bamboula — Volovent de B.ville — Petit Jean du Latin — Havraise de M.martre.
les symboles.
maquereau. la Poire. le pensée. la pièce de 10 sous. un oiseau. la figue. — Roland de [illegible] tombé pour la [illegible] donné par [illegible] de Pigalle
B.A.A. M.A.V. Jojo de St Denis, M sa petite femme Mado p.o.l.v. Sainte de St Denis 18 mai [illegible] [illegible] [illegible] sur un flic. — M.A.V. [illegible]
1 Avril 1923 il fait chaud
1 juillet 1916 il n'a pas encore fait chaud.
dè [illegible] il n° 10 a [illegible]
en lave.
Paulo le Corse Souteneur.
Léon de Rouen. [illegible] de Versailles,
Eugène de Nantes, Pilon de St Nazaire
[illegible] de Lorient, Petit Louis de Nantes,
Dédé de Marseille, Lorignier de Bordeaux
Nénesse de Vitry. Lucien de Ha[illegible].
Pito di Piacenza. Nino il siciliano.
Jules de Bruxelles. Belge. [illegible].
[illegible]. Slave. polonais. Russe. Bulgares.
Si vous êtes dans la débine
Mes amis cachez le bien
Car l'homme est bon et ne s'intéresse
Qu'à ceux qui n'ont besoin de rien.
J. de Lens

suelto. Nunca he perdido el recuerdo de la actitud viril de usted durante aquella sesión, ni de su valor moral al responder al presidente Wehekind, que acusaba a su cliente de ser anarquista: «Yo también soy anarquista». Hay tantos callados y lameculos entre sus colegas que semejante gesto merece consideración. Por otro lado, si sus convicciones políticas han evolucionado, su carácter sigue siendo del mismo temple. Por ello prefiero tratarle como querido compañero antes que como querido diputado.

¿Me pregunta usted con qué derecho me ocupo de asuntos penitenciarios? Por derecho de competencia. ¿Cree que si los estorninos tuvieran el don de la palabra no serían idóneos para hablar de jaulas y pajareras? Ese es mi caso. ¿No he pagado cárcel y reclusión y trabajos forzados durante veinticinco años, dos meses y ocho días? Estoy empeñado en participar, aun con medios muy endebles, en cualquier mejora de las prácticas penitenciarias, a fin de aliviar y ablandar la suerte de mis hermanos de miseria. Por supuesto, me enorgullecería de sostener que mi primer pensamiento en estos asuntos era aportar algunos remedios a estos males. He estudiado el derecho penal para conocer bien las normas y las leyes y violarlas mejor. Así es como obtuve, de siete comparecencias ante el consejo de guerra marítima, seis absoluciones. Después,

y sin que ello suponga menoscabo de lo anterior, me complací en ayudar a mis compañeros de presidio a defenderse mejor de la barbarie de las normas a las que estábamos sometidos. Como he tenido la suerte de salir de allí, habría podido, como tantos otros, renegar de mi pasado, despreciar a mis amigos de ayer y dejar de ocuparme de los que, con menos suerte que yo, permanecen allá. No es mi estilo.

Sé que esa es la más penosa de las miserias, y no me son desconocidos los sufrimientos más duros. De tal modo que aliviar y atenuar la suerte de los miserables es para mí una gran satisfacción, y una de las razones de vivir.

Quizá haya habido un punto de ironía por parte de usted cuando ha encontrado en mí «tanta competencia y un real conocimiento del derecho penal francés y extranjero». Permítame responderle sin la menor vanidad que, de forma autodidacta, he estudiado derecho con Garraud, G. Vidal, Cruche (perdón, Cuche), Tarde, Lombroso, Garofalo, Enrico Ferri, Hugueney, Maxwell, Beccaria, Bentham, de Rossi, Von Linz, Prius, Van Hamel, que cito de cualquier modo, y otros autores que olvido. Puede hallarse en ellos ideas arcaicas más que nuevas, esbozos filosóficos, sentencias, literatura y parloteo. Cuando pienso que el criminólogo de la escuela francesa, señor Tarde, no supo

salir de este callejón sin salida, «hacer sufrir sin hacer morir, o hacer morir sin hacer sufrir»... pensamiento sinolatino y medieval. ¡Qué lástima! Todos esos eruditos de gabinete no conocen nada del gran libro de la vida. Todos sus sistemas están construidos en función de sus ideas personales, de sus creencias y sobre todo de sus intereses de clase. En la base de todas las escuelas y de todas las doctrinas —salvo la soviética (no suponga que soy comunista, pues mi individualismo choca con este nuevo estado cuartelario)— hay un error; digamos la palabra, una mentira capital. Es este: la delincuencia es la excepción; la honradez, la regla. La verdad es lo contrario. ¿Cuántos individuos hay que, a la edad de veinte años, no hayan infringido nunca las prescripciones del código penal? Tal vez uno de cada veinte mil. O menos. Y eso es normal. En el actual estado de nuestras sociedades no podría ser de otro modo. Así que ¿por qué infligir penas atrozmente ensañadas a los desafortunados que han caído en los márgenes del código? El criminal no es más que un hombre honrado que no ha triunfado. Inviértase la proposición y se tendrá la definición del hombre honrado. Los autores sostienen unánimemente que hacen falta penas severas, duras y ensañadas para que la gente honrada pueda vivir en paz. Pamemas. Frases sonoras pero hueras. En realidad, los que viven

en paz, holgada, cómoda y copiosamente, son los malhechores más nocivos.

Un código del que se extirpe esta mentira, que es la piedra angular de toda represión bárbara, un código que haga tabla rasa de los conceptos de castigo y expiación, un código que aspire a prevenir antes que a reprimir, completado por una ciencia penitenciaria preocupada ante todo por la reparación, es algo que honraría a un país civilizado. Eso no será, ciertamente, obra de Francia. Reparar así significa abonar, hacer mejor. Ahora bien, en Francia, y llego así con este largo desvío al proyecto Sibille, en Francia, como digo, el legislador solo se preocupa de castigar. En la exposición de su informe, su colega —he olvidado al honorable, discúlpeme— Maurice Drouot reconoce que el presidio es una ignominia, que se evitará a los beneficiarios de la reclusión agravada, pero que sin embargo sufrirán los demás. ¿Y sabe usted lo que su colega, muy honorable colega, entiende por ignominia? Cálmese, no son las sevicias de las normas y del clima, no son los robos, el bandidaje ejercido por los agentes y los funcionarios contra los forzados, no es el desbarajuste, es sencillamente la pederastia. Pero, ¡qué casualidad!, sus colegas no tienen nada entre los muslos, pues están castrados. ¿Qué quiere que hagan los forzados con sus gametos? Es algo natural. Natu-

ral como beber, comer y respirar. Ello resulta de las condiciones especiales a las que están sometidos, antes que de su voluntad. ¿Es esa una razón para gratificarlos con la reclusión agravada?

¿Y en la celda el detenido no se masturba hasta perder la razón? Yo sé algo de eso. He pagado nueve años de aislamiento, con grilletes en los pies, y en total trece años de régimen de celda. No me da ninguna vergüenza confesarlo, me la pelaba al menos dos veces al día. Es cierto que he evitado la pederastia, quizá también porque he podido estar muy cerca de las mujeres de los agentes y funcionarios. Cierto que concibo muy bien que en materia de legislación penal, sobre todo en Francia, donde la opinión pública ignora estas cuestiones, el legislador se muestra oportunista, y solo de cuando en cuando avanza lentamente, y exige poco, a fin de realizar algo mejor que nada. Aun así, esta reclusión agravada sería una vergüenza si fuera aprobada definitivamente. Los profesores Garçon y Huguenev, que son sus padrinos, no han tenido que exprimir demasiada materia gris para alumbrar esta barbarie. Silogismo sacado del sistema tripartido de la escala de las penas.

Cárcel; reclusión; trabajos forzados. Por lo tanto, puesto que por favor se suprime la deportación, conviene crear una pena mixta más severa que la reclusión

a secas. Hela aquí. Qué fácil. Repito, aquí no se aspira más que a reprimir y no, en absoluto, a reparar, a hacer mejor y, por ende, a hacer al sujeto más útil para el cuerpo social. ¿Qué harán con un hombre que ha pasado cinco años de reclusión agravada? ¿Un hombre-sándwich? ¿Un mendigo? ¿Un sacristán? Quizá. Un reincidente, es posible. Un chalado, seguro. Y han llegado a tener el morro de escribir en uno de los artículos que la estancia en la celda podría prolongarse si lo pide el preso. En veinticinco años de presidio solo he conocido a un deportado que estuviese a gusto en la celda. Era Roussenq, un pobre loco, un histérico.[21] En Melón conocí a un recluso que, indultado tras veinte años de prisión, no fue más allá del puente del Sena el día de su liberación. Ya no sabía vivir en libertad. Los agentes tuvieron que acompañarlo a la estación de destino de su localidad. Preveo la objeción. Así, se dirá, en Lovaina, en Bélgica, donde los presos pagan penas de celda de diez a quince años, el sistema da buenos resultados. En Bélgica, es posible. ¿Pero osaría

---

21 Dieudonné: «Roussenq es el tipo de condenado contestatario. Eso le ha valido sufrir numerosos años de celda de castigo, a tal punto que la administración penitenciaria no quiso castigarlo más. Roussenq seguía protestando, pues, asqueado de los hombres y de sí mismo, solo estaba a gusto en la triste soledad de las celdas».

usted comparar el modo de ejecución del régimen de celda belga con el francés?

En Bélgica, la disciplina se ve atemperada por un millar de pequeños aderezos y algunas comodidades que ignora el régimen francés. En fin, los dos regímenes, aunque sean de celda, objetivamente no pueden compararse. En Bélgica, los presos enfermos, sobre todo los tuberculosos, reciben una cura real. En Francia, se les mete en cuevas húmedas. Otra cuestión. Fiel a la tradición parlamentaria, la ley Sibille deja al poder ejecutivo el cuidado de legislar el reglamento de administración pública que determina el modo de ejecución de la pena de reclusión agravada, de tal modo que el verdadero legislador es la administración penitenciaria. Si alguna vez esta abominación es aprobada, presos en régimen de reclusión agravada, hermanos míos, os compadezco. Más os vale cargaros a un boqueras para que os manden al presidio. Pese a la ignominia, siempre estaréis mejor así. Por lo menos, con una oportunidad de triunfar entre diez mil, podrán ustedes aparentar que lo han intentado.

Termino. Es la supresión del doblaje, querido compañero, lo que, personalmente, y por oportunismo, le ha llevado a usted a aprobar este proyecto. Muy bien. En efecto, lo que se ha ganado tiene su importancia. Sin embargo, examinemos el asunto de cerca.

¿En qué proporción estima usted que habrá reclusión agravada? A mi juicio, para todos los primarios —otro término que me hace reír— que serán condenados de cinco a diez años de trabajos forzados. Así que solo deportarán a los reos de quince, veinte y perpetuos. Ya ve adónde quiero llegar. En mi convoy de 1906, había 682 forzados. Seis meses después, quedaban 128. Si no era por retroactividad, las penas pequeñas se beneficiarán de la ley Sibille; reconocerá usted que no serán numerosos los deportados después de su promulgación que se beneficien de ella. No importa, insisto, lo que se gana tiene su importancia. Desconfiemos, empero. Hay en el artículo 4 una disposición cuyas consecuencias hay que meditar. ¿Sabe que en la Guayana la ley sobre vagabundeo es de estricta aplicación? Por vagabundeo —y es considerado en este estado todo liberado que no trabaje— y como no hay trabajo, digo, un liberado puede verse condenado a una pena superior a un año de prisión. Ídem para la infracción de la prohibición de residencia. Ya ve el peligro; quiero decir lo arbitrario. La administración penitenciaria no dejará de valerse de esta prescripción para mantener sus efectivos del confinamiento. Según los términos de la ley de 1885, hacían falta al menos cuatro condenas para ser confinado. Con la ley Sibille, todo deportado primario podrá ser confinado en su segunda infracción.

En resumen, en lugar de la reclusión agravada, ¿por qué no mantener el régimen de la reclusión a secas? ¿Es que las mujeres condenadas a trabajos forzados no pagan su pena en Rennes en régimen de derecho común? Por otro lado, ya que el contexto habla de sujetos de interés, ¿por qué agravar el modo de ejecución de la pena que deben padecer? ¿No considera usted que esa es una forma curiosa de estimar los casos de interés?

Discúlpeme, querido amigo, la longitud de mis explicaciones. Todavía quedaría mucho que decir.

Agradeciéndole su ayuda por adelantado, reciba, querido compañero, la expresión de mis sentimientos distinguidos.

Jacob



Jacob y su madre.

V. Regreso a París

Después de un cuarto de siglo pasado en la Guayana, Jacob ve pasar una nueva página de su existencia el 30 de diciembre de 1927. Desde ese momento, respecto al periodo anterior y hasta el principio de los años cincuenta, apenas encontramos documentos o huellas, como si Jacob, tras volver del infierno a los 49 años, estuviera decidido a llevar una vida de lo más tranquila.

A su salida de la cárcel de Fresnes, se pone a trabajar como jefe de taller para el gran almacén Le Printemps. Es obvio que esta situación no le conviene en absoluto. Dos años después, el 16 de enero de 1931, se inscribe como vendedor ambulante ante el tribunal de comercio del Sena, antes de salir definitivamente de la capital. Sin embargo, varios elementos revelan que es exagerado considerar a Jacob a través del prisma del personaje completamente formalizado desde su salida de prisión. Las fuentes consultadas demuestran exactamente lo contrario, y los recuerdos de Jeanne Hum-


Jean Valjean

bert completan los de May Picqueray: ahora se trata de un hombre socialmente integrado y activo, un militante enérgico, que sigue frecuentando los ambientes libertarios y en particular los neomaltusianos. Jacob no ha perdido ni su labia, ni su espíritu crítico, ni su humor desternillante y acerbo, ni su visión aguda de los hechos y las personas.

«Conocí a Jacob a su salida de la cárcel. Venía a visitarnos a menudo por la noche, en la rue de la Duée. Estaba allí incluso el día en que asesinaron a mi madre y, ante mi consternación, me dijo: "Venga, Jeanne, sea fuerte, que no es más que un accidente social"» (R.H. Guerrand, *Le Sexe apprivoisé*, París, 1990). Aline Rigaudin, madre de Jeanne Humbert, murió el 29 de abril de 1929 en circunstancias extrañas. Esta anciana militante anarquista apareció sin vida en su piso, estrangulada y sentada en una silla. La policía concluyó que fue un suicidio.

Léo Malet también evoca algunos recuerdos narrando anécdotas cuyo eje es Jacob: «Lo conocí en 1929, después de que volviera del presidio, cuando lo amnistiaron. Me lo encontré varias veces en reuniones del grupo de objetores a la guerra. En noviembre de 1930, Louis Louvet, Simone Larcher y yo nos decidimos a visitar a los compañeros objetores que se reunían en el primer piso de un pequeño bar de la rue de

Meaux. Encontramos allí a dos hombres, uno de los cuales era Jacob. El presidio no parecía haberlo marcado, pues era rollizo como un gran burgués y su humor negro era impresionante. Nos saludamos y discutimos. A excepción de un muchacho, conocía a todo el mundo. En aquella época, un tal Gauchier había agredido a un joyero de la avenida Mozart y, en medio de la confusión, lo había matado. Entonces lo buscaba la policía y *Paris-Soir* publicó ese día su perfil. Jacob le dijo al muchacho: "Dime, ¿eres tú el que se ha cargado al joyero?". "No, ¿por qué?". "En la descripción se apunta a que al culpable le apestaba el aliento". Y, de hecho, podía leerse en el periódico: "Me crucé con un joven que tenía mal aliento". Más tarde, Jacob se fue de vendedor ambulante a la puerta de Orléans» (Léo Malet, *L'Ettofe de plusieurs vies*, Hamburgo, 1990).

Como él mismo escribirá después a Jean Maitron, Alexandre Jacob renunció a sus pretensiones ilegalistas. Sin embargo, no renunció por ello al ideal anarquista, ni tampoco a la acción, ya que desapareció de Francia para apoyar a sus correligionarios ibéricos en lucha contra los franquistas. Aquí también nos faltan lamentablemente las fuentes. Lo seguro es que, desde 1929 hasta su muerte, Jacob frecuentó a numerosos anarquistas y asistió a muchas reuniones. Las cartas que escribió a Josette Passas en 1953-1954 confirman

sus relaciones con la pareja Humbert. Por lo demás, contrajo en casa de esta pareja un matrimonio de conveniencia para ayudar a una anarquista italiana que quería huir del fascismo. Las luchas de este quincuagenario evolucionan. Ahora se trata de denunciar el horror carcelario, sea metropolitano o colonial. Es Jacob quien ayuda al doctor Rousseau en la redacción de *Un médecin au bagre* (Un médico en presidio), en 1930. Es Jacob también quien organiza una reunión pública sobre la deportación en aquel mismo año. En fin, es Jacob (alias George) quien mantiene una correspondencia con sus viejos compañeros de celda, ya estén encerrados, como Guillerme y Giraud, ya hayan vuelto de la Guayana, como Honoré Bonnefoy (alias Fondet) o el desertor anarquista de la Gran Guerra Paul Vial, o incluso Gruault. Este último, contable y gestor de *Détective* y más tarde de la editorial Gallimard, muy probablemente orientó a Jacob y a Rousseau en la publicación de la obra del segundo sobre el presidio.

Sigue siendo imposible esclarecer todas las zonas de sombra que cubren este periodo. No queda nada, por ejemplo, acerca de ese famoso manuscrito de Céline, *Viaje al fondo de la noche*, que descifró Jacob para una de sus amigas, secretaria en la editorial...



VI. Epílogo. 1936: ¿Jacob en España?

LA ESTANCIA DE ALEXANDRE Marius Jacob en Barcelona a finales del año 1936, con el fin de ayudar a sus camaradas anarquistas en el intento de conseguir armas, es casi segura, pero no conocemos ningún documento que lo acredite.

No obstante, estamos en condiciones de señalar algunas particularidades en torno a este controvertido tema que nos parecen suficientemente significativas. Lo son, porque demuestran una vez más de qué forma se tejen en la historia las falsedades al conjeturar determinados comportamientos cuando se carece de la prueba documental pertinente.

En primer lugar citaremos un libro, supuestamente anónimo, cuyo manuscrito fue encontrado en 1970 entre un lote de revistas y opúsculos sobre la Guerra Civil española en la librería Pinkus de Zúrich. Este manuscrito que, se supone, fue originalmente una serie de notas que Nadine, su autora, tomó entre 1932

y 1939, es muy probablemente un fraude.[22] Se compone de relatos de determinados acontecimientos que no guardan entre sí ningún orden, orlados con recetas de cocina del país. Independientemente de que estos acontecimiento, así como las recetas de cocina, estén perfectamente documentados, en el libro esta documentación brilla por su ausencia y a lo sumo encontramos una somera bibliografía de libros muy conocidos, de la cual el compilador del manuscrito nos dice que corresponden a aquellas obras que verifican la exactitud de las afirmaciones encerradas en el manuscrito.

Una de estas afirmaciones —la que a nosotros nos incumbe— es la siguiente (traducimos del italiano): «Josep acaba de llegar de Marsella con media docena de viejos revólveres ingleses, Webley Fosbery, y un kilo de bacalao que había comprado en el puerto viejo. Más tarde nos dimos cuenta que un par [de revólveres] tenían roto el muelle del cilindro y uno de ellos estaba completamente arruinado, en compensación el bacalao era riquísimo. En la mesa nos contó cómo fueron las cosas. Los revólveres se los habían entregado algunos amigos de A. que firmaban las

---

22 Anónimo, *La cuoca di Buenaventura Durruti. La cucina spagnola al tempo della «guerra civile». Ricette e ricordi*, prefazione di Luigi Veronelli, Roma, DeriveAprodi, 2002, 207 páginas.

cartas con el siguiente lema: «ex-profesor de derecho criminal en la facultad de las islas de la Salvación...».[23]

El compilador del manuscrito infiere, de estas palabras, lo siguiente: «Probablemente [...] "A." es Alexandre Jacob quien, en 1937, con ayuda de sus "amigos", se puso a la tarea de armar a las milicias de Barcelona».[24]

Dos cuestiones importantes nos sugieren estas afirmaciones; por un lado, la increíble capacidad del compilador de deducir de una simple inicial la personalidad del aludido; por otra, constatar que en la bibliografía inserta en el libro, «que verifica» las afirmaciones de la narradora, es bastante improbable que se encuentre alguna alusión a la estancia de Jacob en Barcelona.

Por otro lado, García Oliver en sus memorias nos cuenta que en su segunda estancia en Barcelona Pierre Besnard, el anarquista francés, iba acompañado de «otra persona». «Me presentó a la persona que lo acompañaba. Decía ser representante de Basil Zaharoff, el griego rey de los armamentos. No niego que me impresionó vivamente; tenía yo muy buen concepto de Besnard. Como un rayo cruzó por mi mente la

---

23 *Op. cit.*, p. 41.

24 *Id.*, p. 42.

fantasía de suponer que Zaharoff debía de ser un antiguo anarquista, dispuesto a poner a nuestra disposición enormes cantidades de armamentos. No había tal cosa. Mi imaginación había volado demasiado alto. La persona que decía ser representante suyo, era un sujeto de buena talla, enjuto, con sombrero caro, traje bien cortado. Pretendía vendernos todos los armamentos que pudiésemos necesitar, previo pago anticipado, a ser posible en oro, libras esterlinas o dólares».[25]

García Oliver continúa relatando las peripecias de este personaje, pero en ningún momento cita su nombre, ¿por qué?. Probablemente nunca lo sabremos, pero lo que sí podemos asegurar es que con estos detalles avanzados por García Oliver difícilmente se puede conjeturar que el misterioso personaje fuera Marius Jacob.

No obstante, Bernard Thomas, en su biografía novelada del anarquista de la Belle Epoque, afirma, sin la más mínima sombra de duda, lo siguiente: «¿Jacob apagado, acabado, resignado? Tan poco, que en julio de 1936 desaparece por algunos meses. "Fue a ver unos amigos": es todo lo que se sabe.

---

25 García Oliver, Juan, *El eco de los pasos*, París, Ruedo Ibérico, 1978, pp. 273-274.

»En realidad, ha seguido muy de cerca la evolución de los acontecimientos en España...

»Conmovido de pronto, el viejo capitán ingresado en las órdenes ha saltado a su Peugeot. El animal de combate ha despertado. Demasiado viejo para empuñar un fusil y trepar al asalto de una fortificación, todavía puede prestar servicios.

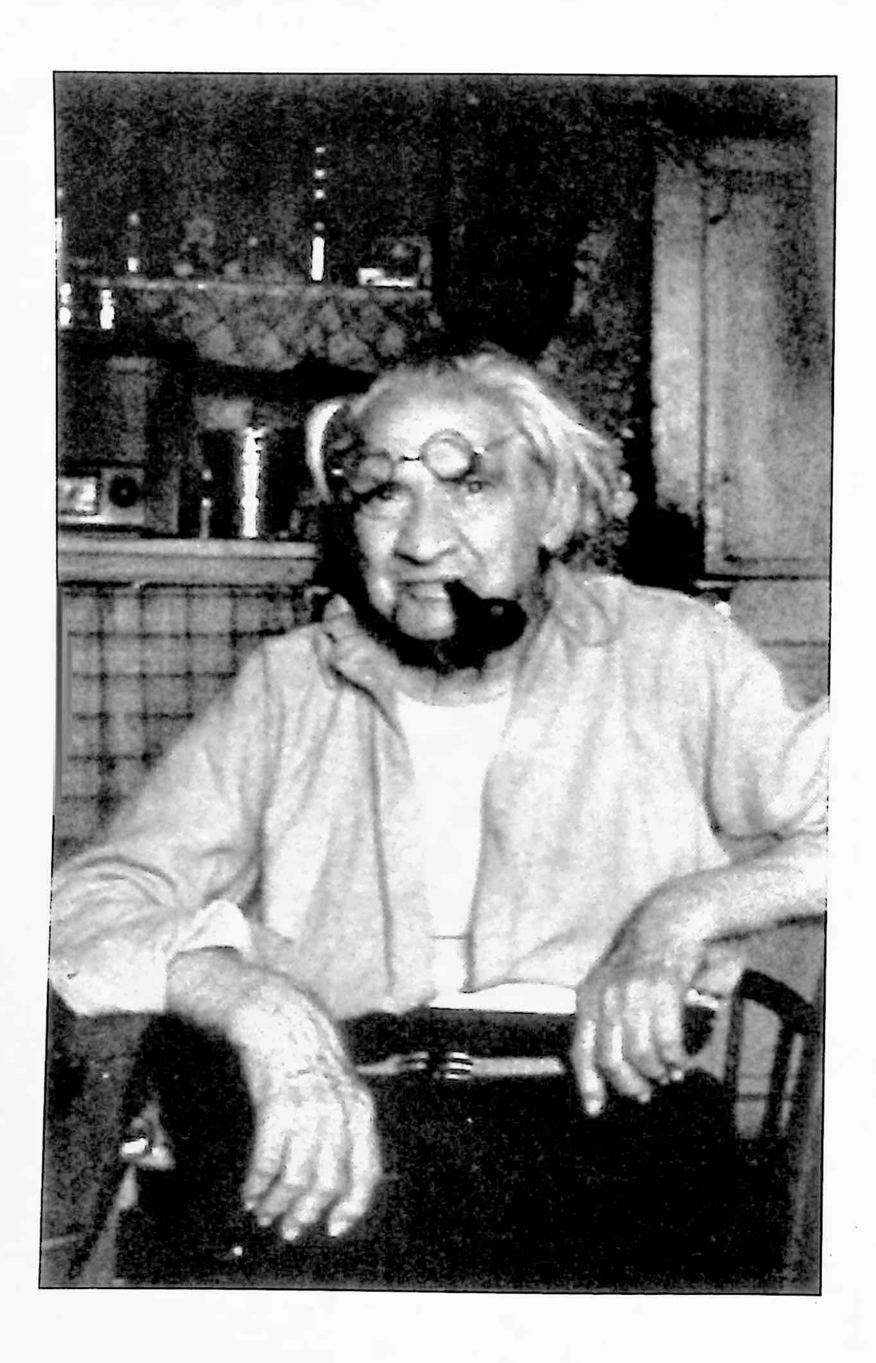
»Va a ver a sir Basil Zaharoff, el magnate petrolero y mercader en cañones. Al cabo de una prolongada entrevista, ambos conciertan un acuerdo: tantos kilos de oro contra tantas ametralladoras, a entregar en Francia, Suiza o Inglaterra...».[26]

Hacer a Jacob tributario de tan siniestro personaje nos parece sumamente grave, y además Thomas no suministra ni la más mínima referencia documental que pudiera apoyar sus aseveraciones. De otro lado, Basil Zaharoff murió el 27 de noviembre de 1936 y sus últimos días los pasó en la más absoluta soledad, ya que desde finales de los años veinte había liquidado todos sus negocios.

Por lo tanto, a la espera de encontrar nuevos documentos, la duda continuará.

---

26. Thomas, Bernard, *Jacob, recuerdos de un rebelde*, Tafalla, Txalaparta, 1991, pp.312-313.



Índice


in love.

Otros títulos publicados

Pepitas | colección Vidas

1. Del amor, la guerra y la revolución. *Antoine Gimenez*

2. El marqués de Sade. *Guillaume Apollinaire*

3. Por qué he robado y otros escritos. *Alexandre M. Jacob*

4. Laureano Cerrada, el empresario anarquista. *César Galiano*

5. Instinto de muerte. *Jacques Mesrine*

6. Inventario de disidencias, suma de calamidades. La vida trágica del Job del siglo XVIII y XIX. *Santiago González Mateo*

7. Reflejos del Edén. Mi vida con los orangutanes de Borneo. *Biruté M. F. Galdikas*

8. Boxcar Bertha. Autobiografía de una hermana de la carretera. *Ben Reitman*

9. Días felices en el infierno. *György Faludy*

10. Ángel del infierno. Vida y andanzas de Sonny Barger y el Club de Motoristas Ángeles del Infierno. *Ralph Sonny Barger (con Kent Zimmerman & Keith Zimmerman)*

11. Novela autobiográfica. *Kenneth Rexroth*

12. Kid Tunero, el caballero del ring. *Xavier Montanyà*

13. Kaspar Hauser. Ejemplo de un crimen contra la vida interior del hombre. *Anselm von Feuerbach*

14. Una juventud en Alemania. *Ernst Toller*

15. Ringolevio. Una vida vivida a tumba abierta. *Emmett Grogan*

16. El camino hacia abajo. *Franz Jung*



[pepitas ed.]

Una editorial con menos proyección que un cinexín

[...] Antes que verme enclaustrado en una fábrica, como en una cárcel, antes que mendigar aquello a lo que tengo derecho, he preferido sublevarme y combatir metro a metro a mis enemigos, haciendo la guerra a los ricos, atacando sus bienes. Cierto, puedo concebir que ustedes habrían preferido que yo me sometiera a sus leyes; que, como obrero dócil y acobardado, hubiera creado riquezas a cambio de un salario irrisorio y, cuando mi cuerpo estuviese gastado y mi cerebro embrutecido, me hubiera ido a morir a una esquina de la calle. Entonces no me llamarían «bandido cínico», sino «honrado trabajador». Valiéndose de la adulación, ustedes me habrían otorgado incluso una medalla al trabajo. Los curas prometen un paraíso a sus estafados; ustedes son menos abstractos y por eso ofrecen un trozo de papel mojado. Les agradezco mucho tanta bondad y tanta gratitud, señores. Prefiero ser un cínico consciente de sus derechos que un autómata o una estatua. [...]

ISBN: 978-84-15862-54-3



Pepitas (29) · Vidas, 3

IBIC: JPWJ · JFCX · JPFB · BJ · 1DDF · 2ADF
PVP: 13 €